

Eugenia Prado

Lóbulo



EDITORIAL CUARTO PROPIO

LÓBULO

© Eugenia Prado Bassi
Inscripción N° 106.781
I.S.B.N. 956-260-141-2

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

Ilustraciones portada: Sandra Vásquez
Diseño portada: Eugenia Prado
Foto solapa: Hugo Peña
Composición: Eugenia Prado
Impresión: Dolmen Ediciones

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, diciembre de 1998

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

a mis hijos Gaspar y Vicente

“El sudor pringoso me empapaba la cara. Tenía los ojos
inyectados de sangre y tumefactos, mis orejas trinaban, me
castañeteaban los dientes, pero había salvado a la que amaba.”

Georges Bataille, *Historia del ojo*

“Por lo tanto aseguro: el amor
no existe en los actos, es trascendente del oído.
Acabando toda existencia de tal o cual partícula
es, en esencia, un rayo de sonido.”

CAPÍTULO PRIMERO

*Un extraño espera
(...alguien al otro lado de la línea)*

CAPÍTULO PRIMERO

*Un extraño espera
(...alguien al otro lado de la línea)*

- 1 / *Primeros esbozos*
- 2 / *Número equivocado.
PRIMER DELIRIO*
- 3 / *¿Quién está ahí? Conteste...*
- 4 / *No se escucha nada*
- 5 / *Interferencias, interrupciones*
- 6 / *Madre ¿Estás ahí?*
- 7 / *Escenas de la calle*
- 8 / *No cuelgues, primeros síntomas*
- 9 / *Palabras para una novela y al lector,
I PARTE*
- 10 / *Número ocupado. Vuelva a marcar...*
- 11 / *Al galpón... Juntémonos en Matucana 19*
- 12 / *¿No me oyes? ¡Cuelga inmediatamente!*
- 13 / *En la Fuente Alemana*

1 / *Primeros esbozos*

El dormitorio comunica con una calle principal, la mayoría de las veces el ruido de los autos no le permite dormir hasta muy tarde. Esa noche, especialmente esa noche, el bullicio de la ciudad le parece en extremo inquietante. La ve tendida en la cama. A través de las cortinas algunos rayos de luz caen rebotando sobre las paredes, ella cierra los ojos, evitándolos. Un vehículo atraviesa la calle, la mujer puede sentir el resplandor de los focos a través de los párpados semicerrados. Irritada se levanta y camina en dirección a la ventana. Los autos avanzan demasiado rápido, la rapidez la confunde. Detiene los ojos en la vereda de enfrente, un hombre está descansando junto a un poste de alumbrado público, se queda mirándolo, intranquila... él la enfrenta. Cuando el hombre dirige los ojos hacia ella, la mujer se turba, inmediatamente cierra las persianas.

El techo.

Se acuesta, con la certeza de un acto inútil, ni siquiera la oscuridad más absoluta permite el sueño reposado. La veo acurrucada entre las ropas de la cama, la veo abandonada al recorrido de las sábanas. Hurgando en los espacios más alejados se busca, ella abre las piernas, luego los dedos de los pies, una forma de sentir más plenamente cada espacio de su carne. Bastaría con relajar el cuerpo, bastaría eso apenas para estar tranquila, piensa.

El techo descascarándose.

Se estira y esquiva todo pensamiento. Suficiente sería aquietar y aquietarme, suficiente apagar el calor de la noche, pero la cabeza divaga entre la suavidad y el desvelo, demasiados son los días sin vencer el insomnio. Las ideas se anticipan, como precipitándome en algo incierto, las ideas se me anticipan precarias.

Un zumbido. Un sonido ciego localizado en algún punto del techo. Un zumbido de alas torpes. Cerca puedo verla intentar, la veo acercarse como si quisiera descifrar la agonía del movimiento que cae como un eco transparente muy adentro de sus tímpanos. La veo detenida. Sin alterarse. Ella está quieta, quieta con ese zumbido de alas, percibiéndolo allí, cerca del techo. Detenida se queda viéndolo, el insecto está atrapado en la tela de una araña, un diminuto insecto que lucha contra el peso de su propio cuerpo. Más cerca de aquella maraña de tela y tejido, la mujer puede advertir la belleza de un acto cruel. El cuerpo azul tornasolado, henchido de sangre, se agita torpe-

mente. Piensa en el tiempo, en intervenir el espacio sagrado de la muerte. ¿Emanará perfume desde el cuerpo aterrado? ¿olerá la depredadora el miedo más allá de la agitación torpe de los últimos instantes? En cuestión de segundos irrumpe la araña, desplazándose ágil hacia el cuerpo atrapado en la tela. Sofía con horror retrocede, con la cabeza entre las manos retrocede y tiembla. La veo temblar, esa mujer, Sofía, tiembla sabiendo que su presencia es insignificante en el acto. Los movimientos rápidos, la tela firme, la escena despiadada. Las alas dejan de batirse. Como dos amantes en un beso de muerte los insectos se atrapan en un quejido imperceptible. La araña aprieta a la mosca entre sus patas y devora su cuerpo hinchado, lo sacrifica ante los ojos de ella, como si no estuviese allí, advirtiendo la presteza de la cacería y su insignificancia.

Sofía retrocede. Camina inquieta. Una vez más, el pequeño espacio. Necesita algo que la mantenga lejos de aquel estado incompleto, busca insistente en los recuerdos, alguno en especial. Puedo verla confusa, sólo imágenes desordenadas, y en aquel desorden de ideas, la mujer buscará una imagen única, una imagen de su padre, un recuerdo difuso, un único recuerdo, una fotografía que Carmen, su madre, le entregara al cumplir los nueve años.

Sofía nunca conoció a su padre.

Con el recuerdo aparece claramente la imagen de aquella noche: ambas suben las escaleras. Ambas. Ella y su madre. Omitiendo cualquier otra

señal, la madre la coge del brazo y la obliga a avanzar. Sofía no acostumbra entrar en el dormitorio de la madre, pero como siempre, obedece, una vez adentro, se queda mirándola con resignación. La madre saca una caja pequeña del armario y la pone entre sus manos. Sofía puede verse cuidando los movimientos en extremo. Se ve abriéndola despacio, presintiendo la importancia de lo que hay en ella. Finalmente saca algo envuelto en un papel desteñido. En ese momento la madre parece tener un gesto dulce, incluso cercano. La niña, en cambio, está distante. Permanece detenida, en la fotografía de su padre, distante.

La luz del dormitorio está apagada, ahora nadie podrá verla desde la calle. Ella abre las persianas suavemente. Una mujer camina rápido asediada por dos jóvenes que avanzan entre risas y movimientos dispersos. Sofía se acerca al clóset, busca a tientas, entre las ropas, la fotografía. Se le aparece el rostro de la madre. Pocas veces hay dulzura en aquel rostro. Sólo recuerdos. La veo agitarse con los recuerdos. Agita la presencia de la madre, su dolor.

—Es todo lo que tengo —dice la mujer, en voz baja— sería bueno que lo conserves.

Sofía puede verse inmóvil. La fotografía de su padre entre las manos la inmoviliza.

—¡Guárdala! —insiste la madre, saliendo de la habitación.

Sofía quiere preguntar, pero la madre acaba la conversación. No hay posibilidad de

decir, sólo esperar el silencio. Sólo el recuerdo del silencio de la madre permanece.

En su dormitorio, lejos de Carmen, se imagina desde los difusos rasgos impresos de la fotografía entre sus manos. Intenta recuperar la imagen de su padre. Ahí está el hombre, inerte en ese pedazo de papel, ajeno y distante. Con los labios apretados él burla hasta el encanto de una sonrisa. Un hombre alto, piel morena, cabello rizado, y los ojos, los ojos de su padre se convierten en un abismo hacia donde ella es atraída fatalmente. Se ve a sí misma tratando de descubrir en sus ojos al menos un rasgo que le sea familiar. No lo encuentra. No existe nada en aquel hombre que le permita semejanza. Con el paso de los años, la fotografía es el único registro posible de alguien, que para ella, no es más que un desconocido. Desde ese entonces lo imagina. La veo inventar palabras, la veo hablándole, a pesar de los esfuerzos de la madre por hacerlo desaparecer.

En el techo, la araña aparece ahora en el otro costado, apretada al cuerpo de la víctima, inmóvil.

Cada vez más inquieta, la veo buscar entre las ropas del armario, siempre guarda las fotos en el clóset, siempre lo hace en el mismo lugar. De pronto, entre sus manos, la caja, la pequeña caja que envuelve la fotografía de su padre, el papel desteñido. Justo en ese momento, el sonido del teléfono. Un sonido que en fracción de segundos se transforma en algo incierto que completa su angustia. Como si intentara detener el tiempo

Sofía se abalanza sobre el reloj. El teléfono sigue sonando.

—¿Quién se atreve... tan tarde? —dice.

Descuelga el auricular sobreponiéndose al miedo, sin embargo, recorriéndola, un temblor la envuelve.

—¿A l ó?... —insinúa con esfuerzo.

Al otro lado de la línea telefónica aparece un susurro apenas perceptible. Un susurro leve.

—¿Q u i é n ? —insiste Sofía, tratando de mantener la calma, mientras los latidos agitados de su corazón se desplazan rápidamente, transformándose en pulsaciones que la recorren completa, para rebotar en la parte de atrás, la más cóncava de su cabeza.

—Sólo alguien que espera por ti... —responde un hombre del otro lado, precipitándose.

—¿C ó m o?... —agrega Sofía, imaginando apenas su respiración.

De inmediato cuelga el teléfono. Rápidamente esconde la fotografía en el clóset y corre, como una niña corre a meterse en la cama, esperando quizás, que el sueño interfiera su angustia, el miedo.

2 / *Número equivocado.*
PRIMER DELIRIO

Al día siguiente, ambas mujeres se preparan a desayunar en la cocina. La madre viste un traje de seda verde oscuro con diseños geométricos: círculos y cuadrados de color negro. La ropa de mi madre tiene muchos años, todos esos años la convierten en una mujer fuera de época. Mi madre es una mujer sin tiempo. Su vestido se ciñe a la voluptuosidad del cuerpo. Puedo ver ahora su rostro sin maquillaje, apagado, y su pelo... mi madre toma su pelo hacia atrás.

Sofía no está vestida aún, tiene los ojos hinchados, se ve demacrada.

Ambas en la cocina. Intentan hablarse. Puedo verlas en el intento. Puedo ver claramente a Sofía en el atrevimiento, un primer paso, intentándolo. Intenta hablar sobre el llamado telefónico. Intenta sobre aquella noche en que su vida pareciera precipitarse. Pero no es fácil, por lo general evita acercársele demasiado. Carmen Ruiz

es una mujer severa. Escondida en un aspecto apacible, existe en la madre una forma especial de mirada, algo que la paraliza.

—¿No oíste nada anoche mamá? —pregunta, tomando la cafetera. Su ingenuidad, irrumpe torpemente con el gesto la apatía de la madre.

—¿Acaso tuviste alguna visita inesperada? —responde la mujer con una leve sonrisa, un gesto aterrador que Sofía advierte. Una respuesta absurda, ella sería la primera en saber. Mi madre aparece presa del absurdo, una vez más puedo verla en la ironía. Ella lo sabe, es ella la que controla cada cosa, todo lo que ocurre en esta casa, seguro que lo hace sólo para irritarme.

—Sólo más ruidos que de costumbre —dice Sofía, sin perder la calma.

Mi madre... cómo soportarla, piensa, a medida que continúa sirviendo el café. Mi madre no acepta, no se atreve, las palabras, es tan fácil madre, al menos una palabra, tan sólo una palabra entre nosotras.

—Deben ser esos jóvenes que salen a divertirse por las noches —dice luego la madre, distraída.

La madre se aleja. No sabe responder, sólo conoce el absurdo, la distancia loca de la huida. La madre, en sus gestos sofoca. Sofocada puede ver apareciendo la misma estúpida sonrisa en sus labios. Como si todo el tiempo estuviese burlándose de ella.

—Tal vez por eso los oyes con mayor detención —continúa— ¿no te parece querida?

—agrega atacando nuevamente, para irritarla todavía más.

—Veo que no estás de humor hoy —replica Sofía y toma la bandeja— estaré arriba por si necesitas algo —insiste, segura de que la madre no se atreverá a intervenir más.

La madre necesitará un espacio para los haceres y quehaceres, para no mentir, para no decir que no es posible. La madre se acercará al lavaplatos y con un pañuelo empapará su frente. Sin hacer esfuerzos por mantener la atención de la hija, abrirá la llave del agua fría y actuará. Actuará dejándola atrás. Es lo que conoce. Huirá, en su incapacidad de contenerse, lo hará. Tal vez madre, si te atrevieras... piensa. Tal vez, si tan sólo una vez te atrevieras. Pero es la hija, es ella la que corrompe. Madre, corruptas seríamos ambas, finalmente de otra forma, estarías atrás en este escenario de silencios, madre, unidas... como es deber el tuyo, madre... como es deber el nuestro, pero no sabes cuánta gracia se cierne sobre ti, cuánto placer has dado a mi vida en este encierro. Cómo puedo imaginar la ausencia de verdad. Toda ausencia tuya me reconforta.

Sofía sube las escaleras, sube odiándola, no soporta la presencia de la madre. Tampoco hacerle frente, al menos la huida, el recurso, la distancia. Una vez adentro de la habitación se desploma sobre la cama. Ordenar resulta mejor que dar explicaciones. Intenta un suspiro, como si pudiera agregar algo.

El espejo. ¿Qué está pasando contigo Sofía?,

se dice, dando pequeños golpes a sus mejillas. Puedo verla frente al espejo. Puedo verla ahora en un espacio que conmueve, se aproxima al desplazamiento, en un instante ella pudiera transmutarse, podría hacerlo en el espacio vacío.

Ordenar. Ordenar sacándolo todo, porque el orden se vuelve manía. Ese dormitorio es el único espacio seguro. Ordenar todo en el clóset y verla tirar un montón de ropa sobre la cama, verla incapaz de acceder a su propia súplica. La imagen de la madre la descompone. Ella apresura mis intentos, los hace asequibles, sé que está tramando algo que no puede contener. Es mi madre la que propicia, ella, mi madre la que oculta en los rincones de la vieja casona, en los dormitorios, en la cocina y los baños. Es ella la que propicia en cada mueble, estante, mesa, en cada armario y en las murallas. En nuestra casa todo está dispuesto al desorden, y mi madre dispone cuidadosamente objetos, en un orden que sólo ella entiende. En nuestra casa todo es un desorden, cuadros, flores, vasijas, sombreros, porcelanas, muñecas, jarrones, juegos de tazas, copas de cristal y bagatelas. Objetos de plástico, flores de madera y siempre vivas, adornos que ocupan desde los lugares más visibles hasta los más escondidos. Desde pequeña vivo cercada. Cercada por objetos que van o vienen atravesando los corredores: una muñeca estropeada colgando cerca de la ventana, un reloj de pared, cada treinta minutos con su mecánico sonido, y aquel payaso siniestro al que siempre tuve miedo... uno de los pocos regalos de mi

madre. Cercada voy creciendo en el espacio enrarecido a medida que prospera la colección de chucherías. La madre limpia cuidadosamente, cada día, todos los rincones de la casa, una labor interminable que mantiene su distancia frente a cualquier otra preocupación. Nada puede ser cambiado de sitio, a menos que ella misma lo decida.

Desde aquella primera vez, cuando me permite salir sola de la casa... Tengo catorce años, es entonces la pasión. Me apasiono recorriendo las calles del centro de Santiago. Veo gente viva, toda una ciudad latiendo afuera. Con el tiempo los libros se convierten en placer, más allá del acto de buscarlos, es en el recorrido que ese acto le permite. Ahora puedo verla frunciendo el ceño. Sofía y los recuerdos, recuerdos en que la madre, con obcecado rigor, cambia la posición de los objetos. Severa, puede verla desplazándolo todo, es un espacio intervenido. Entonces los recorridos de Sofía son más extensos, se fascina especialmente con algunos sectores: San Diego, Rosas, San Pablo, Mapocho, la Plaza de Armas. En Franklin descubre el Mercado Persa, repite así, inconscientemente, la obsesión. En sus salidas hurga en los bolsillos por algún dinero, obligándose en un fallido impulso por estar más cerca. Siempre trae algo de vuelta a casa, cualquier cosa pequeña. Una vez entregado el obsequio, logra sacarla del aturdimiento. A veces hasta reímos, pero la madre me conoce aún más de lo que yo misma alcanzo a imaginar; luego de las risas, la ausencia, mo-

mentos de desaparecer, de ahí en adelante cualquier cosa que haga, puede incomodarla, aprendo a protegerme en esas situaciones, salvo en aquellos momentos fugaces en que insisto en los regalos, como si pudiera con eso, mantener mi vigencia en aquella casa. Sé que sólo adaptándome a la soledad estaré protegida.

3 / *¿Quién está ahí? Conteste...*

Durante la tarde, Sofía evita salir del dormitorio. Camina de un lado a otro, inquieta. Cada cierto tiempo se asoma a la ventana, como buscando cualquier excusa por no estar con ella, su madre. Ordena acuciosamente, con un rigor que le es propio. Rigor impuesto por una figura exacta.

—Nunca cierras bien esa puerta —dice, y Sofía, desde muy pequeña lo intenta, una y otra vez lo hace, sobre la misma puerta. Aprende que cada movimiento es definitivo, llevado al extremo, hasta la convicción de que jamás deben realizarse actos inconclusos.

Aparecen los recuerdos y con los recuerdos una sensación en el estómago...

—Sólo alguien que espera por ti... —dice él. El recuerdo que ella tiene de él.

Sofía imagina la voz, esa voz que retumbando cae, la estremece. Imagino sus gemidos, la noche aproxima el recuerdo y la fragilidad de la imagen, entonces, vuelvo en mí. Limpio cada rincón sin dejar rastros de polvo. Doblo poleras, camisas y chombas. Separo y cuelgo vestidos.

—Respetar los pliegues —me dice—, evita las arrugas —aprende.

Una parte del armario exclusivamente para la ropa —señala—, la otra destinada a los libros, cuadernos, apuntes... libros guardados desde los primeros años de escuela, clasificada consecutivamente, toda la historia, historia contenida en el pequeño espacio. Así deben ser los recuerdos, pienso, almacenados finamente en algún punto. Cada dolor, cada emoción situada en el espacio específico, como si el cuerpo fuese un recipiente capaz de contener toda la existencia.

Los insectos se besan... en un beso de muerte. La araña aún está aferrada a su presa. La sangre se desborda. Silencio.

Se tumba sobre la cama. Trata de dormir. Los minutos avanzan. Un instante y la caída, las piernas se recogen, como si estuviera gritando en la imagen. El tiempo reviste un carácter hostil. Me duermo. Despierto sobresaltada, mis dedos agarrados pierden la forma original succionados por una fuerza maligna, luego se aprietan húmedos, desplazados hacia un centro imaginario. Desde los codos hacia abajo, algo impide controlar los movimientos. Un ardor insoportable se aloja

en sus extremidades. Puedo verla sometida en una especie de castigo sobrenatural. Despierto, mis manos aún tiemblan, pienso que pronto pasará, lo deseo, pero los temblores no se detienen. La luz decae abandonada. Veo la noche, la incomodidad, el miedo, desde los primeros años, quizás desde siempre, el miedo. Allí está el aparato telefónico. Una cosquilla resbala por mi estómago. La voz de aquel hombre aparece distante, suave, casi atractiva.

—Sólo alguien que espera por ti... —me dice él, inconcluso.

Controlar tus pensamientos debes, olvídalos, es absurdo, piensa. Cierra los ojos. El inicio de la noche te atrapa. El sonido que provoca: la soledad en tu habitación, la soledad tuya. Puedo verla encendiendo la lámpara, el reloj marca las doce en punto, las manecillas del reloj giran lentas, los segundos, los minutos. El tiempo. Sofía está de espaldas a su tiempo, en la cama, inmóvil. Algo acecha. Puedo presentirlo. Me levanto y camino, mis manos aún tiemblan. Ahora se acerca a la ventana, luego retrocede, como evitando que todo vuelva a suceder del mismo modo. Vuelve a acostarse. Divaga. A punto de dormirse suena el teléfono. Salta de inmediato. Enciende la lámpara. Vuelve a sonar, una segunda vez. Levanta el auricular. No hay palabras en su boca...

—¿Acaso no estabas esperándome? —susurra él al otro extremo, muy cerca.

Ella escucha con atención, no puede responder, el murmullo de sus propias palabras

entrecortadas se devuelve justo antes de salir de la garganta.

—¿No quieres hablar? —insiste, para atraparla.

Para atraparme insiste. Hago un esfuerzo, intento hablar, las palabras salen esta vez, a pesar de los latidos cada vez más acelerados del corazón.

Lo hago —voy a colgar y no quiero que vuelva usted a insistir —digo, para escapar.

—No cuelgues. En este espacio todo es permitido —me responde—. Atrévete —me dice luego, incitando aún más.

—¿No entiende? Es inútil, no puedo seguir perdiendo el tiempo —le respondo.

Respondo así, como dejándome llevar, inconsciente, abismada lo hago. Dejándote atrapar por el desconocido, sin evitar sus palabras. Dejándose escurrir a través de las palabras para sentirse a salvo. A pesar del miedo, saberse a salvo, encubierta la soledad, la soledad de ella.

—No mientas —dice el hombre.

Ella se permite el silencio. La respiración lenta. A pesar de los latidos agitados, se lo permite.

—Sofía... sé que no puedes dormir —insiste él.

Aterrada se agita, mientras las letras pronunciadas por los labios de ese hombre resbalan exactas, muy adentro. Se internan. Ella cuelga el teléfono de inmediato. No Sofía, no mi nombre, cómo pronunciarlo. No puede conocerme, saber nada de mí, piensa, con la angustia y el desaso-

siego, el temor de saberse descubierta. Aquel desconocido me llama por mi nombre, sabe quién soy, quizás también sabe... No, él no puede saberlo. Después de unos minutos el sonido se repite. Piensa en desconectar el aparato, si lo levanta estará otra vez allí, peligrosamente. Si lo deja sonar vendrá su madre, tendrá que explicar. Al tercer sonido responde.

—No hay por qué temer —dice él, con una cercanía extraña, en su voz hay algo que conmueve, algo cada vez más irresistible. Casi sin importar lo que digan esos labios, es su voz un hueco profundo que la magnetiza.

—¿Por qué a mí, qué está buscando?... Ni siquiera me conoce —balbucea. Intentando palabras nuevas en la boca, para no dejarlo pasar, para descubrir alguna pista, algo que permita identificarlo.

—No es verdad, Sofía, sé todo de ti, quiero hablarte, necesito... —interrumpe él.

—¿Cómo se atreve? —replica la mujer con energía. Ahora, el juego empieza a parecerle insoportable.

—Podrás hacerlo, sólo tienes que dejarme decir... —¡No es fácil! —dice ella, luego cuelga.

Sofía no logra entender el absurdo escenario que la envuelve. ¿Madre, que harías tú por detenerlo? —dice. Madre, si pudiera precisar esta extraña fuerza que me obliga en la atadura, acaso sea una forma precaria de no sentirme aquí adentro, donde las voces no responden a mis plegarias íntimas. Y entenderme simultánea, como

una trayectoria de imágenes que se articulan desde las primeras sílabas. Madre, ¿qué hacer?, cómo reconstruir a partir de ese otro que contempla, que seduce. Me seduce, me fragmenta, el desconocido me determina. Verme madre, escrita desde siempre en un fragmento, como algo que no me representa en su totalidad, porque mi cuerpo afectado, susceptible, me hace resbalar. Madre, respondería como una señal negativa a la página en blanco, como a una vida en blanco, si ese hombre no completara mi desproporcionada forma. Lo he aprendido todo de ti, todo lo que nos hace perder la cabeza. Madre, no detengas nuestro viaje, galopemos como antiguas yeguas batidas al viento sin otro poder que esta unión de luna y sangre. No te atrevas a hablarme de la incoherencia, déjame susurrarte, ese dulce abandono que me hiciste conocer. Nos hemos vuelto hermosas, no podremos huir de nuestros derrames, madre, derramadas, madre... Sofía se duerme, confundiendo las palabras, ella se duerme.

4 / *No se escucha nada*

—¿No piensas levantarte hoy?!... ¡Ya es más de la una de la tarde! —dice la madre, al momento de pasar cerca de su habitación.

Sofía puede casi ver el sonido de las palabras desapareciendo, a medida que la madre se desplaza por el corredor, empeñada en cambiar la posición de algunos objetos. Está exhausta. Una sensación de aturdimiento le impide salir de la cama. Intenta acordarse de los sueños, pero no dejan de ser sensaciones apenas perceptibles de imágenes extraviadas. Hay líquido inundándolo todo. Se ve flotando sobre un líquido viscoso con la piel cubierta de escamas. Recuerdos vagos la incitan, recuerdos muy antiguos que la comprometen en buscar hacia adelante. La rugosidad de las escamas la inquieta, sabe que esa textura no corresponde a su piel, a la piel suave que la envuelve, pero también sabe que es su propio cuerpo el que flota sobre aquel líquido espeso.

Se levanta con dificultad. En el cuarto de baño se detiene unos momentos frente al espejo. Recorre minuciosamente cada parte de su rostro, bajando luego hasta la altura de los hombros. Su aspecto le parece ajeno, no ve a la mujer de tantas mañanas frente al espejo. La ve modificada en la extensión de la piel, como si hubiese soportado el peso de muchos años, agrietándole la carne de una manera abrupta. Más cerca descubre unas marcas en el cuello. Sin apartarse de la imagen va desvistiéndose. A la altura de los hombros, las huellas aparecen de color violáceo. Aprieta las zonas afectadas, y la carne cede, cede al ardor que emana del cuerpo herido.

—Por lo menos baja a almorzar —insiste la madre, que ha vuelto a pasar cerca del dormitorio—. No entiendo qué haces todavía en la cama, sería el colmo que además...

La voz de Carmen va perdiéndose a medida que avanza hasta la pieza del fondo. Sofía permanece detenida mirando su rostro en el espejo. Puede verlo desprenderse. Teme frente a la desconocida, frente a otra. Teme a sus pensamientos inesperados, puede verse susceptible. En la ducha, el agua caliente resbala por su espalda, se reconforta. Pensamientos inconexos flotan en su cabeza. Busca entre los recuerdos imágenes que le permitan entender. Como desprendida, libre ahora de sus propias circunstancias, se retrata vagando, desesperadamente hambrienta. Se dibuja partes de otras, desolada, huella de otros se detiene llorando.

Debe estar más cerca de su madre. Debe intentar estar cerca de ella, eso facilitaría las cosas, tal vez ahora... las facilitaría. Pero la madre aparece como un muro incontenible de todos sus deseos. No la dejará en paz. Suplicante se ve renacer colmando sus feroces apetitos. Sus ojos se escurren, mientras hilillos de sangre cubren el rostro agrietado. Es tiempo de soledad.

Durante el almuerzo y sin titubear, se acerca a la madre y abrazándola por sorpresa le pregunta:

—¿Oíste el teléfono anoche?

—¿El teléfono? —responde Carmen.

—Cuando lo levanté un hombre trató de hablarme —continúa Sofía, sin advertir su molestia.

—¿Y tú qué le respondiste? —dice la madre, esbozando una mueca que provoque su indignación. La ironía, el desprecio.

—¿Nunca vas a tomar nada en serio? —replica Sofía—. ¿Cuándo vas a creerme?

—Termina de almorzar y acaba con eso —dice la madre, resueltamente molesta.

—No digas que no te conté después —balbucea Sofía, segura de que nada de lo que diga tendrá sentido en aquel diálogo inútil.

El tiempo transcurre ordenadamente en el desencanto de la vieja casona. La madre en sus quehaceres continúa desplazando las cosas, con espacio apenas para murmurar frases cortas, mientras Sofía, inquieta, evita el recuerdo de aquella voz que va y viene por su cabeza.

—¿Estabas esperándome? —dice él. Es la boca, las palabras en su boca. Como un oscuro susurro adentro de los pensamientos.

De pronto la madre se queda mirándola.

—¿Cuál es el problema? —le pregunta—
¿Qué de todo esto, en realidad te inquieta?

—Nada, estoy perfectamente —responde Sofía, inclinando la cabeza—, aproveché de dormir un poco, es todo.

—¿Por qué no sales mañana? A lo mejor encuentras algo en San Diego, si no tienes dinero yo te paso —dice, tomándola del brazo—. Vamos —insiste, sacando de su bolsillo mil pesos—, busca un regalito para mamá.

—Gracias, de verdad, ahora no estoy de ánimo —Sofía advierte la astucia de la madre y teme. La respiración se inquieta. Le teme como al destierro.

—Entonces te prepararé un café como a ti te gusta —dice, con la certeza de que algo está pasando. Ve el peligro, se insinúa el peligro.

La joven fuerza una sonrisa.

—No voy a hablarle esta vez —piensa—, disimula, de lo contrario podría complicarse, ahora la ves de buen genio, pero después se pondrá insoportable, agresiva, siempre lo hace cuando no puede controlarlo todo. Sigue hablándole, ella no va a dejarte tranquila, insistirá, sin preguntar estudiará tus gestos, por ahora puedes decirle cualquier cosa, evadir sus insinuaciones, soportarla y sonreír, ser amable. Después, se te ocurrirá algo, después.

5 / *Interferencias, interrupciones*

Los días son cada vez más largos. Se debilita. Su vulnerabilidad crece. La noche. Es durante la noche que todo en la habitación cambia. Es durante la noche que puede escuchar la voz de aquel desconocido penetrando suavemente en zonas cada vez más ocultas, las de su existencia. Como en un ocaso, con la mirada perdida, se agota mi fuente. En el vientre... nada. Las venas rebosantes simulan toda ausencia de silencios.

Algunos minutos después de las doce, como empieza a ser habitual, el teléfono. Sofía levanta el aparato con tranquilidad. Al empuñarlo su mano se humedece, puede sentir que todo es exacto, hasta en el largo de los dedos al acariciarse las palmas. Se queda un tiempo conectada a esa forma, que a la altura del lóbulo de la oreja encaja de una manera casi perfecta. Al otro lado de la línea telefónica, el hombre la succiona desde aquella profundidad. Ella lame la parte de abajo del

auricular. Él sigue estando en el otro extremo de la línea. Su lengua, simultáneamente resbala por los pequeños orificios.

Luego, con esa voz que la confunde, él dice, —No hay sueño hoy, aún resisto...

Su voz y el aliento deforman con imprecisión las palabras. A pesar del placer, quiere acabar con todo de una vez, recuperar el tiempo perdido. Tiempo de palabras inútiles murmuradas desde un aparato plástico. Todo es absurdo si no puede retener las palabras, su figura. No sabe cómo es ese hombre, sólo sabe que seguir escuchándolo, va haciéndose cada vez más indispensable.

Evidenciando la distancia entre ambos, él continúa... —valioso es el tiempo en la urgencia al calor que sofoca, atrévete en lamer toda mi gracia, intenta al beso, aceitada la boca y escúrrete de toda carne en el roce persistente. Como aletargado en el vientre, atraviesa el espacio y se mantiene flotando.

—Demasiado tiempo haciendo lo mismo, — responde Sofía, tratando de cautivarlo al menos por un momento.

Muy cerca de sus oídos, él va cubriéndome de palabras sugerentes, agresivas. Pronto se le van deshaciendo las heridas, las manos, la angustia, luego se le desmembran las lágrimas y el rostro desprendido empieza a despertar.

—Recuerda, este es nuestro espacio, todo es permitido, no cuelgues... —dice, como si ahora atravesara flotando de polvo, arrojando sonidos muertos.

Sofía permanece en silencio algunos segundos, sabe que de un momento a otro, él colgará el aparato telefónico. Lo hace. Entonces relajo los brazos, hasta que mis dedos caen resbalando como gotas de agua, luego los aprieto con fuerza contra las palmas. Descubro que la belleza no atrapa los días. Quiero ser belleza. Quiere ser belleza, pero imposible, se mantiene misteriosamente atada al aparato telefónico. Enciende la lámpara, todo en ella se detiene. En el estómago, un dolor como de máquinas me hostiga. Continúa inmóvil y hunde sus huesos en la cama, esperando el cuerpo, que de viva dé calor. El lenguaje de los segmentos no puede ser belleza. Está menos polvo que la noche, es como otra mancha más de la muralla. Él, el extraño, llama cada noche. Interrumpe la comunicación. Lo hace muchas veces cada noche. De pronto, otra imagen atraviesa su cabeza, una bola de acero resbala por un laberinto, la luz se enciende en el momento en que un sonido agudo la impulsa al hueco disparándose. En el tablero electrónico la numeración se eleva. Desde el punto más álgido la deja caer, luego de susurrarle besos incitantes. Despierto. Suena el timbre que se abre para las sombras que mayores se sienten en las cornisas. Tú estás sentado sobre la cama, besas tus piernas y te lames, haces de tu boca una caricia más, como simulando los sonidos del viejo aparato.

Un mes. Ha pasado un mes y Sofía va quedándose cada vez más tiempo en el dormitorio. Tendida en la cama. La mayor parte de las veces,

no haciendo nada. Con las ropas desordenadas y la vista fija en el teléfono. Está sola, o al menos quiere estarlo. No existe paz en el estómago, su cuerpo parece una bomba a punto de estallar.

R i n g... R i n g... R i n g...

Vuelve a estar allí. Metódicamente levanta el aparato, como muchas otras veces, reforzando el acto. Cada suspiro parece un estallido, y en cada sonrisa pareciera que el demonio se le atragantara en las vísceras.

—Quiero estar contigo —dice ahora el hombre, con voz nítida.

Va presentándose de a poco, aparece de una manera que no puede predecir. No contesta, por no saber cómo buscar, porque tampoco puede evitarlo. No hay compañía un solo instante, como si hasta el destierro de sí misma permaneciera ausente. Sofía cuelga el teléfono, incapaz de soportar la frialdad del aparato. Imagino que él se acerca, buscándome a tientas. No alcanzo a verlo, sólo sé que él está allí. De pronto, una caricia suya, uno de sus dedos, el índice, rozándome. Al contacto con la piel, tiemblo. Una violenta vibración me impide controlar los músculos. Descontrolada tiemblo. Es allí que entiende su calor. Cómo necesita estar en ese calor suyo que la sumerge en la oscuridad. Íntimamente ríen, en una complicidad que les pertenece. Tomando su cuello entre las manos, él se acerca todavía más, Sofía lo aparta creyendo que su corazón va a estallar. Él la estremece. Toca ahora su labio inferior, absorbiéndolo apenas. Ella se detiene, sus mejillas están

ardiendo. Con la soledad frente a frente, sabe que no podrá alcanzar al hombre que permanece al otro lado de la línea telefónica, a pesar del deseo. El deseo suyo por estar más cerca, todavía más, de aquel desconocido. Desde los lugares más íntimos, él repite —aceitada tu boca— Sofía en la distancia próxima, lo deja decir. Respiran profundo, haciéndose, ambos, al amor a través del cable. Él consciente su avidez, concede al paso del tiempo y en cada momento, ella aparece más agrietada, como si dejara una huella semejante al desconcierto.

R i n g... R i n g... R i n g...

Todo en el resto de la casa está en silencio. Sofía desespera, en fracción de segundos piensa en su madre. Si no levanta de inmediato vendrá. No soporta a su madre, siempre espíandola, su desesperación se convierte en algo insostenible.

Contenida la angustia se abalanza sobre el teléfono y dice: —Te quiero acá ¿me oyes?, di lo mismo...

—Las cosas son menos predecibles, hay espacios aún más inciertos, —responde él, luego cuelga.

Hubiese querido retenerlo, pero depende exclusivamente de él. La mayor parte del tiempo se le escurre, parece un reptil, se arrastra como un reptil, buscándola. Buscando saciar su sed... su apetito. Puede verlo anudado, cayendo tras la inexpressión. El rostro pálido deshoja el otoño abriéndose al frío. Teme que sea otro espejismo que no le permita beber de él, un espejismo que

se diluye saciando su imagen imprecisa. Sofía teme los temblores y sueña que se acabe un poco, día a día, el torbellino que lo niega. Madre, hace falta tanto silencio para escuchar una gota que cae derramando el lagrimal. Ese espejo no se rompe y cae al frío. Hielas toda la mirada, y en el derrumbe de las paredes de mi habitación, en el lecho, puedo ver la tumba esperando a un desconocido, que no se precipita.

Abre la ventana. Enciende un cigarrillo. Fumando despacio se deja llevar por el cielo despejado de una noche quieta. Entonces urde otro laberinto. Descifrar mejor cada detalle, temiendo caer en el abismo de su propia ingenuidad, adelantada por acontecimientos inciertos que la impulsan en la pasión, una locura inmediata. Mira hacia el velador, son más de las tres de la mañana, los pensamientos van y vienen, mientras sigue con cautela las manecillas del reloj. Con palabras misteriosas él tiñe sus intenciones y destruye algo que estaba quieto.

Atrapados los huesos blanquecinos que muertos han, de carne pútrida, sido violentamente removidos.

6 / *Madre ¿Estás ahí?*

Carmen Ruiz despierta con entusiasmo. Veo en mi madre la mirada, reconozco su sonrisa, con el cuerpo aún tibio la veo retozar unos momentos antes de salir de la cama. Afuera aparecen los primeros rayos del sol, un día realmente magnífico. Un pétalo cae en una vereda completamente vacía. Muy al fondo de la calle, veo la silueta de una mujer, paños blancos la cubren, algo como un manto la bordea, fina es cayendo por los pliegues hasta alborotar el suelo, el rostro blanco pareciera ser de piedra. Hago como si no la oyera, apenas mirarla, pero hay algo que ella desconoce, la mujer me precipita, me extenúa, extiende sus brazos pidiéndome desde su presencia, hiela con sus ojos mis latidos. Ella precipita mi derrumbe.

La madre extrema su vitalidad, no entiende que en un día como este aún no aparezca nadie. Se aparta de la ventana. No hay calma, siempre

está moviéndose, nunca veo calma en ella. Mi madre piensa sólo en mí, ha notado el desinterés, me ordena, me obliga a las compras, y yo obedezco. Mi desinterés crece, la madre lo presiente. Presiente todo mi desgano.

Dice —tendré que hablarle seriamente.

Siente que ya no puede esperar más tiempo. Vuelve al agua. En el cuarto de baño se lava. Veo a mi madre etérea, sin tiempo ni consistencia. Veo la palidez de mis pómulos cayendo, como si mi rostro fuese a su vez ese rostro, como si yo misma estuviese hecha de piedra y no pudiera alterar la lejanía que la madre me presenta, casi todo el tiempo.

Dice —se acabó.

Dice que no estará más, que se acabó la vida y que entretanto, vive la no vida simulada del presente. Yo, mientras tanto, vivo en la ironía, el desprecio, habito apenas en un silencio, ajena. La niña ya no es la niña, hurga ahora en la infamia, el desprecio, y jura que no saldrá más. Que intentó atravesar el mármol, los contornos de la piel, ahora, sólo se reconforta en el contorno de las piedras.

Pulo mi pierna, la suavizo, y pareciera que es la otra la pulida, que es tu pierna sobre la que viertes el estómago... No, no más que simular, simular, decepcionando toda filiación. Borrar toda huella, suavizar. Más allá de la piel, más allá del sin sentido que tiene el tiempo, los segundos, en cada recuerdo hay un poco de muerte.

Para la madre escoger que vestido ponerse o el acto de las ropas no significa demasiado. Es,

sin embargo, indispensable una ducha y ropa limpia. Como un borrador que se rehace infinitas veces hasta parecerlo posible, como una mirada que se pierde en el silencio y en cada paso... la sangre va dejando huellas impresas.

No puede hablar, la noche se apaga, no soporta los sonidos, sólo soporta el ruido de la calle sin visita.

La madre irrumpe todo silencio.

Después de los quehaceres habituales, vendrá tal vez, una segunda ducha. Ella odia los olores, el sudor después del trabajo. El agua borra todo aroma, toda huella. Mi madre va borrándose y no me deja un espacio para enunciar, para enunciarla. Pasa cerca de mi dormitorio, como una extraña, busca rastros inalcanzables. Ella me busca. La puerta está cerrada. Se acerca para oír, para oír nada. Mejor aún, no le gusta que la vea merodeando en aquel cuarto. Sigue avanzando por el corredor hasta la pieza del fondo. Entreabierta la puerta acude, un alarido lastima más allá de un eco que se pierde, recuerda los pasos presurosos y la angustia por las noches. Irrumpo en su vida, corrompo su silencio, la quietud de su silencio. Corrompe el silencio, sin decir. La noche se apaga, la codicia quebranta más allá de todo.

Mi madre, una vez adentro, en voz baja dice: una belleza. Excitados los ojos brillan, la sonrisa resbala por los pómulos rosados. Su pelo color ceniza, cae tomado por atrás. El pelo completa sus aires de señora, la piel de su rostro es suave,

tersa, la madre se sabe una mujer atractiva, por eso viste ropas ceñidas al cuerpo, los pechos son abruptos, las caderas anchas. Toda la figura de mi madre se reduce a la calidez de unos pómulos nunca pálidos. Carmen Ruiz, una madona, más allá del aspecto, una adicta. Todo lo que la rodea se transforma en una parte más de su enfermedad. Incluso yo, de la enfermedad de ella, me convierto en una de sus piezas más valoradas. La veo caer. A mis años podría verme ridícula, dice, pero son irresistibles. Duda que alguien tenga una colección como esa, ahora que todo se hace de materiales desechables. Cuando está adentro se siente menos agitada. Teme que Sofía pueda descubrirla, descubrir su fijación. Cierra la puerta, ajusta el pestillo, sólo en ese momento se acerca a la repisa.

¡Detente! —me dice.

Recrear esas formas indescritibles de la madre. Inventar nubes de gotas vacías. Los pechos hinchidos de leche y las grietas en los pezones que se apartan. Perderme en el calor húmedo de tus manos y cerrar los ojos, no brillarlos más. Hasta hacerme tenue en un cerrar de labios. Hasta hacerte otra, la noche envuelta en el calor húmedo de esa imagen que no cobija.

Hasta hacerme amante: madre, cuerpo, sudor, latido. Otra la lágrima, dulce.

Un montón de carnes latiendo en una noche que clama entre vientres. Ojos abiertos, brillo, pupila negra. Y la madre colecciona a la niña, su niña y todas las muñecas.

Saca una a una todas las muñecas, incluso las más antiguas, cuatro muñecas de loza que eran de su madre, luego de ella y ahora... seguirán siendo de ella, piensa, Sofía las habría roto. Ir haciéndose a pedazos entre los fragmentos, deshaciéndose en imágenes desmembradas, apartarse de la ficción. Sólo fragmentos, destellos... luego sombras.

Mi madre va sacándolas despacio. Muy pronto, sobre la cama, dieciocho muñecas de distintos tamaños. —Una lástima que Sofía nunca aprendiera... algunas cosas se heredan —dice, a medida que va poniéndolas una al lado de la otra—. Su padre —dice—, ella es un calco de su padre.

La madre suspira. Veo a mi madre suspirar por no tener idea de lo que realmente ocurre. Todo se hace en silencio. Simplemente desaparecer sin que el hombre llegue a enterarse. La madre recuerda a sus padres, el horror del embarazo, y la vergüenza. Veo a mi madre agachar la cabeza, la veo suplicar. Pero los padres no se conmueven. Con la noticia, una sola exigencia: desaparecer. Recibirá dinero, pero no volverá a saber de ellos, nunca más, ni siquiera una carta. Los recuerdos tiemblan y la devuelven, inevitable. Todos están muertos. La madre hereda la oscuridad del secreto y la mentira: un padre muerto para Sofía. Toda la calma que unos cuantos objetos provocan, es algo que no podría simularse. Libre y atada en una historia de pequeñas y grandes cosas, la madre continúa ordenando, el nivel de su excitación sube. Cuidadosamente desviste una de sus

muñecas, la más antigua de todas, una porcelana delicada, lleva un vestido de encajes. Tendrá que lavarla con detergente suave. Una tela de tantos años, mucho mejor que las que hacen ahora. Después de lavarla quedará como nueva. Con más énfasis, limpia y ordena en una confusión de vestidos. Si no fuera por Sofía... no se preocuparía de la casa, incluso en los últimos días trata de evadirla, se va a la cama temprano, parece impaciente —piensa— y esa manía de encerrarse en el dormitorio... ¿Qué hará con el tiempo? —Lo único que falta —dice—, hasta cuándo voy a tener que preocuparme, ¿quién sabe qué estará pasando por su cabeza?, debería estar casada y yo a estas alturas... una abuela, así tendría a quien dejarle todas estas muñecas.

Madre, tu respiración va y viene. Los latidos buscan la semejanza con tu boca, la comunión con tu boca. Ella conoce bien a Sofía, sabe que algo está pasándole. Sólo lejanos besos. Seguro que cuando me muera todo esto va a ir a parar a la basura —dice. Un dolor a la altura del pecho la obliga a caer sobre el sofá. Sacando un pañuelo, limpia sus ojos empañados.

Al caer el tiempo al final de la ventana, se recoge. Como en un susurro, la vida va extinguiéndose poro a poro. El sueño invade su cuerpo. Dormida es un invento, sólo gotas vacías, y perderse en el calor húmedo de las manos, cerrar los ojos, no brillarlos más. Hasta hacerse tenue en un cerrar de labios. Hasta hacerse nueva, otra: la noche envuelta que no cobija. Hasta hacerse

amante, sudor, latido. Otra la lágrima dulce, carne viva latiendo. Otra la noche que clama entre vientres. Ojos abiertos, brillo, pupila gris.

El peso de la noche agoniza, la empapa de negro. La imagen asfixia.

7 / *Escenas de la calle*

—¡Loca, loca, mi madre está completamente loca! —grita frente al espejo.

Han pasado varios días en que Sofía no abandona su dormitorio limitándose a esperar al lado del teléfono. Ese hombre actúa en el límite exacto, una especie de ritual en que él nunca deja de llamar, cada noche, después de las doce. Como si supiera que puede someterla con un sólo sonido, manteniéndola de ese modo, en estado de alerta.

Sofía está harta. También harta de su madre, es por eso que el día 24 de diciembre, decide salir del escondite. Antes que nada decide buscar algo especial con qué vestirse. Se acerca al espejo, su estado es lamentable, unas bolsas bajo los ojos evidencian el desvelo de tantas noches. En el clóset busca impaciente. De entre las ropas escoge una prenda, la revisa cuidadosamente, es un vestido guardado por años. Sí, el vestido es apro-

piado. Se anuda un lazo en la cintura, dejando caer hacia atrás una rosa mal ajustada. Al salir de la habitación, baja las escaleras cuidando de no hacer ruido. Sale rápidamente, no quiere toparse con su madre. El día está radiante, demasiado tal vez para sus ojos, acostumbrados a la penumbra de la habitación.

Empieza a caminar rumbo a la Plaza de Armas. Mientras avanza, una imagen aparece en su cabeza: un niño pequeño, él va en sus brazos. Cautivada por ese niño, la risa del pequeño llena casi por completo sus pómulos. Sofía puede ver algo extraño en sus ojos, su mirada parece afiebrada. Ella puede verse casi al punto de perder la conciencia. Con las manos diminutas el niño recorre sus mejillas. Ahnnn, los sonidos de su boca. Ahnnn, va iluminándose completamente. Sofía hace una mueca, como repitiendo su canto. Él se le acurruca, apretándola contra los dedos la rasguña y empieza a emitir unos extraños quejidos.

Entonces, Sofía advierte diciendo:

—Es urgente, debemos vernos. ¡Permíteme lascivia! No me evadas, alguien puede descubrirnos. Una de estas noches juro que acabo contigo.

La sentencia es respondida de inmediato:

—No tienes otra alternativa más que esperar —dice y en sus palabras agitadas, ya no parece un niño—, vendré a nacer en un estallido de cristales.

Sofía camina más rápido. Evita la imagen. Avanza. Avanza por el centro de Santiago. Las calles están llenas de papeles y guirnaldas que

brillan con el aire. Continúa por el paseo Ahumada, todo es distinto. Santiago aparece ante sus ojos como una ciudad sofocada por el vicio, papeles metálicos son un adorno, y parece, todos parecen realmente felices. Sonriendo avanza cada vez más rápido entre la multitud. Un hombre delgado de unos cincuenta años se detiene en ese momento frente a ella y como si la conociera desde siempre, dice:

—Estas fechas son de olvido, la violencia desaparece... Si usted se queda quieta puede sentir las voces... —el hombre apunta hacia unos buses verdes estacionados, justo en la intersección de dos calles importantes, perpendiculares al paseo peatonal— ¿ve en el interior de esos buses? —insiste— están en cada calle, eso nos da a nosotros, peatones, un carácter extraño. Toda la ciudad está rodeada.

—Roguemos por que no ocurra nada esta vez —contesta Sofía, viendo cómo las personas no dan acierto en sus palmoteos.

Se oye un rumor, como si todos gimieran despacio. Ha estado demasiado tiempo sola, invadida, despojada. Caminando puede sentirse mejor. Antes de los llamados, Sofía habitualmente camina por el centro, para conversar con desconocidos, para descubrir gente atractiva. El hombre camina detrás de Sofía, caminan juntos, acompañándose, no existe la necesidad de establecer otro contacto. Cada cierto tiempo el hombre se adelanta para sonreírle, de pronto hace un gesto extraño, como si ya no pudiera mantener el rit-

mo pausado de sus pasos. Abre los brazos, y dando vueltas empieza a gritar muy fuerte...

—¡Quedarse quietos como si el terror se hubiese ido! —en ese momento su mirada se pierde casi por completo.

Sofía tiembla al ver a aquel hombre actuando como poseído por una extraña fuerza. Algunas personas que pasan por el lugar se detienen. Siento el peligro, todos están mirándome con ojos feroces, delirantes, lentamente van formando un círculo, como esperando algo espectacular. El tipo no para de dar vueltas, lo veo descontrolado, gritando aún más fuerte.

—¡El Maldito ya no existe más, desde una trinchera diéronle muerte! ahora sus gestos son desesperados.

En un alboroto de gritos y quejidos, hombres y mujeres aplauden eufóricos a medida que van apretándose. Puedo sentir horror en sus gestos. Prisionera de la multitud, tengo que correr, alejarme, pero todas esas personas están impidiéndome salir.

—¡Le han destrozado el cuerpo al sol de un desierto desconocido, bordearon su cuerpo con ajos! —repite el hombre, riendo locamente, alucinado con el recuerdo de aquel día en que Chile entero queda a oscuras, apagadas todas las luces por un fuerte golpe.

Luego su voz se convierte casi en susurro. Lentamente él baila hasta perderse entre la multitud. Yo y ese hombre compartimos el centro de toda la atención por un instante, hasta que poco

a poco la gente se dispersa. Ahora sola, parada en la mitad de la calle, veo cómo el hombre desaparece, desaparece entre la multitud luego de aquel alboroto, sin que casi pueda advertirlo. Miedo de la gente. Más allá del placer de verme entre desconocidos. Miedo de todo y de todos. Pero, sin más alternativa, la indiferencia, puedo verme en el gesto, actuando como si nada de lo ocurrido me sorprendiera demasiado. Verme en el ridículo, parada en medio de la calle, sintiéndome totalmente absurda. En ese momento puedo advertir que algo enfermo rodea a la ciudad, la soledad produce a veces cosas extrañas. Todos van demasiado rápido, comprando desesperadamente, gimotean por el calor. El centro de Santiago está plagado de vendedores ambulantes que regatean a cualquier precio con los peatones. Una gran cantidad de bagatelas acumuladas en el suelo de los paseos peatonales sepultan a los compradores. Objetos esparciendo necesidades, disipando monedas pequeñas: la gente busca sucedáneos, una señal de fetichismo desde el culto censurado, pienso.

Una mujer robusta, de aspecto atrevido, se acerca para ofrecerle unas pulseras. Amuletos colgantes, corazones y todo tipo de elementos pequeños llaman su atención, brillando a medida que agita los brazos repletos de pulseras amarillas hasta la altura de los codos.

Ambas se reconocen de inmediato, la mujer se queda mirándola.

—¿Esperas liquidar tus mercancías?—pre-

gunta Sofía, en tono casi familiar.

—Para no ser descubiertos y detenidos y llevados a quién sabe dónde —responde la mujer, agitada.

—Todos sabemos eso —agrega Sofía, no sin antes empatizar con ella.

—Uniformados golpean nuestros cuerpos, nunca devuelven la mercancía. Nuestros regalos. Toda la felicidad de los que no tienen más que seres queridos —insiste, haciéndola cómplice.

—¡Esta vez no! Busco algo especial, en otro momento podríamos resolverlo —dice, y se aleja.

Camina más rápido. El hombre que busca podría estar en alguna de esas calles —continúa—, no, no debía ser ajeno a ese mundo. Hasta podría ser uno de esos hombres del centro. Sin detenerse casi, en las vitrinas lo busca. En las miradas de la gente, en los rostros perdidos en épocas de pascua. Tantos rostros desesperados por comprar cualquier cosa. La madre no acostumbra eso de los regalos, ni siquiera cuando Sofía era niña. Se mantienen ajenas a todas las fiestas de fin de año y los abrazos. En la esquina hay un joven de rodillas, sus pantalones están gastados de tanto apoyarse sobre el cemento, frente a un parquímetro empuña una especie de vela y en la otra mano flores. Hincado, adorna la máquina hasta alejarse, dejando una mecha encendida. Sofía corre. Atraviesa la calle, puede imaginar el estallido, pero después de algunos minutos no se oye la detonación. De todas formas, sólo después de ca-

minar varias cuadras se siente a salvo. Ahora sin rumbo fijo, busca algo que no puede precisar. En casi todas las esquinas hay viejos de pascua esperando. Hombres extremadamente delgados que dejan ver con evidencia el burdo relleno de sus disfraces, barbas de algodón mezcladas con sudor, en una representación tan artificial, hasta las mujeres llevando a sus hijos por el brazo parecen parte de un simulacro, y esos hombres disfrazados que esperan, frotando sus cámaras fotográficas instantáneas entre las manos.

Uno de ellos le parece familiar. Sofía se acerca entusiasmada.

—¿Otro año haciendo lo mismo? —le pregunta, reconociendo a uno de los más antiguos viejos de pascua de la Plaza de Armas.

—Ya ves mijita —contesta el hombre, sacándose el gorro de paño—, tomamos a sus hijos sentados en el carro y los venados ¿Qué hay de malo en ello? Guardarán papeles en recuerdo —dice, viéndola con una extraña intensidad—, a cambio de unos cuantos pesos.

—Les servirá de paliativo —responde Sofía, temiéndole—. ¿Cuándo te va a tocar un descanso?

—Mi barba es verdadera, está muy crecida, mis fotos son las mejores.

—¡Cuidate! —agrega Sofía, dejándolo atrás.

El viejo la sigue con la mirada. Un viejo pascuero adorable. El recuerdo de años anteriores, alguna pascua allí sonriéndole, mientras ella pone sus esperanzas inútiles. Ahora, contagiada con el

ambiente, Sofía busca en el acoso de la ciudad, sintiéndose agredida por cada mirada, en cada gesto.

Sabe lo que busca, ahora lo sabe, busca algo que pueda atraer a ese hombre. Un objeto.

Recorre en cruz y atraviesa la plaza pública. No da aciertos, nada parece suficiente. Se interna en lugares de polvo y tiempo, en dirección a la Alameda, entre libros y revistas, entre mercados y tiendas, sintiendo que incluso él puede estar presente, espiándola.

—¡Por qué no retener en la memoria al menos uno de sus rasgos! —dice, frente a una de las vitrinas. Una modelo de labios rojos provoca la furia con el escote. Es estampa de una tarjeta amarilla, una fotografía retocada hasta la exageración.

Entra en el almacén, un local pequeño con poca luz. Dos estantes de madera teñida de negro se apoyan malamente contra la pared. En uno de ellos, minuciosas divisiones con pequeños objetos dispuestos en casilleros: payasos, muñecas, figuras de cerámica y otros adornos. En el otro, algunas tarjetas expuestas, como en una sala de arte. En los encuentros de las tablas, permanecen clavadas fotografías en blanco y negro. A pesar de sus constantes caminatas por la calle San Diego nunca antes ha estado en ese almacén. Sobre una mesa también oscura, permanecen algunos libros desordenados, bajo ellos se asoma un pedazo de disco roto. Al costado de la mesa, varias carátulas y una lámpara de forma redonda desde donde cuelga un paraguas de colores eva-

porados. En la pared, sombreros que dan una extraña calidez al espacio. Todo está cubierto de polvo. Tantos objetos azarosamente dispuestos, sin nada en común, salvo por esa nostalgia de pasado. En la pared aún quedan los restos de un papel mural con pequeñas bailarinas de pálidos colores. Se siente intranquila. Recuerda a la madre, su madre desquiciada, jugando a las escondidas entre tanto trasto viejo. Ella que nunca habló de su padre ¿Por qué no dejarle siquiera una posibilidad? Él nunca supo que había sido un paso equivocado que cambió las pretensiones en la vida de su madre. Luego de su nacimiento la vergüenza, la rabia, después, sin más remedio, a cambio del silencio, acceder a sus fijaciones.

Sofía se acerca al mostrador, haciendo una mueca a un anciano que se frota con un pañuelo blanco la frente. En ese momento, un nuevo registro, otra voz retumbando en sus oídos: *“Aquel que no evolucione con el tiempo hace inevitable el camino a la extinción”* —le dice.

El anciano frunce el ceño y se dispone a atenderla.

—Quiero la tarjeta de la vitrina —dice Sofía.

—¿Para su enamorado? —pregunta el viejo, con picardía.

—Para mi enamorado —responde ella, con un dejo de tristeza.

“Pero aún nos queda la pose, retocando marcos gastados de otra existencia, actualizando fetiches en gozoso acierto” —escucha.

Sofía confusa se entrega; luego intenta son-

reír. Recibe la tarjeta y paga. Sin un pasado claro, sin posibles filiaciones. Ese viejo al menos luce tranquilo, sumergido en un mundo de polvo hasta los huesos, pero en lo suyo. Ella, en cambio, vaga tratando de entender algo más de su inapropiada existencia. Nada la hace sentirse parte de este mundo. Sale del almacén fingiendo seguridad, inserta de nuevo en el presente. Después de cruzar la calle se detiene y abre la tarjeta. Es perfecta.

Ha oscurecido bastante. El centro está agitado. En épocas de pascua todo el mundo trabaja en exceso. Todo es consumo. Comprar y vender hasta el agotamiento.

Llegando a la esquina se encuentra frente a un niño. El niño está cerca de los nueve años, afirmado en un poste él espera algo. En una de las manos tiene un paquete, en su muñeca se alcanza a ver un reloj. Sofía conmovida se acerca para preguntar...

—Las nueve y cinco —responde sin mirarla, sin prestarle la menor atención al gesto de ella por atraerlo, por saber algo más de aquel personaje solitario, pequeño.

El aparato, es además calculadora —pienso— como si él programara su vida en el reloj y con ello la eficacia de sus pasos.

Entonces recuerdo las palabras dichas en el teléfono. Y tengo la seguridad de que mis percepciones están en peligro. Deberé alejarlo ahora, después será demasiado tarde. El teléfono está sonando. Lo sé, no puedo hacerlo esperar, no es

justo. Atravieso varias calles. ¿Qué puede interesarme de ese reloj barato? ¿Es el brillo o su precisión? Camino rápido, agitada, con la única certeza de que algo está cambiándose por dentro.

8 / *No cuelgues, primeros síntomas*

Camino a casa, Sofía siente que la realidad se le escapa de las manos. Al entrar, escucha a la madre preparando algo en la cocina. No quiere ver a su madre, tampoco que la vea en ese estado. Se apresura a subir las escaleras evitando hacer ruido, entra en el cuarto, cierra la puerta y se desploma sobre la cama. Desde los últimos meses se siente atrapada por una extraña fuerza, algo que intenta apoderarse de ella, de todas sus ideas. Coincide con el inicio de las llamadas telefónicas. Pero Sofía se niega a aceptar que aquello que causa placer ocasiona, a la vez, daño. Resulta estúpido que un desconocido pueda arrastrarla hasta el quiebre y abandonarla en la confusión. ¿Será tan sólo su voz la que produce el verdadero impacto? ¿O es él y su distancia lo que logra sacarla de su mecánica existencia?

No puede tocarlo, apenas oír su voz. De no haber sido por ese hombre, jamás hubiese podido

internarse en espacios hasta ese momento, para ella, impredecibles. Él la hace caer en la conciencia de su propio deseo. Inocente. ¿Cómo culpar a quién no ha estado en escena? ¿De qué culpa podría sentirse amenazada? Él es tan sólo una voz que palpita por oírla.

Oír su voz...

¿Es acaso tan ajeno?

Oír el silencio de la voz de un perfecto desconocido.

Acabarlo, sería como darle en el gusto a su madre y anular lo único que la hace sentir con vida. Dejarse llevar, rodeada de toda esa gente y sentir cómo otros abren sus puertas en la oscuridad. Aparecen los recuerdos, ese hombre ¿qué buscaría él gritando delante de todos?, ¿dejarla en ridículo? ¿por qué empecinarse en el miedo, justo ahora que decide abandonar su habitación? Mejor calmarme, debo hacerlo, camino un momento en un encierro de paredes estrechas, este lugar me da seguridad, sentir la carne, extender los miembros, la mente voraz, inquieta... sofoca. Olvidar a ese hombre por un tiempo y rehacer la vida sin el acoso constante. Lo primero será desconectarse, desconectar el aparato. Se queda mirándolo durante algunos segundos. En realidad quiere, pero no puede. Imaginándolo le vuelve el calor al cuerpo. Necesita desentrañar más ese misterio. Si todo hubiera ocurrido antes, con seguridad habría sepultado al que intentara privarla, lo habría hecho con violencia, sin compasión hubiese arrancado el cable telefónico, lo hubiese des-

truido. Ahora es demasiado tarde, se impacienta, nada la seduce más que el pensamiento de un beso que no alcanza a ser pronunciado.

—¡Maldito teléfono! ¿Por qué no llama? Él sabe cómo espero. ¿O tendré que ser yo la del acoso? No soy diferente. Soy como todas ellas, esperando por una llamada —piensa—. ¿Por qué no llamar? Es él quien siempre lo hace, el de la iniciativa. ¡Ya no aguanto más esta incertidumbre!

Siete son los números, uno a uno puedo rasguñarlos desde mi memoria, siete veces mi dedo en los orificios, como si nada pudiese detenerlos, mi mano va perdiéndose entre los giros en un gesto mecánico. Confundida, desconozco el motivo más íntimo. Pienso: él sigue del mismo modo, ¿soy yo la que está cambiando? ¿Por qué no contesta? Si no lo hace algo extraño va a dominarme. Estoy perdiendo más tiempo del que acaso tenga. Somos susceptibles...

Finalmente se decide. El teléfono está comunicando, no contesta. Cuelga, vuelve a insistir. ¿Por qué no responde?, dice.

Él lo hace, responde el teléfono. Ella aún no se convence. El hombre levanta el aparato telefónico y Sofía siente deseos de vomitar. Tiene que contenerse, contener todo su cuerpo convulso. No puede creer que sea ella quien lo busque. No puede convencerse. Al otro lado, una vez más, aquella voz:

—¿Tú la que te atreves? Me parece extraño, ya no puedes soportar —dice húmedo, como si no existiese, en él, consistencia real.

Intenta no respirar, evitando que pueda descubrirla a través del aliento.

—Sofía, nadie más que tú conoce mi número, únicamente tú puedes llamarme —dice riendo. Ahora un desafío.

Silencio. Respira suave, nada la complace más que rescatar de la fonética su aspecto completo. Oyéndolo puede imaginar hasta el color de sus ojos. Imaginándolo el vértigo desaparece.

—No agotes fuerzas, es todo demasiado veloz. Un descuido y estará enroscada por dentro, sentirás mi ardor. Luego la muerte.

Con esas palabras, la mujer casi no puede sostenerse y cae, como rebotando en el tiempo. De inmediato aparecen nuevas imágenes en su cabeza. Él está frente a mí y todo se nubla al contacto con sus murmullos de manos. No puedo pensar en él de otro modo sin alcanzar la distancia que existe entre ambos a través de la línea telefónica. Una parte de su cuerpo se talla como metal, un frío intenso en la superficie lisa de los brazos se resiste a negar su propia permanencia. Desde el torso hasta la espalda, un naufragio. Toda la piel escurriéndose es aceite, una mutación. Las gotas que me empapan se atorán en la plástica armonía del teléfono, preciso cercarlo en una reunión furtiva. Ambos cuelgan el aparato y sus cuerpos se ahogan entre los quejidos sin llegar hasta el final del cable, en un último suspiro en que no hay tono, como una forma de grabar los sonidos en su memoria. Preciso hacerlo fotográficamente estático, detenerlo instantáneo y

anular su fuerza. Desespero de ganas de acercarme y resbalar enroscada, frotándole la espalda con las manos de aceite para ceder en los recuerdos, hasta que él me impulse cercada con sus lamidos para siempre. Hace tanto que no toco sus labios, las mejillas de sus labios tardan la costumbre por el mal hábito que tienen de partir con sus ojos la mirada. Mis pupilas son también intensas, creo.

—Ciertamente no he querido verte a oscuras —dice Sofía, cambiando sus registros.

Él cuelga.

Enroscada entre sus pensamientos, el catre cruje. Crujen sus pensamientos otras visiones durante la noche. Se atreve en la unión definitiva. Todo está cubierto de aceite y sonidos que armonizan entre tonos melódicos: su cuerpo y el de ese hombre. Expandiéndonos ensordecemos el espacio, somos como un torbellino cuando frotamos con los dedos nuestros cuerpos aceitados blandiendo en espasmos. Juntos haciéndonos conocedores del bien.

Con los dedos de los pies, toco los rincones de la fría superficie. Hurgo en los costados buscando los últimos espacios que quedan sin tocar la carne. Las piernas se sumergen en el calor de la noche. Mi cuerpo arde entre las sábanas, el cuerpo se retuerce para desenrollarse. Busca el frío, como necesitando apagar el calor que afiebra sus sueños hasta la madrugada. La noche aterra el vacío de su boca, ni siquiera palabras en la soledad de su boca. De pronto, abruptamente, desde el peso de las ropas que la cubren, desliza ambas

piernas como si un infierno llevara adentro. Ebul-
lendo cerca de los huesos, crepitan sus agitadas
fascinaciones de mal. Sus caderas osificadas co-
bran vida con el estallido de todas las partículas
de piel que aún persisten. Tiene el aspecto de po-
seída. Se pone en vértice, detenida sobre ambas
piernas, emitiendo sonidos alterados, la garga-
nta le trastorna su voz con gemidos ajenos. Desli-
za las piernas, alcanzando a verse, un esbozo. Co-
noce el trance al punto de verse transformada.
Las piernas autónomas se mueven violentas, in-
tenta desplazar los huesos y no lo logra. Como
una ola que revienta en gotas dispersas, como una
lluvia de conciertos remolinos que silban entre
las rocas. Alborotada en un gigantesco caudal de
escamas resbalosas, desecha el caos que la perpe-
tua. La piedra, es ella roca, réplica imperfecta de
pedazos de tierra dispuestos a alojar el hambre
del cuerpo indefenso. Puede verlo en el reflejo
del agua, está mirándola en el amanecer de sus
ojos hinchados de rojo que tiñen la mañana de
este día gris. Clama al deseo para cubrir aquellos
ojos asesinos. Ahora todo es desencanto en la dis-
tancia. Puede sentir una lluvia que resbala por el
pelo, puede ver los pies empapados. Cada gota
es un absurdo. Todo el tiempo en la humedad de
esas paredes reproduce el eco del mismo sonido.
El rodar de ese eco ensordecedor es como una
aguja que estalla en mi cabeza. Con un gesto cada
vez más agitado descuelga. Su organismo, comple-
tamente transformado, sufre ahora.

—¡Quién! —dice, enfurecida.

Al otro lado un sonido electrónico e incierto se desliza; se escuchan piezas metálicas. Luego sonidos de campanas que golpean cuando hay muerte.

—Vengo a acariciarte la piel, atrévete a la entrega, no agotes tus fuerzas —dice él.

Su voz.

La voz que suena distante en el enjambre de líneas, la voz deshaciéndose en las pequeñas aberturas del aparato. La voz que muy pronto volverá a enmudecer.

—Tengo miedo —dice Sofía, volviendo en sí.

—Temor a convertirse en uno —asegura él, como si supiera todo, todo de ella.

—¿Cómo evitarlo? —dice ahora, esforzándose por sacar las piernas de la cama.

Intentando hacerse completa, recurre a la normalidad, quiere asegurarse de que no está soñando, que su cuerpo no puede transformarse de ese modo. Ese hombre verdaderamente está allí. Desaparecerlo de una vez. Volver a lo de siempre, la mecánica existencia.

—Todo ha sido programado, tarde o en algún momento, serás parte de esto —insiste él.

—Terminamos desistiendo —dice Sofía. Sus pies no pueden moverse, vuelve a la inquietud, desespera. No logra contener sus movimientos. No obedece su cuerpo a las órdenes de la cabeza, como si estuviesen totalmente separados uno de otro.

—No intentes ser la única, no hay espacio para quienes sienten como tú —susurra él, como

si en sus palabras existiera la certeza.

—Pierdo conciencia de tu rostro, no alcanzo a reconocerte, ¿por qué no estás acá? —dice, tratando de recuperar su tono normal. Dejándose llevar, traga aceite. Su boca está repleta de aceite. La boca enferma impide la exigencia.

Afuera, el sonido de una máquina que trabaja en la construcción de un edificio, la distrae. Un brazo mecánico se desliza desde lo alto dejando caer una pesada estructura. Sus tímpanos se resienten. Uno de sus brazos duele con el golpe, desplomándose sobre una mesa de madera que responde crujiendo. Cuelga. Intenta liberarse de la presión de las sábanas, revolcándose trata, una vez más, de sacar los pies. Se levanta convirtiendo la faz de su rostro en un alambrado que se articula en un circuito perfecto. Una bocina la saca de toda pesadilla. Aun antes de despertar, llora y ríe, entonces la ciudad entera cobra vida.

Ella es una sombra, apenas un reflejo impenetrable. Pero eso sólo entre la nada se queda inexplicable. Hondo permanece, siente, persiste. Se queda.

9 / *Palabras para una novela y al lector,*
I PARTE

Disculpe usted, por una corta interferencia. Pero... no puedo seguir adelante en este confuso proceso sin advertirle o al menos permitirle o permitirse una pregunta: ¿Realmente pensó que esta novela podría estructurarse todo el tiempo a base de un teléfono? Ciertamente pareciera que el aparato fuese el hilo principal de este texto, pero hasta ahora lo que ha leído tratando de situarse no corresponde, disculpe otra vez, por ser a lo mejor definitiva. El teléfono es sólo un pretexto, o más bien un subtexto, que pudiera hacerle pensar directa o indirectamente, que esta novela pudiese convertirse en una novela erótica. Algo que con seguridad podría parecerle sumamente sugerente, sobre todo viendo cómo los personajes se escabullen o no se atreven o a veces se atreven, en la intimidad de un tipo de *transcomunicación* con un otro a través de un aparato anónimo. Pero no es lo que usted pensaba: sólo lo he hecho pen-

sando en usted. ¿O no le parece ridículo acaso, que una mujer se pase tirada en una cama con un aparato telefónico entre las manos? ¿O pensaba ver a esta pobre mujer todo el tiempo esperando que el aparato de plástico sonara? ¿Y ese asunto no le parecía aburrido? Ahora, si pensó que ese era el asunto de este libro, puede comenzar, desde este momento, a leer otro libro. Este subtexto, es solamente una advertencia, las llamadas son apenas intervenciones. Una vez establecida la cuadratura imaginaria de un encuentro como este y acotado un desenlace paulatino de lo habitual en una percepción cotidiana de poder aprehenderlo, podría decidirlo desde ahora en adelante ausente.

Ausente como el equívoco de muchas otras llamadas telefónicas. El teléfono es un mero instrumento para hacerle participar de un proceso de *comunicatransacción* que he imaginado. Pero acaso... ¿Podría soportar por más tiempo a la madre de Sofía en un escenario delimitado por alucinaciones, un personaje inconexo, anacrónico, hasta con algunos efectos de descalce? Somos intentos intervenidos por llamadas retocadas usted y yo en un acto extremo de *incomunicatransacción*. Y no es que me resulte insostenible, pero... es verdaderamente poco imaginativo, permíteme la franqueza.

Entiendo.

Usted pensó que Sofía...

¿Pero qué sabe del teléfono y las mujeres? Es decir, los hombres también hablan bastante por

teléfono, no se equivoque. Pido disculpas sinceramente, por haberle creado, a lo mejor, falsas expectativas. Si me permite continuar, antes de cerrar definitivamente este libro: ¿cuántas llamadas no corresponden? ¿o no piensa que en este mundo contemporáneo el teléfono configura un escenario absurdo? Mire bien, fíjese en toda esa gente por las calles, con la mirada trasladada a la boca de sus teléfonos celulares y esos otros hombres y mujeres llamando desde un teléfono público por la madrugada, sin importar, a veces, la lluvia, el frío. ¿Y qué me dice de la representación? He visto gente hablando por teléfono mientras camina por una calle sin nada entre las manos. ¿Le parece eso, acaso, erótico? Creo que se equivocó, con empezar a leer este libro. Mejor lo dejamos para una próxima edición, tal vez así pudiésemos *comunicatransaccionarnos* en espacios menos habituales. Esta novela forma parte de llamados que no corresponden, esta novela está interferida y yo estoy interfiriendo en los personajes de esta historia porque no puedo soportar el absurdo escenario que los envuelve. Vea bien lo que sucede, a veces aquello que percibimos a través de la retina del ojo no alcanza a formar parte de una realidad común. Ni lo que uno cree con certeza que puede controlarse es posible, porque todo depende de otros seres que están a menudo interfiriéndonos (casi todo el tiempo).

¿Cómo podría detener este proceso? Si encuentra algo incitante puede usted anotarlo en el espacio en blanco que queda hacia adelante.

(OJO: DEJAR 2 PÁGINAS EN BLANCO, AGREGAR EN LOS COSTOS SÓLO EL VALOR DEL PAPEL, NO INCLUIR LA TINTA, LAS PELÍCULAS, NI EL COPIADO DE PLANCHAS. LA TINTA CORRERÁ POR CUENTA DEL LECTOR EN CASO DE ATREVERSE A RAYAR UN LIBRO NUEVO O ANOTAR SIMPLEMENTE ALGUNAS OPINIONES).

Si no se le ocurre nada puede seguir, si lo desea, leyendo en las próximas páginas. Y a lo mejor después podríamos solucionar una nueva alternativa para algunos descalces entre este texto y los otros. Ah... y ese teléfono. Me atrevo a pedirle, por ahora, que imagine que el teléfono que he adaptado para esta novela, es un aparato de plástico rojo.

10 / Número ocupado. Vuelva a marcar...

Las calles, el centro de Santiago, los paseos peatonales se transforman durante la noche, nuevos personajes ocultos en la agitación del comercio y del día reaparecen, diferentes. Hombres y mujeres cambian sus aspectos apacibles y las risas, por palabras dichas en voz alta, casi a gritos. Hombres y mujeres que salen para buscar otro tipo de mercancía durante la noche, el deseo, la mercancía del placer. El deseo y el sexo atenúan el miedo. La soledad de los que sienten miedo durante la noche se atenúa con el sexo. Pienso en Javier. Necesariamente salgo buscando algo que calme la angustia que provoca el miedo. La noche aterriza, aterriza en la soledad de la habitación, en el cansancio de los ojos que recorren el papel mural desteñido del encierro... y la ausencia, la ausencia de él, de sus palabras. Me sofoca la noche, el encierro de la noche. Salgo de la casa porque me resisto a esperar más, salgo para caminar

por la ciudad como lo estoy haciendo ahora, caminar entre extraños. El miedo de la noche en la ciudad desaparece. Me obligo al desplazamiento, me obligo a buscar alguna conversación. Javier es una compañía posible. Sofía piensa en acompañarse de Javier y que la noche avance rápido, que avance para evitar la espera y olvidar la tensión de cada noche en esa espera. Un hombre se detiene y le pide un cigarrillo, ella se niega. El hombre sonrío para provocar el diálogo y avanza detrás, ella camina más rápido. Él la sigue por un momento, luego se aleja. No quiere conocerlo. No a cualquiera. Javier vive solo en un departamento en el centro. A medida que avanza recuerda la última vez que estuvieron juntos. Reconoce estar exponiéndose esa noche a cualquier tipo de acontecimiento inesperado. Hay mucha gente, muchas personas aparentemente inofensivas. No desconoce los riesgos, Javier es un hombre difícil. Sus insultos aparecen nítidos, es agresivo. En los recuerdos aparecen los reproches. Al momento de tomar alguna decisión que no le favorece, se vuelve insoportable. No, no tiene recuerdos felices de Javier, aun así necesita hacer algo en forma urgente, algo que prevenga el desastre. Necesita verlo, estará bien si conversa con alguien, intentar hacerlo, hasta olvidar. Olvidarse de él, al menos un momento. Sigue caminando, las personas en la calle desaparecen y ella va sintiéndose segura, lejos de la casa. Cómo interrumpes cada momento de mi seguridad, cómo te entrometes en mis pasos, como si pudieras al

menos por un instante saber más íntimamente cómo me siento. No tiene una idea exacta de cómo estoy porque no puede estar en mí. Intentas dejarme aparecer en cada línea, intentas hacerme fluir con suavidad sólo para descubrirme, porque no puedes estar dentro de mí, nunca serás yo, ni ahora ni en ninguna otra historia...

Pausa.

Cerca de la medianoche llega al departamento. Puedo verlo en el dormitorio, su silueta se recorta a través de las cortinas. Toco el timbre. Javier se acerca, al abrir la puerta él sonrío, complacido. Ambos lo hacemos. Nos abrazamos. De inmediato me ofrece un trago, me quedo mirándolo un momento, detenida. Me quedo como si no estuviese allí, no para inquietarlo, por momentos no puedo pensar en nada, luego acepto. Él dice que pensó que no volvería a verme, al menos en un momento como este, me pregunta si sé qué hora es. Me incomodo. Javier puede advertir mi incomodidad. En sus palabras puedo ver una primera advertencia, no quiero contarle, pero él me conoce, tampoco se quedará tranquilo sin saber. Entonces Sofía habla rápido, habla del desconocido, ella habla diciendo que nunca lo ha visto, pero que sabe que él está allí, que tiene mucho miedo, que ese hombre juega, juega escondiéndose de ella. Ahora eres el único que podría entender, le digo, estoy en peligro, mi mente accede, acceden las ideas de mi mente y me interno en ese lugar al que temo, desde siempre. Mis espacios van cerrándose, tienes que ayudarme,

ayudarme a salir... Por qué has esperado tanto tiempo, me dice interrumpiendo, si estás decidida, termínalo. Él habla con dureza, conoce bien a Sofía. Sabe que de otro modo no le haré ningún caso. Necesita presentarse sólido. Sólido para ella. No es tan fácil, digo. Ese hombre vuelve a aparecer mientras digo, permanezco quieta, me paralizo, puedo verme inmóvil, como si estuviese muy lejos, él tiene que hacerlo, vuelvo a decir. Javier responde, dice que todo depende de mí, dice que todo lo que digo ahora es absurdo. Sofía mueve las manos sobándose las, impaciente. Rehúye sus ojos, habla con palabras extraviadas, como si fuese incapaz de articular una frase de corrido. Está alterada, Javier lo percibe. Cambia los números del teléfono, dice él, para calmarla, puedes hacerlo. Pero Javier cree que todo esto le encanta. ¿Por qué no te decides a algo normal?, dice, juntos todavía podríamos... Ella se toma la cara entre las manos. Sofía se toma la cara entre las manos para escapar del cansancio. Para alejarme de otra de mis construcciones, pienso. Le digo que me equivoqué con venir, que nunca entiende, le digo que él no tiene cómo saber. Le digo que me iré, que no volveré a molestarlo, entonces Javier reacciona. Tonta, sabes que quiero ayudarte, dice al advertir la decepción, mi decepción. Ella se decepciona fácilmente, piensa y se queda quieto, ahora deberé cuidarla, todos sus movimientos necesitan cuidado. Se acerca para abrazarme, lo hace torpemente, casi dulce. Atraído por mi cuerpo, por el contacto de mi cuerpo, reacciona. Quiero

que te quedas conmigo... ¡No!, digo para detenerlo, tocando su boca, sus palabras... lo obligo al silencio... no te pido nada más. Él se queda callado, contraído, él es un hombre que no soporta el silencio, no soporta que una mujer haga silencio en sus labios. Entonces vuelve a decir: te conozco bien, a estas alturas no te creo nada... yo me limito a sonreír. Necesitas a alguien, a cualquiera, que verdaderamente se preocupe de ti, me dice. Tal vez... cambiar mi código, digo, tal vez, pero... ¿y si aparece?, el hombre habla como si me conociera. Pero... si nunca lo has visto, ni siquiera sabes cómo es, me interrumpe sonriendo, sonrío como si hablara con una niña, es la mejor forma de descalificar, creer que Sofía es una niña. Otra vez imagina cosas, es evidente, piensa. Refuerza sus ideas, lo intenta, su poder sobre una mujer que empieza a perder la cabeza, el problema es que no lo haga por él, es por otro que ella pierde la cabeza. En una casa como esa, cualquiera trataría de escapar, piensa. Recuerda sus primeras visitas, no entiende que dos mujeres solas puedan vivir en esa casa, una casa como de espantos. Un laberinto cargado de cosas inútiles. Se siente incómodo estando allí, y la madre que no deja de observarlo, como a punto de hacer algo inapropiado. Pero él podría tomarme por sorpresa, insisto, distrayéndolo. Acaba con eso de una vez, responde, agresivo... llama a alguien que vigile la casa. Déjate de esos juegos. ¡No! digo, no sigas, sólo necesito que estés conmigo, interrumpo, no te pido nada más. Mañana voy a la Compañía y

pido que cambien mi código. Voy a terminar con esto. Me encantaría creerte... me dice sonriendo. Pero Sofía nunca cumple sus promesas, Javier sabe que no lo hará. ¿Ya no confías en mí? agregó con suavidad. Por supuesto, y me toma entre sus brazos... Hace más de diez años que nos conocemos.

Se dirigen al dormitorio. Sofía se desploma sobre la cama. Hablan. Hace mucho que no se ven. Viejas historias. Cuando son más de las cuatro de la mañana, Javier se acerca más y trata de besarla. Ella reacciona de inmediato, los músculos se tensan, esta vez su cuerpo está completamente frío. Quizás después, finjo, sólo dame un poco de tiempo. Ahora no podría. Lo abrazo, puedo sentir su cuerpo, la humedad de sus manos. Se acurruca intentando armonizar con los espacios que él abre para ella y lentamente empieza a quedarse dormida. Javier se queda detenido mirándola. Su cuerpo es tan suave, piensa, aparece tan vulnerable... cuánta soledad.

Ahora la madre estaría satisfecha, es lo que buscaba, separarlos para quedarse con su niña recluida. Pero Javier sabe que todo va grabándose y que los recuerdos quedan incrustados. La infancia es a veces demasiado cruel.

11 / Al galpón... Juntémonos en Matucana 19

Al llegar a la casa, la madre está sentada en el comedor. Sofía no puede verla, la madre está de espaldas. Ella viene de la calle, excitada, afuera todo sugiere vida, el encuentro con Javier le permite una conexión real, algo vivo en él que la vuelve en sí. La mujer entra en la casa radiante, entra interrumpiendo bruscamente la imagen de la madre, inmóvil.

—¿Ni imaginas de donde vengo? —dice, riendo.

—¡Estúpida! —grita la madre, enfrentándosele.

Puedo ver a mi madre descompuesta. Ver su rostro conmovido, triste. Sus párpados hinchados. Presiento la resistencia de sus ojos, la revelación de su desvelo. La madre tiene que haber llorado mucho.

En un gesto de furia, se abalanza sobre Sofía, haciendo un ademán de golpear.

—No pude dormir en toda la noche —dice la mujer, fuera de sí.

Temo de mi madre. Retrocedo. Ella parece capaz de cualquier cosa. El asunto es más grave de lo que imagino.

—El maldito teléfono sonó varias veces, era muy tarde —me dice, más calmada, haciendo una pausa, traga saliva— desperté, no estabas, cuando intenté responder colgaron, sucedió tres veces. Otra cosa que no logro entender...

La madre habla exasperada, como si de un momento a otro pudiese perder toda compostura. Mi madre, en el aspecto, da miedo.

—Ya no podía más, pensando que te había pasado algo —dice.

Sofía agacha la cabeza.

Mi madre está dolida. No es tan grave, sólo otra forma de cansancio. Madre... la imagen de tu invalidez asfixia la cicatriz que tengo en las manos. Esta imagen de niña desprendida, te pertenece.

La madre saca un pañuelo, luce mal, lo más probable es que no haya pegado los ojos. La hija se acerca para abrazar. La madre contrae su cuerpo. No soporta, se aleja. Sofía puede sentir su incomodidad, la incomodidad del apego.

—Pobre mamá, debí haberte avisado. Es que me sentía mal anoche y salí a caminar, estaba inquieta. Lo siento —dice.

Digo y en la mentira, en la crueldad del acto, intento ser dulce, vengarme de ella.

—Por lo menos llegas a casa —me insinúa,

extenuada— es una locura salir sola por las noches...

—Estabas dormida, no quise despertarte. El insomnio, ya sabes, digo, para incomodarla, en sus debilidades. —Pensé en Javier y me fui a verlo —continúo, para ver su cara, para ver cómo se pone al nombrarlo— ...necesitaba conversar, se me hizo tarde, me quedé a dormir en su departamento. Pobre mi madre, puedo verla casi al punto de la doblegación... —mamá, si no hubiera sonado el teléfono, ni te enteras.

La madre cambia completamente de expresión. Sofía la ve palidecer al sonido del nombre de Javier.

La madre se agita, flaquea. Tendrá que volver a soportar al extraño.

—Necesito estar tranquila... —dice, simulando la incomodidad— sabes que no me gusta estar asediada —dice, en un gesto de mentir.

La madre encubre el deseo, lo borra, evita que la hija descubra rastros. La madre engaña y se vuelve feroz, feroz para la hija.

—Mamá, no voy a volver con él, sólo necesito salir un poco. ¿Acaso quieres que me quede para siempre encerrada en esta casa? Vamos, la vida es para estar vivos —digo, viendo como ella vuelve a recuperar toda su fiereza.

—¿Qué más quieres que diga? —dice. Siempre estoy encerrada, además... ¿estoy viva, o no lo estoy? —me pregunta.

Ella es el correcto ejemplo. El molde que debiera seguir, lo correcto de su propia imagen, sin

la posibilidad del asedio.

Sin embargo, esta vez mi madre avanza hacia el dormitorio y se recoge. Una vez más dará la espalda, pero esta vez con el pensamiento de una tragedia y el temor de ser descubierta. Yo, por ahora evito la idea, la pienso separada de nosotras.

Sofía, en su habitación, permanece encerrada toda la tarde, arreglándose, probándose ropa una y otra vez. Las horas escapan veloces. A las nueve de la noche Javier toca el timbre de su casa.

La madre abre la puerta. Pálida tiembla.

—¿Tú aquí? —dice, casi sin mirarlo.

—Ya ves —responde él—. ¿Cómo has estado?

Javier entra en la casa. Impaciente sube a buscar a Sofía que en ese momento baja las escaleras. Mi madre se queda en la puerta. Todo volverá a lo de antes. Veo a mi madre no sabiendo cómo enfrentar, desde que lo conoce no lo sabe. La hija no imagina de lo que ella es capaz. La hija puede advertir algunas reacciones, pero pasa todo por alto, a propósito niega todo peligro.

Cuando cruzan el umbral, la madre cierra la puerta de un fuerte golpe. Ve a su niña alejarse. Javier se la lleva otra vez.

Sofía saluda a algunos de los amigos que esperan en el auto. Javier enciende el motor y acelera. Van en dirección a una fiesta, en el Galpón de Matucana. Javier habla, agitado. Sofía sonrío al ver que los demás intervienen, celebrándolo. Intenta ser amable, pero puede ver a Javier apareciendo una vez más, incorrecto. Miente. Él no

es lo que parece. Puede sentir la aprensión, su cobardía. Vagamente retrocede y se enfrenta con la imagen anterior, la de Javier inseguro, asustado. El reproche. Javier culpa, siempre culpa a los otros. El papel de extravagante no le sienta pero le gusta. Contradice para atrapar, siempre del otro lado lo intenta. Juega los juegos del intelecto, la puesta a prueba, la exigencia. Sofía no soporta. Javier es un niño, no tiene más que palabras, palabras vacías para atraer la atención de los demás. Un poco de conocimiento para atraerlos, conocimiento frágil. Los demás, para Javier, son demasiado importantes. Luego, vendrá la rabia, la apuesta al desorden. En la representación, el acceso. Disfruta estando en el centro de la conversación, diálogos repletos de lugares comunes. Él sucumbe al encanto de ponerse en jaque, contradiciendo y desdiciendo hace su papel. Pronto, la evidencia: Javier es un hombre diferente. No es como todos. Dicen, es lo que les hace creer. Yo me aburro, a pesar de necesitarlo, él me parece, del mismo modo, antipático.

Al llegar al Galpón, hay mucha gente, Sofía, desde el primer momento, se aleja. Javier y los demás van por unas copas. Ella mira a algunas parejas que bailan al compás del rock. Otros hombres y mujeres, distraídos y solitarios, se mecen. Lo hacen suavemente. De pronto, las puertas del Galpón se abren con violencia, es en forma inesperada, que muchos jóvenes irrumpen ansiosos. Empieza a no gustarle todo eso. No se conecta, entonces Sofía divaga. En sus recuerdos

aparece él, una vez más. Imagina que al otro lado están los sonidos. Nítida, la voz aparece. Su piel se lubrica: humedad y roce. Sus labios y la boca se llenan de agua, un suspiro fuerte y en el punto más alto decae.

De pronto, Javier y sus amigos murmuran. Murmuran y se enfrentan.

Entre las sospechas aparece una pregunta inevitable:

—¿Piensas esperar una vida detrás de ese teléfono? —dice Esteban, él será el primero en disparar. En sus palabras, en el gesto, es evidente la burla... —en pocos años tu piel no estará tan fresca —interviene Alejandro, será despacio, el interrogatorio será pausado. —¿Crees que alguien te acompañará entonces? —dice Javier.

Sofía ve cómo están riéndose, riéndose de ella. Acosada, no responde. Javier no es confiable, nunca lo ha sido. Su secreto en la boca de ellos. Indiferente decide actuar, actuar finamente en todo su desprecio. Entre las voces aparece una voz femenina. Es la voz de Rebeca que interviene sutilmente, insinuándose en la conversación.

—¿Por qué forzarla? Se dará cuenta sola. Además, ¿quién puede saber del goce que hay en sus ojos cuando lo piensa? —dice ella, sin dejar de reír —jamás lo entenderían.

Sofía distingue apenas en la oscuridad del Galpón. Quiere salir corriendo, escapar al movimiento de su boca. Rebeca es una vieja amiga mientras está cerca de Javier. Desde el momento en que se separan, desaparece. Rebeca es otra de

las admiradoras del títere, intentando con sus palabras una complicidad que pueda conmover, pero lo que le sucede a Sofía es para ella completamente ajeno, Rebeca es una inocente al creer que sus palabras podrían significar algo. Aparece cómplice, no entendiéndolo nada. —Una cuestión de género, —piensa Sofía— apenas una guerra nos alberga. Seremos amigas en la frialdad de ese mundo de posibles, proyectándose en deberes y sentires, sin saber que somos protagónicas de dolores distintos. Rebeca diluida y yo perdida en medio de un cable telefónico. Él es diferente. Él busca, no pierde el tiempo, ese hombre busca otros motivos. Tantas conversaciones inútiles en que los hombres gesticulan o se lucen, en que creen hacerlo.

—¡Cómo detesto estos juegos de espejos!
—dice Sofía.

Sin contestar a las preguntas, deja de oír, Javier la saca de sus ideas violentamente...

—Vamos, quiero bailar toda la noche.

Javier empieza a apretarla, la sofoca. Se mecen al compás del cantante que a este tiempo no para de sudar. Bailan apretándose. El cuerpo de Javier resbala por sus pensamientos, mientras Sofía busca a su amante en la oscuridad, a lo mejor perdido en un abrazo del mismo baile. El sudor empaña el vicio del aire. Hay consumo esta noche, todos los cuerpos se frotan. El vicio del aire consume la noche.

Sofía se detiene frente al cantante. El sonido de la voz se destruye en su garganta. Lo ve

derretirse, destruido. Luego se abalanza sobre los restos de la gente aglutinada en la esquina. El sonido y su boca se abalanzan. Él mancha con sudor la sombra de los cuerpos proyectados frente al muro. La sequedad de su boca trastorna la noche de los que quedan. Todos en el Galpón gritan eufóricos por algo más, hay una pausa que prolonga la euforia, luego se mirarán con luz de amanecida. Es incierto. Afuera, la presión de las Fuerzas Armadas está alerta a agarrar a todo el que quede con ideas de guerra. Sofía ya lo sabe, la euforia apacigua la ira reprimida, luego del exceso los cuerpos volverán a sus posturas iniciales. El sometimiento y el orden. Javier mira y sonrío, Sofía no responde, permanece en el lugar sin acceso. Observa ausente, dividida completamente del resto. No intervienen los armados, todo está bajo control, el plan se mantiene en curso. En casos como estos se permiten libertades aparentes... pero quedan los galpones manchados. Un registro de que nada está bien, no existe modo de escapar. La libertad es aparente.

Sofía escucha unos gritos en la calle. Alguien que se atreve a un grito de guerra contra la miseria. Después, todo queda en silencio... La miseria permanece.

Pasadas las cinco de la mañana, se apagan las luces; el lugar se desocupa, sólo queda algún personaje algo dormido, desolado, apoyado en el muro, aún no listo para el fin de fiesta. Santiago no se permite para todos en la noche.

Apareados ahora recorren en el auto los

sectores céntricos de la ciudad. Las noches cobran reminiscencias casi extintas. Los que quedan, seguirán arrastrándose sobre el pavimento... como restos, desmembrados. Unos que otros se apoyarán, vacíos, con el estómago abierto por las heridas que produce el licor. Otros frotarán sus miembros en algún poste, en ese gesto tan íntimo. Sofía, detenida, mira a unos niños que rondan en los bolsillos de un par de hombres, ellos se permiten el ardor de la bebida... y hasta el goce.

Los niños mendigan en el arte de sus manos, que sin errar deslizan carteras y bolsillos: *“Por el pan nuestro, danos hoy para la droga que calme nuestros apetitos y así seamos fruto del mañana por un país mejor en la propaganda y el despilfarro, líbranos de todo el mal haciendo en tu voluntad la fuerza de nuestras memorias”*—dicen adentro de ella, como si en ese minuto fuese posible otro tipo de comunicación con el mundo. Los niños muestran una irónica sonrisa, satisfechos saben, que al menos alguien los ha visto. En el auto, entre risas y humedad, ella permanece en silencio. La velocidad sube y muy pronto llegan a un departamento. Las pupilas dilatadas insinúan el fin de la fiesta, las copas se rebasan entre las burbujas. El licor flota en sus cabezas. Todo en el ambiente está agitado. Algunas conversaciones abren paso a las insinuaciones. Rebeca y Esteban se dirigen a uno de los dormitorios. Alejandro obliga a una mujer que no ha cesado de revolotear, como paloma, distorsionando sus ideas. Con gestos de hastío, él se la lleva a la cocina, se preparan un café cargado.

Javier y Sofía se quedan solos, distraídos en los vasos, el licor aumenta. Ríen. Juegan. Se besan. Nada que intervenga ese momento. Ahora quiere estar con él, necesita su sexo, sentirse cerca de un hombre de carne y hueso, alguien que se excite sólo con verla. Dispuesta a abandonarse esa noche, sabe que con Javier no tendrá que hacer demasiados esfuerzos. Entran en uno de los dormitorios, en un espacio pequeño, una cama y algunos cojines. La luz es tenue, todo está en silencio. —Esta vez Sofía no podrá negarse —piensa Javier, ahora es el momento de quitar de su cabeza esas historias, hallar el modo para atraerla, para que se quede finalmente con él, —el tipo es un invento, un absurdo... —piensa, tendrá que recuperarla, hacerla su mujer. Javier se acerca con suavidad. Antes estuvieron separados, fue únicamente culpa suya. Ahora es ella la que acosa, la que incita. Javier convencido, contempla. Sonríe. No se cansa de contemplar. Besándola, inicia sus primeros juegos. Desviste cuidadosamente. Sofía parece dispuesta, el licor da vueltas en su cabeza, eso la hace alegre, la confunde. Javier sabe cómo hacer. Sus movimientos son fáciles para Sofía, él es predecible en los gestos, sigue no siendo lo que parece, aún así, quiere sentirlo adentro suyo. Entonces lo ayuda a entrar, con suavidad lo deja hacer. Javier avanza por el cuerpo de Sofía, la tranquiliza. Ella está deseando como nunca. Muy pronto la voz ingresa en su laberinto. Él, amándola, besa sus pechos, los muerde. Ella, susurra en sus oídos... con el reproche puede ver al

otro, reclamar todo su abandono. Enloquecido de placer, Javier viaja a través de su cuerpo y la mujer entre sus piernas se vuelve una desconocida. Desconoce aquella fuerza, pero no dice nada, en ese momento, sólo quiere retenerla para sí.

Sin decir palabras los dos cuerpos se frotan hasta el amanecer. Hasta que el brillo de los ojos se hace gota, y en el espacio del sexo se ve la negación del cuerpo.

Veo en ellos el desconocimiento de toda profundidad, ocultando la intimidad de dos seres atarrados. Veo en ellos la negación del cuerpo. Los veo caer en el laberinto. Culpas, ataduras. Entonces, la palabra, la palabra capaz de todo. Revelar, revelar aquello que no limita y verlos desprendidos, incapaces. Cayendo en pedazos por el horror. Muertos.

Puedo verlos sentir la ausencia en el subterráneo de los cuerpos. Cuerpos anudados.

Atados en un dolor que niega toda trascendencia en el supuesto de una divinidad posible.

—¡Escucha el viento! Como susurros, escucha, las palabras en mis oídos: el olvido contradice nuestra muerte —me dice.

—Nunca podré ocupar ese espacio en blanco, infinito y hacia adentro. Espacio finito en el cuerpo quieto del amado —pienso.

Luego de algunas horas, Javier decide llevarla a casa. Mientras van en el auto, ninguno dice nada. Nada se dicen, hasta separarse en la puerta con la distancia de un beso.

12 / *¿No me oyes? ¡Cuelga inmediatamente!*

De madrugada entra en el dormitorio. Seguro que el teléfono ha sonado varias veces —piensa, tirándose de espaldas sobre la cama. Ese hombre sabe todo de mí, mucho más de lo que hago a cada momento. Aún con sabor a licor en los labios y el cuerpo húmedo, piensa en Javier. No quiere hacerlo y lo hace, pero sus recuerdos aparecen cada vez más confusos. Veo su cuerpo desapareciendo. Mi cuerpo desaparece cuando nos besamos. Veo a Javier entre mis brazos, diluyéndose en el deseo. El deseo mío lo minimiza por hacerlo parecer el otro. Veo al hombre apareciendo entre susurros, internándose en mis tímpanos. Cavo en la profundidad de su boca y Javier desaparece.

Javier es un extraño —piensa—, un extraño indispensable y ajeno. En su ambivalencia y distancia abre espacios al otro, al hombre que puede accederme, finalmente, por todas partes.

Decidida a buscarlo, marco los números, lo hago sin dudar. Sé que está al otro lado y que espera que lo haga. Él responde, me responde predeciblemente...

—Habla —me dice, acentuado, triste.

—Te necesito —suplico— te espero hoy, a las siete de la tarde... frente a la Fuente Alemana.

—¿No soportas todo esto? —me interrumpe. —Sofía, nunca vuelvas a dejarme —me dice. Su voz vulnerable tiembla. El hombre tiembla tras aquella especie de súplica.

—Lo prometo —respondo con intensidad. Respondo para atraparlo. Sometida a su voz, únicamente.

—No me falles esta vez —suplico—, debemos hacerlo por ambos.

Ambos colgamos el aparato telefónico, anticipándonos simultáneos. Durante la mañana, Sofía no tiene fuerzas para levantarse, dirá a su madre que está enferma. Tan sólo pensar en las explicaciones, la hace sentir aún más abatida. Seguro que le impedirá salir en la tarde. ¿Qué puede temer de su madre? ¿Qué poder se esconde detrás de su madre? La ausencia. Nunca pensó en eso. ¿Qué poder experimenta la ausencia de la madre sobre ella? ¿Por qué el miedo? Mi madre ya no puede dañar, ni siquiera sospecha. Se conforma con permanecer intacta en su mundo de enfermedad. Mi madre se niega a sentir, oler, respirar, tocar. Atrapada, incapaz. Apenas puede inventar una vida que la sumerja en lo que es inútil. Se ve atrapada en el abatimiento, en un

silencio que le otorga a su vez certezas, certezas que la harán decidir. Bastará con anularla, experimentando con la imagen en blanco. Los primeros llamados encandilan atractivos, la voz envolvente de aquel hombre impide cualquier negación. Él sabe mantenerla atenta, observando y descubriéndose, la cautiva. Él es como su madre, repite la ausencia. Pero a pesar de eso, su cercanía. ¿Cómo negar aquella cercanía? Si hasta puede sentir su respiración agitada. Él es demasiado real. A medida que se entrega, va recobrando fuerzas. No basta con pensar, tiene que abandonarse a la sensación del espacio vacío, no hay nada enraizado allí, por el contrario, es el espacio cómodo.

Decidida a no bajar, escucha los gritos interminables de su madre llamándola a almorzar. La madre grita insistentemente.

Sofía no contesta, intenta prolongar un espacio que sabe limitado. La madre no es fácil de convencer. Sube, sube y golpea con fuerza contra la puerta.

Sofía dice que no se siente bien, que a lo mejor después.

La madre vuelve a insistir: —¡Estoy harta de todo esto! ...Primero te quedas afuera, ni te molestas en avisar, ¿quién te crees? —confusa de agitación, la madre continúa, —luego aparece Javier, ese tipo insoportable una vez más en esta casa, me obligas a recibirlo y ahora ni siquiera bajas a almorzar. Ya es suficiente, me cansé de todo esto... Ahora vas a obedecer. ¿Está claro?

Sofía abre la puerta, y se queda viéndola.

Mantener la oposición es inútil, tiene que bajar. Nunca puede convencerla, su madre insiste más allá de toda lógica.

Durante el almuerzo las dos mujeres no hablan, Sofía está distante, ida.

Mi madre me mira de vez en cuando, simula indiferencia. Termino de comer, recojo la mesa y me dirijo a la cocina. Mi madre me sigue... no se va a quedar tranquila hasta saber lo que está pasando por mi cabeza.

—¿Por qué insistes en quedarte encerrada? Si quieres no vuelvo a hablar de él —dice con dolor—. Tendré que acostumbrarme a la idea, pero por lo que más quieras no te encierres —suplica, humillándose.

Eso no logra conmover a la hija. Tendrá que desviar su atención, hacerla creer que nada ha cambiado. No va a caer en su juego esta vez. Ya es suficiente. No contesta, abre la llave del agua y entonces la madre la toma por la espalda, la remece con fuerza. Sofía, bruscamente se da la vuelta, mirándola con los ojos hinchados de rojo. La madre retrocede... En el estómago una corriente la precipita al miedo. Sofía la abandona, sube las escaleras corriendo, sólo entonces respira, completa de agitación. Se da cuenta de que nunca antes pudo desafiarla. Respira cada vez más lento, hasta calmarse.

Más tarde, cerca de las seis, se viste con un traje liviano, cuando está lista para salir, aparece la madre otra vez, exigiendo que se detenga, Sofía decidida, vuelve a enfrentarla...

—Madre, estoy harta de ti, no quiero que me sigas espiando —dice alterada—, ahora voy a salir. Quedé en verme con él ¿te acuerdas?

Veo en sus labios el esbozo de una sonrisa que hiere a la madre.

—Mamá el teléfono —dice, haciendo una pausa. El silencio se hace insostenible...

—Qué quieres decir —responde la madre.

—Demasiado tarde —agrega Sofía.

La madre aparece extenuada, puedo verla en la derrota. Desde ese momento, como en un pacto impuesto, la madre no volverá a interponerse.

Sofía baja despacio las escaleras y sale con prisa de la casa. Avanza en dirección a la Fuente Alemana. Tiempo después, Javier toca el timbre de la casa. La madre abre la puerta y se queda mirándolo, tiene las mejillas extremadamente pálidas.

Javier pregunta por Sofía.

—Ya no sé nada de mi hija —le responde Carmen, desde otro lugar.

—Pero... a dónde fue —insiste Javier, usando un tono más enérgico, algo que pueda disuadirla...

—Parece que estaba decidida —interrumpe la mujer, como si pudiera con sus palabras dañar. Inesperadamente Carmen sonrío, buscando sacarlo de quicio. Lo hace.

—¿Pero a quién? —insiste Javier— ¿estás segura de que no te dijo nada más?

Ella mueve la cabeza negativamente.

—Tú no sabes cómo se ha ido poniendo —dice la madre.

—No tienes idea —dice Javier sonriendo—. ¿No supiste que pasamos la noche juntos? No puede hacerme esto, si la hubieras visto, anoche parecía otra persona.

—Es otra persona —dice la madre—, mi hija es otra.

—Podría ser distinto —dice Javier, para consolarla.

Carmen se suelta con violencia.

—¡No quiero que me hables de eso! —el gesto de Javier le resulta impertinente, inesperado. La madre no sabe cómo reaccionar, en situaciones como esas la madre adopta la distancia, la perplejidad para retraerse.

—Creo que sé por qué no quieres oír —dice él, dudando, algo en ella no le permite confiar, ella miente, esa mujer lo inquieta. ¡No!, no lo soporta.

—¿Qué quieres que te diga?... —continúa Carmen afectada, sin terminar la frase la madre llora.

Entonces él vuelve a abrazarla, viéndola sometida, sintiendo su debilidad. Más bien teme, teme de la huida y la soledad que esto implica.

—Voy a buscarla, si aparece por aquí, dile que volveré luego y que me espere. Creo que sé a donde fue —dice, y sale de la casa dando un portazo.

La madre siente cómo la distancia del deseo se prolonga. Sólo por un instante, el último

sonido de la puerta la hace sentir unida. Luego queda en silencio, separada, en la mudez absoluta de su espacio: *te vi tan sereno que te creí viendo verdad... y fui sintiéndome muy negra, muy mala, muy sola.*

13 / *En la Fuente Alemana*

Sofía camina con urgencia, se dirige hacia la Fuente Alemana, ese día, deben verse de todas formas, es preciso. Se acerca la hora. Camina rápido, son casi las siete de la tarde. Un impacto, casi una imposición el verse. Sofía sale a ciegas en un acto compulsivo por atraparlo, se obliga en una salida desbocada. Puedo verla decidida, caminando con la sola convicción de alejarse de ella, la veo agitada. Agitada en el intento de salir de sus deseos, los deseos de ella por escapar de la ansiedad que le provoca aquella mujer.

Ciertas imágenes recurrentes aparecen, como rostros anónimos, gestos masculinos, hombres de la calle, luego sonidos, risotadas que parecen dirigidas a mí. Veo su recurrencia en la escena, esas imágenes me someten a la fuerza de otros castigos. Puedo verla resistiendo frente a la imprecisión de las imágenes, resistir a seres sin consistencia, que aparecen para torturarla. Ella

camina entre las personas de la calle y sus gestos inútiles. Puede verlos dejar un vacío tras sus pasos, como si no tuviesen cuerpo, sobre las veredas, veredas pisoteadas por todos, veredas desde siempre escupidas. La calle. Gente entrometida de la calle la observa, al menos eso cree. Como si todos se burlasen de ella, cree que todos buscan espiarla. Seres anónimos, deformes, cada vez más intensamente van apareciendo en su cabeza, tensionándola. Está a punto de caer desvanecida. De pronto, un niño aparece, un niño pequeño. Entonces tarareo.

Sofía tararea en el rumbo incierto.

Tarareo una especie de canción de cuna: *tiene el pequeño el labio húmedo de tanta saliva, la madre le empapa en el pañal y le besa en la boca. Ahnn, ahnn... Él con sus manos diminutas le atrapa el rostro y la lame completa. Ahnn, ahnn... tira su pelo con fuerza. Ahnn, ahnn... es un signo de amor y no hay más palabras posibles.*

Un taxi, detiene un taxi y le pide que avance. En el interior del auto, apenas una indicación. El auto avanza. Mientras Sofía está en extremo obsesionada con todas aquellas imágenes que la desarman. De pronto, le pide al taxista que se detenga, llegando a la Plaza Italia. Baja y paga. Él dijo que estaría allí a las siete de la tarde, —piensa— es hora, debe estar en la Fuente, tal vez sentado en alguno de los bancos, seguro que me espera, finalmente, dejar de imaginar su aspecto. Hay mucha gente cerca de la Fuente, siente que algunas personas se detienen para mirarla.

Algunos niños ríen fuerte, ríen y me miran, como si todos supieran la razón de mi espera. Me insegurizan, la sensación es cada vez más fuerte. La sensación de peso que alborota mis pulmones. Enciende un cigarrillo, cada bocanada de humo duele adentro. Respiro profundo. Rápidamente consumido enciendo otro. Él no está. Me paseo por el parque, como una desquiciada lo busco, pero no hay nadie que se parezca a él, lo peor de todo es que tampoco podría reconocerlo. No tengo idea de su aspecto, sólo resultaría si él se acercara —pienso. Cruzando a la vereda del frente, me quedo parada observando, desafiante. Desafío a todos los que se atreven a mirarme. Me irritan, me consumen, todas esas voces, dónde están, cómo responder a las súplicas. Las personas me irritan —piensa, y siente náuseas al pensarlo—, algo está dejando un vacío en mis pasos, —dice, tratando de moverse, pero en ese momento no puede deslizar los pies, siente que va a desmayarse.

Un hombre que ha estado observándola corre y alcanza a tomarla entre sus brazos.

—Usted no está nada bien —le dice.

Sofía se queda viéndolo, extenuada.

—Mejor váyase a su casa —agrega el hombre, con insistencia— no es bueno que se quede aquí, no en estas condiciones, ¿adónde vive?...

Entonces Sofía reacciona, —ya me siento mejor, —dice— déjeme sola... sólo espero a alguien.

—Pero ya lleva más de una hora esperando... yo —dice carraspeando—, si usted me dis-

culpa, he estado observándola y, perdone usted, pero no la he visto con nadie. ¿Está segura que no quiere que la acompañe a su casa?

—Está bien, déjeme en la esquina —responde Sofía—, tomaré un taxi —dice, tratando de ser amable, pero está molesta, más bien aterrada...

—¿Qué le importa? ¿Quién se cree?... nadie tiene derecho a meterse en mis cosas —piensa—, sólo quieren husmearme, enterarse de todo.

El hombre la acompaña hasta el paradero contra su voluntad, ella no lo dice. Al llegar, él espera pacientemente. De pronto lo ve riendo de un modo inquietante, llena de desesperación le exige que la deje en paz. Agita las manos y un taxi se detiene, siente que el hombre va a agarrarla por la espalda, confundida por el miedo, se altera aún más.

El taxista pregunta hacia dónde, ella responde secamente. El recorrido se hace lento en su impaciencia. Al llegar a la casa, la madre está esperando. Sofía entra dando un portazo. No quiere ver a nadie, menos toparse con su madre. Como una forma de desprecio, y sin ganas de ser amable, dice:

—¡No estoy dispuesta a cambiar los números del teléfono, no quiero renunciar a esto de ningún modo!

Sofía distingue sus fantasías, se permite esa especie de ensoñación que la hace despierta ocupar otros territorios. Place cada instante al estupor que le producen las nuevas imágenes. Puede verse acariciando entre las sombras a un ser ima-

ginario que persiste, y tendría que haber sido creado a su imagen y semejanza. Una contraparte que la acaricie en la suavidad del sueño, para nunca despertar del tejido idéntico que la seduce. El calor de tus manos me tranquiliza, exacerbar el placer de tu ausencia... intensificar nuestro deseo. Nunca más abrir los ojos para enunciar, abrirnos entre las ataduras al mundo que subyace.

CAPÍTULO SEGUNDO

La espera sólo unos momentos...

CAPÍTULO SEGUNDO

La espera sólo unos momentos...

UNO / *Palabras para una novela y al lector,*
II PARTE

DOS / *Conexiones circulares,*
UN HUEVO DE VIDRIO

TRES / *Ruptura de membranas.*
ESTALLIDOS

CUATRO / *La creación.*
UN PRESAGIO

CINCO / *Incubación.*
SEGUNDO DELIRIO

SEIS / *Inicio del proceso.*
El nuevo espacio que la habita

SIETE / *Es el número de la bestia*

OCHO / *Sacrificio gozoso*

NUEVE / *Ellos están afuera*

DIEZ / *La traición*

(Notas... a los incrédulos lectores)

ONCE / *¿A - l - ó?...*

DOCE / *Ese hombre*

UNO / Palabras para una novela y al lector,
II PARTE

Sofía es una mujer simple, hasta de poca importancia. Pero mírela bien. Véala deambulando por las calles de la ciudad de Santiago, relacionándose en un lenguaje difuso. Piense en muchos otros personajes como Sofía, hombres y mujeres que aún se atreven en la ciudad del sueño. Ahora imagínela recorriendo de un lado a otro por los pasillos de la vieja casona. ¿No le parece que es como si buscara encontrar algo ahí adentro? Algo que no se anuncia del todo.

Pero no se equivoque, ella no busca nada. Sofía tiene la intuición de que la casa no es más que una consecuencia y su madre apenas una parte de la escenografía que la envuelve. No más que otro personaje que ocupa un espacio entre tantas otras Sofías que deambulan por allí, quizás, en viejas casonas. Pero si se fija bien, existe en Sofía, una proximidad, como si ella tuviese conciencia

de que existe algo más. Incluso sería capaz de inventar otros personajes, sabiendo que ninguno podrá acompañarla. Busca en ese teléfono, porque en el aparato de plástico rojo está todo lo que necesita para mirarse en la ausencia de un otro.

Todos estamos ausentes.

Sofía me lo ha dicho.

—¿O usted acaso no lo ve? ¿No podría ser ella una parte más de su propia historia? ¿Entonces por qué usted lee estas líneas que yo escribo?... —¡a usted le digo!— usted con todo y sus pertenencias, acaso nunca pensó, que lo que lo rodea, podría ser algo así como una farsa y su historia no es más que otra historia, o más bien una mínima parte dentro de la historia. ¿Notaría acaso que en cada uno de nosotros pudiera existir un personaje como Sofía, que se arrastra en casas oscuras. Casas donde no hay madres o donde las madres no son más que espejos que reflejan apenas una parte de lo que impide aceptar el vacío?

¡Sí! óigame bien, y perdóneme esta insistencia, ¡el vacío más absoluto! Ahora que me está leyendo, no puede mentirse. No puede decirme que no se ha sentido inundado de ese vacío alguna vez.

¿No sería acaso más honesto que pudiésemos aceptar que la vida es apenas un pequeño espacio, conteniendo ese enorme vacío?

Pero qué importa. No puedo anticiparme, Sofía se adelanta a todo lo que quisiera imaginar y no tengo más remedio que ir detrás. Ella me ha

dicho que estamos todos ausentes. Que puede verlo leer, mientras yo escribo. Me ha dicho también que no podremos habitar en el espacio que nos ofrece, porque estamos demasiado extraviados. Entonces empieza a reír con exageración y yo tengo que guardarme la rabia por este ridículo al que me obliga y esperar a que vuelva a calmarse o me deje en paz.

—Pero si usted me escuchara, tal vez dejaríamos por unos momentos de intentar estar en el otro...

*DOS / Conexiones circulares,
EL HUEVO DE VIDRIO*

Una vez adentro de la habitación, ella se acerca al cuarto de baño, corre la cortina y abre la llave. Primero una mano bajo el agua tibia, entonces se queda mirando cómo el líquido transparente va apoderándose de los espacios blancos. Luego de desnuda se sumerge, primero un pie, la temperatura transforma la sensación de mi cuerpo. La veo retroceder, mi costumbre. El agua cubre mi cuerpo hasta la altura de los pechos, que sobresalen enfrentándose desde la superficie a mi piel blanca. Mi carne se contrae, lentamente el vapor me atrapa. El vapor me atrapa en una atmósfera familiar, acaricia mi piel... Se acaricia, puedo verla acariciándose a medida que los músculos empiezan a relajarse. La espalda se estira y contrae hasta hacer el peso del cuerpo insignificante. Puedo verla vacía, incompleta, como intentando aferrarse al vapor, el vapor se funde en su carne.

Entregada se permite al calor del amante, amante del cuerpo enfermo, de la soledad, amante del cuerpo vacío, un refugio de caricias. Volviendo al vientre en el agua, se extravía en sus pensamientos, entonces nada asusta, nada distrae frente al propio cuerpo en la intimidad que permite el silencio. Cuerpo ajeno a veces, cuerpo que acepta descuidos y se somete. Cuerpo que no abandona. Un viaje atrás, una sensación más antigua. Desde el calor del agua, las caricias del líquido sobre la piel la descubren bajo la temperatura abierta entera, con los ojos cerrados, muy cerrados. No hay ideas ahora, no hay imágenes, sólo la sensación cálida del agua rozando la piel y ese inmenso vacío. Vacío que se apodera de todo vacío, descansando en lo que es ajeno.

Mi cuerpo se mueve, veo como mi cuerpo se mueve respondiendo a la mano que acaricia el vientre de la hembra, el agua completa todo defecto, el líquido traspasa más allá de la superficie de la piel. Ella se mueve, intenta nuevamente relajar los músculos. Las sensaciones caen nítidas, mi cuerpo sumergido cambia de forma, empieza a moverse casi independiente, ondulante en el agua se separa de mi mente. Lo veo apareciendo, apenas la cabeza y parte de los hombros emergen modificados, soy otra naciendo desde el agua, otros vapores los que empañan el vidrio del espejo. Las piernas adquieren un color rojizo intenso y las rodillas ahora también sobresalen a la superficie. El sudor resbala por la frente, el cuerpo se expande, se vuelve insostenible. Desplazando

los codos, en un movimiento leve, levanto los brazos y mis dedos mojan su rostro. Recorro sus pechos mientras ella cierra los ojos.

Cierro los ojos y sueño con abiertos los brazos, en la boca el deseo tiembla a orillas del frío.

Vuelve él, a ella, buscando trastornar su boca, desvestir los pechos, abrazar la consistencia del vapor en su cuerpo.

Madre, éramos más que sueños, unidas las manos desnudábamos el frío. Sudando la noche despierta otra, la mañana. La veo buscar, apretada en la boca, gimiendo la sábana blanca. Mordiéndome cae, baja las piernas lamiéndome entreñas, un abrazo, sólo agua. Así, durante algún tiempo dormida, el cuerpo vivo flota sobre la superficie, la cabeza dormida despierta la idea, con la carne ardiendo:

— Atrévete al tacto, basta de reproches, el huevo, la madre... anidarse apenas en el vientre, la vida es corta, un vientre más que toda una vida, entrégate a la gestación, al cambio de pieles. Sólo así podrás traspasar la historia.

TRES / Ruptura de membranas.
ESTALLIDOS

Sofía escucha unas pisadas cerca del dormitorio, su madre, se incomoda con la proximidad de su madre. La puerta del baño está semiabierta, la madre podría verme desnuda. No lo tolero. No, no es la madre, son otras las pisadas, no parecen familiares, son las pisadas de un hombre. ¿Y si fuera él? ¿y si apareciera ahora mismo y me sorprende? Sofía se endereza despacio, antes de que alcance a reaccionar aparece Javier. Él abre la puerta. Javier abre esa puerta y puede verla desnuda en el agua, radiante. Sin titubear, se acerca hasta el borde de la bañera. En un acto de arrogancia, la acaricia. Sin preguntar, sin sugerir, la acaricia. Ella se aleja, molesta lo evita.

—No puedo hacer el amor, es todo lo que puedo decir. No puedo soportar el tacto de otro cuerpo —dice, sumergiéndose en el agua, internándose, en una distancia que lo sobrecoge.

Veo en él la mueca, acentuando una sonrisa con el gesto. Javier sentado en el borde, trata de acercarse otra vez, ella continúa...

—Siento que he borrado completamente de mis sentidos el placer —la mujer hace una pausa, luego continúa diciendo— claro que estoy consciente de lo que eso significa...

Apenas en un vago intento, él trata de besarla. Puedo sentir la inseguridad de Javier al hacerlo. Puedo ver el vacío en el miedo de sus ojos.

—No tienes por qué —dice Sofía—, cada día me siento más alejada, ni siquiera me interesa aquel mundo que ofreces.

Haciendo un leve movimiento ella se levanta. Al salir despacio de la bañera, su cuerpo desnudo lo incita. Ahora lo veo actuar, tomándola entre sus brazos la aprieta contra sí. Sin esquivar el cuerpo empapado, las gotas caen resbalando. El cuerpo empapado de ella lo moja a medida que avanzan hacia el dormitorio. Javier no quiere soltarla. Haciendo fuerzas, impaciente, ella lo golpea. Golpea en sus hombros, en su torso, lo golpea una y otra vez, entonces Javier la deja bruscamente sobre la cama. Pronto, lo veo internarse, buscando aún más calor entre las ropas.

—No entiendo lo que me ocurre exactamente —dice ella—, no insistas, sé qué edad tengo, pero y eso... ¿qué puede importarle a los demás? —dice— ¿qué puede importarte a ti?

Javier no responde. Se limita a escuchar. Javier no interviene con palabras esta escena. Es ella la que cubre su cuerpo, ella la que omite los esca-

esos movimientos de Javier, él sólo esquivo sus palabras, sabe que a veces le producen algo más que dolor. Cierra los ojos.

—No puedo enamorarme de ti. No he podido hasta hoy —le dice.

Javier se toma la cabeza entre las manos. Sofía no lo ama, es imposible evitar que se escurra otra vez. Nunca supo colmar sus apetitos más profundos. Ella no ama. Nunca ama. Sofía es incapaz al amor.

—¿Estabilidad? —dice Sofía y con las palabras se agita...

Agitada reacciona. Violentamente se agita, luego, se queda mirándolo.

—¡Javier! —dice para desafiar—, nuestra relación nunca fue buena. Es como si todo el tiempo estuvieses queriendo atraparme de culpas.

Ahora él se queda viéndola, sorprendido. Ella imagina sus palabras, imagina los reproches, imagina que él está cerca y que todo sucede. Del mismo modo que pudiese estar en su lugar el otro hombre, ese hombre que pareciera, del mismo modo, no estar en parte alguna.

—Me dejo seducir por él. ¿Sabes?, no tengo otra alternativa...

Sofía hace un movimiento para girar, girando su cuerpo, le da la espalda, con eso sabe que le producirá dolor. Ha aprendido a sentirse complacida con su dolor. El dolor de Javier la complace, él le permite al menos eso, la complicidad de un dolor que la reconforta, que los hace semejantes. Él baja la cabeza y hunde las piernas aún

más entre las sábanas, mientras ella continúa el monólogo: —Estoy tan cansada. Sólo permitiría la idea de él, pienso que sólo podría aceptarlo a él cómodamente.

Es más de lo que Javier puede soportar. Reacciona y responde, pero ella pareciera no escuchar. Es desde otro lugar que ella continúa:

—Te equivocas—dice—, por supuesto que puedo, sólo que ahora es diferente. ¿Cómo me pides explicar algo que ni siquiera alcanzo a entender?

Javier insiste, acercándose aún más.

Poco a poco hay más cabida para él entre las ropas de la cama. Define con habilidad el territorio y se introduce en el espacio, en apariencia, prohibido.

—No puedo hacer el amor, no puedo soportar el roce de otra piel —dice Sofía—. Me irrita la saliva de tu boca —insiste—. Me duele adentro la presencia de otro cuerpo... juro que algo en mí, se vuelve insoportable.

El sueño está vencéndola, los párpados se cierran.

Finalmente se entrega al recorrido de las sábanas.

Me entrego al hombre de carne y huesos, al único disponible, me entrego a él extenuada. La veo internarse en el sueño que la envuelve. Traspasando su abandono, sabiendo que es él, Javier, quien está allí. El otro, el desconocido, no está presente. La realidad la verifica frente al otro, como alguien que se desvanece. No tiene

cuerpo aquel hombre, sólo voz, apenas sonidos resbalando adentro de mis tímpanos.

Su distancia me enferma.

—Tú siempre sabes cómo hacer —dice Sofía, suspirando...

La veo caer sobre la cama. Con el pelo aún mojado, la veo apoyar la cabeza sobre la almohada y quedarse tendida boca abajo.

Me quedo tendida boca abajo. Javier se acerca para verificar mis ojos cerrados, mi cuerpo está tranquilo, sin embargo, el ceño aún permanece tenso. Javier toca la frente para suavizar el gesto. El rostro dormido no opone resistencia, entonces sigue hacia abajo y aprieta suavemente la carne, justo a la altura de mis hombros. Al acariciar su piel, presiente que Sofía lo abandona. Empiezo a abandonarlo. Entonces él aprieta con más fuerza la carne, para mantener al límite mi letargo y evitar el sueño profundo. Acentuando la presión sobre la piel, busca mi respiración acompasada. Acerca los labios y muerde, con suavidad, uno de los hombros. El cuerpo de Sofía se estremece. Me estremece la boca de Javier. Giro la cabeza, como si quisiera evitar la cercanía de su boca, su respiración. Javier vuelve, esta vez con mayor intensidad, sobre el trozo descubierto. El cuerpo de ella no responde, pareciera acostumbrarse. Me acostumbro. Él insiste recorriendo con los dedos mis vértebras, relaja mis músculos, relaja la carne que aún se opone a la mano ajena. Baja acariciando caderas y nalgas. Allí, con cuidado, separa sus muslos. Esta vez, ella se contrae. Él insiste.

Sus dedos mantienen la posición, bajando con el dedo índice hasta el final, allí se encuentra con la humedad de los labios. Sofía emite un quejido y cierra las piernas. La veo cerrar las piernas a pesar del sueño, a pesar de los ojos cerrados y el sueño profundo. Se opone a las manos de Javier, se vuelve y queda de espaldas sobre la cama. Javier, agitado en el calor que emana desde la profundidad, vuelve a intentarlo, separa cuidadosamente las piernas, rozando apenas los labios para no turbar la placidez del rostro, entonces desliza los dedos sobre el pubis. El calor del cuerpo de la mujer lo traspasa, los dedos y su mano se humedecen. Ella hace un movimiento oscilante. La siento emitir un segundo gemido. Javier se detiene. Ella no está allí, sin embargo su cuerpo se ofrece sin oposición al recorrido de las manos. Lo seduce la placidez del cuerpo desnudo, a pesar de la ausencia, lo sumerge en el goce. Sin embargo, pronto siente que ya no puede resistir la inconsciencia de Sofía, quiere traspasar sus sueños, apretarla entre los brazos y obligarla a despertar. Va perdiéndola, haciéndose cada vez más inaccesible. El cuerpo desnudo, lo sume a la vez, en una profunda tristeza. Condenado a una distancia que le exige movimientos impecables, Javier adecúa sus caricias. Toca su vientre desnudo deslizando la boca hasta el pubis, lo veo necesitar su tibieza, justo allí, lo veo necesitarla como alimento para él. De inmediato, una de las manos de Sofía, agarra su pelo jalándolo con violencia. El dolor lo estremece. Retrocede. Sofía con los ojos cerrados

y la respiración tranquila, le hace comprender su lejanía. Javier espera un momento y su mano vuelve a posarse sobre el vientre, en sus labios puede percibir una especie de sonrisa. Se acerca hasta al pecho, apoyándose sobre la tibia superficie. Mueve la cabeza frotando apenas, tratando de no violentar ese cuerpo que se le ofrece sólo en apariencia. Al rozar uno de los pezones, éste sobre la mejilla se tensa, entonces la suavidad de la piel se transforma, y cada uno de los poros se levanta a medida que él va acercándole los labios. Sofía abre los brazos y lo atrapa, empieza a moverse girando el vientre, sin abrir ni por un momento los ojos, sube y baja. Javier siente un impulso desesperado por besarla, intenta entrar en su boca, pero ella lo obliga a bajar, succionándola sin canso. A medida que se eriza la piel, va apareciendo en sus labios una sonrisa diferente, descarada. Él avanza deslizándose, y los labios se abren como pétalos permitiéndole el recorrido suave. Los dedos resbalan por la cavidad, el líquido suave lo inunda. Sofía no para de gemir al compás de los movimientos. Javier, se sumerge al fin, en el hueco abierto. Siente que va perdiéndose y perdiéndola al entrar en el espacio alborotado. Sofía, en cambio, es en el vientre de la hembra un hueco abierto que lo traspasa, apoderándose de todo. Descansando de lo ajeno, el cuerpo se mueve, respondiendo a la mano que acaricia al interior de la hembra completa. Sin embargo ausente.

CUATRO / La creación
UN PRESAGIO

Al escuchar como cae el teléfono al otro lado de la línea distingue el espacio que la rodea vagamente, así permanece en oscuridad, durante un tiempo. A la distancia difusos rayos de luz avanzan, para luego desaparecer. Una sensación de vértigo la invade por completo, siente cómo su sangre sube hasta agotarse en la cabeza. Intenta correr, pero es inútil. Está atrapada en un tiempo detenido, y algo le impide romper la barrera. Tiene mucho miedo, miedo de caer. De pronto, empieza a girar liviana deslizándose por el espacio. Luego, completamente inmóvil, se interna en un estado cada vez más profundo. Bruscamente hunde uno de sus pies en tierra blanda, como un movimiento equivocado se precipita grávida y cae, en una fosa interminable. Su agitación crece, siente un cuerpo sepultado bajo su vientre. De inmediato los músculos ajenos responden cayendo sobre ella violentos, la sofocan. Am-

bos están dentro de una fosa, ambos en una sensación de asfixia, inmóviles. Es un hombre quien la aprieta con fuerza contra la tierra, puede sentir su humedad, es casi barro. Trata de girar, pero no puede, tampoco puede esquivar la insistencia de sus labios. Él mantiene la frente enterrada en su cuello, aprieta la nariz con fuerza contra los hombros, intenta lamer toda su carne. Ella tiembla, las caricias no se resuelven, ambos no intercambian sus sonidos, los músculos no responden, su sexo apenas se humedece... con la mandíbula apretada, y la boca seca y agria, resiste.

Entonces alucina, alucina y cambia el peso de su propio cuerpo, respira profundo, lentamente los huesos empiezan a apretarse. Cae esta vez sobre él con una estructura diferente, su carne es ahora fría, resbalosa. Completa su horror la certeza de una pesadilla, intenta alejarse, pero en vez de ir hacia atrás, sube, liviana flota por el espacio. Completamente separado de ella aparece un tercer cuerpo, sonrío, lo hace con cautela... de una sensación espaciosa se inunda. Ambos cuerpos unidos se retuercen, ella opone la distancia, deleitada multiplica la sonrisa.

Sin ningún esfuerzo, baja. Baja para unírseles. Los tres cuerpos se delimitan perfectamente, armonizan entre crujires, osamentas anteriores, pero aún no es fluido el traspaso. Entonces vuelve a elevarse, en un estado de perfecta movilidad flota, elevada, distante. Detenida observa las proporciones del tercer cuerpo que recurre con

cautela al hombre hipnotizado. Trata de entender su forma, hacia abajo recorre y cuenta una a una las vértebras de su espalda. Es un animal, una serpiente poderosa que insiste arrastrándose muy cerca de él. Nuevamente ella se une al juego y baja. Se divierte en una danza oscilante, recupera las posturas iniciales. Una vez más el hombre la recorre, y la bestia desaparece. Sus pechos son como gotas tibias que humedecen los labios apenas, él la succiona completa y se recupera, la rejuvenece, su piel se hace menos rugosa. Recorriendo los filamentos la máquina se aceita, es un hilo de calor, una diminuta luz roja que va y viene por entre los engranajes. Puede oírse un sonido casi musical. Puedo oírlo en un baile. El hombre que la sofoca va convirtiéndose en una enorme máquina y sus movimientos atraviesan los tímpanos. Se deja seducir por el extraño organismo, pero la serpiente vuelve a aparecer para aturdirlo hasta que unidos se hacen uno solo, internamente metálicos.

De pronto, con un sonido completamente mecanizado, él dice:

—Nuestros residuos simulan mueca turbia advirtiéndolo en trilogía descensos abismales. Incontenible es para nosotros la tiniebla. Aun si sólo eso no nos baste, tendremos entre nuestros cuerpos las oscilaciones pertinentes.

Convertidos en una grande y compleja estructura ósea, como si formaran parte de un único organismo, los tres cuerpos se expanden sobre el suelo. En poco tiempo, el segundo cuerpo

recupera la forma humana, pierde intensidad, no logra zafarse, algo lo mantiene anudado, se mueve impaciente, indisoluble se revuelca. Ella desconoce aún que si no accede a las caricias, puede costarle hasta la vida. Él trata de eludirlas sin obtener respuestas de Sofía. Allí, bajo el vientre, entre las intersectadas piernas, ve la mueca furiosa del animal que busca producir un desenlace. El hombre se defiende, y para defenderse, las palabras, como último recurso:

—*Temes desaparecer en tu cabeza, —dice— tu propia metamorfosis no es suficiente ... los gemidos se atenúan, luego hay silencio. —Arrastrándote escapas, ofidio peligroso —insiste él para resistir, sin soportar la presión de ambas sobre su piel, entonces la desesperación, el grito: —Conocerás del bien y del mal bajo tu propio signo en esta vibración, un intercambio entre dientes de nuestros cuerpos —el grito en la garganta lo convulsiona, el hombre gime —en principio fuimos ambos uno solo. Aumentamos la idea que hizo otra carne, como de la costilla se hace en la historia a la hembra, del ángulo superior de tu cuello nace la aliada, ligera de piel, fría y resbalosa. La lengua lo traspasa todo, serpenteante secreta saliva en abundancia, la piel resbala entre las escamas córneas.*

Como si él supiera que todos los intentos serán inútiles, intenta evadir la intensidad de sus ojos, eludir la cosquilla que le produce la serpiente al deslizar la lengua. Un líquido viscoso resbala por el suelo. Ellos se deslizan suavemente en un sonido de piezas metálicas. El aceite recorre los

tubos cubriéndolos en un orden asfixiante. Luego se articulan los dientes. Las manos cubiertas de grasa se descubren en la fragilidad de cada dedo. Aparecen uñas largas, afiladas como agujas presionan algunas partes de la piel de la bestia que aún está allí. El cuero esparcido, parece un cuerpo de escamas trastocando la piel suelta en el cuero que arrastra.

—Maldita serás entre las bestias. Polvo comerás por todos los días de tu vida, —suplica— seré el único testigo de tus cambios, sólo yo, en la piel escamosa sabré que el sonido húmedo reduce, te renueva.

A pesar de las palabras dolorosas y a pesar de ella misma, lo acaricia. Muy despacio las escamas se evaporan, la piel se vuelve tibia. El hombre recuperado retrocede, tiembla, evita todo contacto, calla. Poco a poco ambos cuerpos van haciéndose cada vez menos nítidos...

CINCO / Incubación.
SEGUNDO DELIRIO

Durante los últimos meses un desorden mental la somete a presiones más fuertes de las que puede resistir. Lleva muchos días encerrada sin entender lo que le ocurre exactamente, tampoco lo desea. No quiere hablar con nadie. Se encierra a escribir cosas que luego destruye. El dormitorio está completamente revuelto y el suelo va llenándose de papeles arrugados. De vez en cuando entra la madre en la habitación, evidenciando con gestos y murmullos el desagrado. Sabe que de alguna manera es responsable. Hay ocasiones en que se avergüenza de ello, pero a pesar de todo, al entrar en la habitación nunca dice nada. Sin embargo, Sofía está decidida a permanecer en ese estado, tiene la certeza de que algo especial le ocurre.

La noche del 5 de febrero el agotamiento físico se acumula demasiado; con él sobreviene la

fiebre. Todos los delirios de Sofía se agolpan en imágenes de salsas latinas. Veo volcarse una América de salsas, agitada, limpia. La veo de indios, ancestros todos de baile y deseo, gozándose unos a otros con desenfreno. Entre los compases, muchos hombres y mujeres se curvan violentos, cómplices del ritmo caliente.

—Soy yo en mi delirio una evidencia —digo, dando vueltas, empapada de sudor. Veo labios rojizos, deformados de deseos con el baile. Veo hombres, todos de acuerdo y en mi contra, hombres y mujeres que quieren acabarme. A pesar del miedo, intento simular sus rituales, actuar como ellos.

Sofía entiende que en ese espacio está próxima al sacrificio.

Todos esos hombres extasiados me rodean en el baile. Tengo que salir de toda convención para aplacarlos. Me hago india. India bailo, como si fuera uno de ellos, india como todos, me hago parte, india mi carne persiste. Los hombres van cercándome hasta dejarme perfecta entre las piernas de un hombre que no pareciera integrante del rito. Ellos me obligan a sus piernas que se aprietan entreabiertas en las mías. Entre miles de vaitenes él y yo bamboleamos nuestros apetitos más profundos. Los veo danzando interminablemente, puedo verlos a ambos y a ella, cayendo toda ella en el delirio. Siento que los huesos se hacen blandos en el baile, y nada parecieran todos sus desencuentros. Sabiendo que su cuerpo le pertenece sólo a él y que no resiste más carne que su carne. Él la seduce, obedece a los que es-

peran que él así lo haga. El hombre la hace perder casi por completo sus fuerzas, la veo flaquear como si pudiera en cualquier momento desvanecerse, pero a pesar de todo, ella se mantiene en pie.

—Nuestro baile es la consumación de un rito —dice—, así como rotundos son nuestros me-neos entre los compases.

Insiste agitada, completamente fuera de sí. Esa noche es la primera vez que siento a la serpiente agitándose en mi estómago. Muerde los intestinos sin detenerse hasta hacerme sangrar. Una bestia se aloja en una parte de mis vísceras. Nadie parece advertir la enfermedad, ninguno de ellos se compadece de mis dolores.

Sofía se revuelca en el suelo. Su carne la lleva con ardor al sacrificio. Un presentimiento de que ese hombre será el único capaz de pronunciarse en el laberinto más profundo, muy cerca de sus tímpanos.

—Soy quien esperas —le dice, mientras muerde con suavidad el lóbulo de la oreja, luego la aprieta con fuerza.

Allí Sofía puede verlo, recorre los ojos, luego el cabello ondulado. De pronto, él, con esa habilidad que le es propia, reconoce a la serpiente, y con hacerlo, se aleja con violencia, lo veo buscar destruir, también hacerse débil. La bestia se aleja, Sofía huye, y en la huida el repudio, el deseo de ambas por evitarles que se expandan sobre la superficie de un pasado para él imposible.

*SEIS/ Inicio del proceso.
El nuevo espacio que la habita*

Ya es demasiado tarde, esa noche es el inicio de una gestación irreversible.

La noche del 5 de febrero Sofía vive la certeza, un niño vendrá a nacer a través de su vientre, poniendo con su llegada fin a todas sus pesadillas. Un niño que, engendrándose a sí mismo, se expandirá adentro de ella, para usarla como único refugio posible... y ella cobijará inevitablemente a su hijo, hasta que en mil pedazos estalle entre los latidos, cobijándolo soñará con ese niño como el principio de una libertad posible.

A la mañana siguiente, Sofía despierta fatigada, apenas puede sentarse con dificultad sobre la cama. El exceso de calor sofoca, la habitación huele a pestilencia. Todo el espacio está revuelto. Tiene miedo de mirarse en el espejo. En un movimiento confuso se tira hacia atrás haciendo un intento por recordar. Inquieta de escenas que la

desconciertan, imprecisa cierra los ojos. Aparecen nuevos destellos, el recuerdo del sacrificio que detuvo su suerte... Él no le concedió el placer de destruirlo... apenas fragmentos aislados que le permiten una certeza. La certeza de mi cercanía con la muerte. Me desconecto y olvido, dispuesta a aceptarlo, pero mucho después, entiendo el verdadero significado de aquella noche.

La cama está húmeda, nadie estuvo allí para cuidarla. Puedo sentir sus enormes deseos de llorar. Puedo verla con la convicción de que nada podrá cambiar las cosas, porque él aparecerá una y otra vez en ese teléfono. Ahora sabe que el proceso no puede detenerse. Esta vez, cuando él llame, lo dejará decir. Al sonar el teléfono, algunos minutos después de las doce como es habitual, no desesperará, tomará el auricular y sin oponerse a él, a los deseos de él, escuchará atenta.

El día transcurre en forma intermitente, por momentos logra descansar, luego despierta agitada. Sobre el velador hay un vaso con agua que bebe cada cierto tiempo. No puede detener la incertidumbre. Apenas puede contener la espera de la próxima llamada. El teléfono sonará a las doce cinco minutos. Sofía sin demostrar el menor síntoma de alteración, levantará el auricular, esta vez esperando las palabras que inmediatamente aparecerán del otro lado.

—Aló —dirá él, aquella voz.

—¿Me esperaba?

Sus palabras sonarán extrañas, más que de

costumbre, sin embargo, Sofía, manteniendo el silencio, dispuesta y sin preguntas... lo dejará decir...

—No levante el aparato telefónico sólo para oírme, sabe que más allá de lo que pueda susurrarle va a desconectar sus tímpanos —dirá él, y en esas palabras, al pronunciarlas, se detonarán en Sofía sensaciones incómodas, movimientos eléctricos que alborotarán todo su cuerpo—. Una serpiente se moverá adentro suyo resbalando como si después de muchos intentos traspasara los orificios del aparato hasta enroscarse por dentro y dañar —insistirá en decir—. Sofía, usted sabe que ella sólo busca llegar a mí.

Los movimientos se agudizarán, entonces irán apareciendo dolores profundos en el estómago.

Sofía recuerda ahora sus pesadillas, como si las estuviese viviendo, él también lo sabe. Ambos podrían estar internándose en ella.

—Imagino apenas lo que las inspira en el placer cuando se juntan... —dice él— Sofía, usted lo sabe... no es su cuerpo el que se arrastra dejando estelas de sonidos metálicos por el suelo, no es mi cuerpo tampoco.

Me atrevo. Hago un esfuerzo y miro.

Se atreve y en el mirar descubre cadenas de metales, cuero duro y brillante, puede ver su habitación cubierta de esas cadenas resbalosas y la alfombra manchada, como si algo se hubiera arrastrado por todas partes.

Un líquido viscoso me inunda, inundada

toda de fluidos, me dejo llevar.

—No se detenga, aún estoy oyéndolo —digo temblando.

—Su cabeza no es la misma —me responde él—, sus brazos desaparecen casi por completo cuando me atrevo a seguir la elongada forma de su sexo; entonces yo incitador, quedo aprisionado entre usted y la serpiente. La bestia se enrosca provocándome vértigos. El aceite es el único registro que deja huellas en todo mi cuerpo. En esos momentos desaparezco, no tengo otra salida...

—Entonces somos tres... indisolublemente tres —interrumpo...

—... No es cierto —me dice—, sabe que soy el único en su imposibilidad, la serpiente es un pretexto.

—¡No es verdad!, una serpiente me invade —agrego, sin titubear.

—¿Qué piensa de eso, Sofía? ¿está segura de la bestia que la habita? —me pregunta otra voz.

—¡Sofía, siga con esmero la curvatura de las letras...! —insiste él, hasta el momento inquebrantable.

—¡Evidencie el trazado! ¡Enfréntese de golpe con la mano que la acaricia! ¿Por qué impide que alcance a ser mi propia mano? Yo estoy temblando al otro lado de la línea telefónica, mientras una serpiente se retuerce adentro suyo. Está en su cabeza y la alimenta para que me torture. ¡Abandónela... termine con ella... deje su vientre libre! —el hombre asegura, describe, con palabras segmentadas, discontinuo, como si apenas

tuviera fuerzas para continuar.

—Yo no pronunciaré más palabras, le dejaré oír lo que quiera. ¡Sí, soy muy extraño!...

Entonces, sonidos agudos golpean en sus tímpanos durante algunos segundos.

—¡Deténgase! —grita Sofía.

—¡Deténgase de una vez! —grito.

Él empieza a reír al otro lado de la línea telefónica para continuar irónicamente...

—Me empapa de sudor y su debilidad a medida que me succiona desde una caligrafía casi mecánica. La serpiente invade hasta en los rincones menos precisos. Aún no la abandona... ¡olvídese de ella!... si no lo hace, puedo hacerlo todo aún más doloroso.

—Tiene miedo... sin mí no puede existir —respondo desafiante.

Pero él no cede...

—La confundo, mis palabras desaparecen entre los sonidos metálicos y así puede ver las formas de mi cuerpo con menor nitidez. Todo lo que significa para usted sentir en el recorrido de las teclas, se escurre entre sus manos y se olvida del teléfono donde aún espero impaciente.

Sin doblegarme replico... —aún estoy aquí, no voy a colgar mientras tenga palabras para mí. No va a hacer que renuncie. ¡Créame! —digo y en ese momento, en esa habitación, las imágenes desaparecen.

—¿Sabe? —dice él— cuando oprime los dedos trato de aparecer, hago intentos por acariciar la curvatura de su boca, pero la serpiente se agita

de inmediato punzando en el teclado. Con mayor fervor carga sus dedos buscando algún recuerdo preciso. Extravía los límites entre mi nombre y el teléfono. Yo, clandestino, me dibujo en las teclas que marcan sus manos; estoy llamándola del mismo modo que cuando oprimía los dedos, mientras titubea entre el cable y el sentido que tiene para usted el marcar los números. Sofía, en su cabeza se mezclaron los sonidos y el vapor de una máquina cobró la doble vida que usted misma plasmará en el papel. Recuerde, en las palabras escritas descubrirá que le pertenezco... pero, por momentos me decepciona, no sabe vivir sin aferrarse a la vida de los otros, por eso se empeña en hacerme aparecer como culpable. Hasta acabaría conmigo si fuera preciso en este pequeño espacio...

—Me necesita tanto como yo a usted...
—interrumpe Sofía, apareciendo con seguridad. Ella aparece, me reemplaza.

—Desvanezco —dice él—, nuevamente me convierte en idea, pero sabe que a pesar de sus pensamientos, existo, es su ansiedad la que me confirma.

—Entonces ¿por qué no me busca? —insiste Sofía— tiene miedo. Sólo desde un aparato mecánico expresa su fuerza, ¿qué de este absurdo le reconforta?

—Porque antes de que recorriera con imprecisión sus manos en el teclado tratando de imaginarme, ocurría su metamorfosis —dice— ya no puedo seducirle unida.

—¿Acaso teme quedarse en esta historia sin su propio cuerpo? ¿Qué puede hacer en su contra la serpiente? —dice Sofía incitándolo en la debilidad.

—¿Sofía, no me desafíe, algo está ocurriéndole, sus percepciones son extrañas? Sé que está cambiando. ¿O es que aún se resiste en darle muerte a sus sentidos?

Ella no responde. Cuelga el aparato. Se queda extraviada, se aleja de mí. El cuerpo no está tranquilo, sudando ella tiembla, casi al límite de la convulsión.

SIETE / Es el número de la bestia

Me siento de golpe, por un momento pierdo la visión, casi completamente. Las pupilas giran en forma inesperada y desde la garganta nace un grito que retumba en las paredes de la habitación. El grito cede al ardor punzante que me inunda. Es ella, es la bestia, que está queriendo salir y cualquier gesto que oponga ahora, resultaría peligroso. Desde mis intestinos asciende con fuerza resbalando. La veo venir desde dentro de mí.

Una serpiente que se desliza... la concavidad de sus escamas... se desliza dentro de mí, provocándome.

Duele.

La sangre me irrumpe a borbotones.

Sangra adentro, tiene que cubrirse la boca con la sábana. Permanece inmóvil. Tiene miedo, aun así, no opone resistencia, evita perderse. No es cierto, no existe miedo, solamente me abandono a la idea, al momento de la mutación. Ella

empieza a ondularse zigzagueando, sus mejillas arden entre corrientes intensas, el vapor humedece las ropas. Tiembla. El vientre cascabelea, se estremece de sonidos, al mismo tiempo giran las mucosas del estómago. Mi estómago va elongándose hasta el hueso de las caderas. Girando deliciosamente como nunca antes, agito la lengua. Recorro cada parte, estilizando todas las impurezas. Mi respiración cambia de ritmos. Puedo sentir adentro cómo se alargan corazón y pulmones. El cuerpo cambia.

 Mi cuerpo cambia transformándose poco a poco en una coraza resistente. Flexionando las vértebras en cada articulación descubro que mis movimientos se sincronizan. Arrastro y empujo las escamas hacia adelante retorciendo el cuerpo en círculos. Retorciendo el cuerpo en círculos avanza, formando curvas, continua y flexible en la cadena móvil. Me veo avanzar con cada elongación. Puedo sentir el cuerpo expandiéndose. El dormitorio está repleto de cadenas resbalosas. Desde esas cadenas, un líquido viscoso resbala, manchando la alfombra, todo va inundándose de aceite. El cuerpo serpentea en diagonal dejando atrás un recorrido de escamas transparentes. Las pupilas se cubren del polvo bajo los párpados inmóviles. Mi visión es perfecta y nítida. Su visión es perfecta, ahora puede latir todo lo que nace desde el suelo. Mi sangre se ha vuelto completamente fría. Libre, constriño entre círculos todo lo que me instiga. Desde aquel cuerpo informe, otro y desbordado, digo: apenas un susurro.

—Es cierto. No he visto nunca antes ese rostro, imagino hasta sus suspiros. Hay momentos en que aparece una idea de rasgos inconclusos, aun antes de apretar mis dedos en el auricular.

Retorciéndose en la alfombra la mujer habla, habla desde algún lugar con aquellos que la ocupan... tratando de no perderse, la veo atreverse y decir...

—Lo que él emite, es palabra y forma, a pesar de la ausencia, ahora puedo imaginarlo deshaciendo sus recuerdos hasta palpar los contornos de mi cuerpo. Por instantes aparece, como una imagen fugaz —dice ella—, entonces trato de memorizar los números que tendré que recorrer para una respuesta, por sentir ese aliento suyo del otro lado. Pero todo se dificulta, no logro memoria, muy pronto su imagen desaparece...

El cuerpo afectado es interrumpido por una segunda voz.

Esa segunda voz cascabelea como si fuese una serpiente. El cuerpo de escamas, conecta a la bestia que permanece al acecho. La segunda voz aparece para interferir las palabras de Sofía:

—Mientes, sabes perfectamente distinguir cada uno de sus sonidos —dice, agitada—, reconoces en su fonética cada gesto, cada figura —adentro la bestia se enrosca, se enrosca en el cuerpo de Sofía, para provocar sus dolores—, peligrosas en lo que eso significa, debilitas en intensidad y astucia —asegura, como si tuviera más que certezas para ella.

—No lo resisto, hay veces en que el miedo...

—responde Sofía con la voz abrumada de viscosidad.

—No debes demostrarle a él síntomas de flaqueza —asegura la serpiente, retorciéndose adentro de ella para persuadirla con sus mecanismos.

La sangre resbala, Sofía traga saliva. Apacigua el dolor, lo hace soportable.

—Nada es importante en estos momentos —digo, tratando de no perder la calma, como una forma de mantenerme intacta frente a los poderes de la bestia.

—Hostigas en la coraza, sofocas mi espera al cambio de pieles —me dice la voz, un casca-beleo agudo de palabras que retumba adentro del laberinto.

Sofía pierde consistencia, desconcentrada tiene que someterse...

—Escúrrete y desaparece —responde la bestia, sin compasión— hostiga tu carne, duro es el cuero, las escamas multiplican el placer. ¡Entrégate al tacto!... Hostiga la hembra en su complacencia, suficiente sería, acabarla.

—Sólo me place imaginar cómo será su boca. ¿Es acaso redonda y gruesos los labios? —digo, al imaginar que cualquier esbozo de placer mío podría distraerla. Distorsionar sus deseos, burlarlos. Entonces la bestia, podría perder todo contacto con las palabras— ahora pienso únicamente en él —le digo, para atenuarla aún más.

La serpiente debe desaparecer, de lo contrario acabará con ambos —pienso. Es el inicio de un proceso doloroso, habrá cambios como parte

del estado. Un momento decisivo. Intento alejarme pero el animal no me abandona. Empieza a mordirme una y otra vez adentro.

—Gruesos son los labios, débil la lengua. Es mi lengua superior y ágil en el recorrido de la piel —repite, cayendo resbaladiza. Cada uno de los sonidos que ella produce, tienen inmensos poderes sobre mí. —Esa boca suya saboreó nuestros deleites —contesto, hipnotizada por su magnetismo, entregada a las palabras que ascienden desde algún lugar de su interior.

—Él hace daño en ambas, es deber el mío. Eres tú en la debilidad la que más nos daña —me dice abrumada. A medida que se enrosca insiste en morder los intestinos, absorbiendo toda mi energía.

—No quiero seguir oyéndote. Sólo me place imaginar cómo será su pelo. ¿Será diseminado, casi tibio, descubriendo el casco grasoso? —pregunto.

—Son sus hebras finas y filudas, son agujas sus pelos arañándonos la piel, salvo cuando es cuero, allí sus hebras no pueden ya herir en el cosquilleo grato. Algo de perverso y delicado lo vuelve de espaldas a la muerte. Nuestra memoria es muy nítida, un único registro: estampar de letras las palabras y las palabras de frases. Un único registro que nos permita prepararnos antes de la mutación.

OCHO / *Sacrificio gozoso*

Sofía se abandona, desdoblada la otra, combate entre ideas de estabilidad y agitación. Es allí donde teme enfrentársele, aquella bestia no tiene nombre de mujer. Por las noches sus pensamientos y sus sueños van concretándose lentamente en escamas y cuero. La serpiente desarticula sus percepciones, como si buscara apoderarse de todos sus instintos, sus sentimientos. Han aparecido los primeros síntomas: náuseas. La preñez, el cansancio que tumba. Inertes los pechos crecen y el cuerpo desarrolla otras curvas. Aquella, la otra, no acepta, nunca aceptará compartirla en el espacio íntimo. No quiere al pequeño, un intruso dentro de su vientre, Sofía no puede contra eso, incapaz no reacciona. Piensa en el momento en que el vientre prolongue su secreto. Piensa en el momento de enfrentar. Eso convierte al hombre en una certeza. Una gestación única. ¿Cómo podría no serlo?, día a día con sus caricias, desde aquella voz que la envuelve por completo va dando cuerpo en ella a ese niño.

—No pude dejar de cautivarme con el sonido. Necesitaba trascender, descubrir que todo estaba en las palabras. Cuando las palabras de tu boca eran exactas no había posibilidad de evitarte... —dice.

—Mi madre por las noches, mi madre que en un canto... y yo me quedo a oscuras por las noches —susurra él.

Se atreve hacia adelante, imagina cosas...

—Mi niño duerme, puedo mecerlo, lame uno de mis dedos y lo muerde, con fuerza, él quiere succionarme la vida completa. Mi pequeño saca con sus dedos, con sus dedos húmedos, una parte del interruptor y descubre, al hacerlo, que la luz a veces se va, se apaga. Gira las perillas con sus manos, intentando rodar, por la musicalidad que le provoca. El sonido se vuelve estridente, las manos se deslizan y agitan insinuando los dedos redondos. En la humedad de sus manos, el pequeño juega con mi pelo, jala entre plácidos sueños toda la nobleza que hay en mí.

—No. Las conversaciones en el teléfono no son suficientes —se responde— he visto por largos meses cómo entre el pecho y la garganta se me agrieta la piel, la piel del bajo vientre. A pesar de mis deseos, él se agita hostigándome la vida.

Pero en ocasiones se resiste. Quisiera poder besarlo, entregarme todavía más. Luego entiendo que más no sería posible, en la forma que él tiene de poseer. Sofía siente que en su vientre el pequeño se reconforta. Ahora no necesita nada más que estar en silencio, cualquier palabra re-

tumbaría hasta devolverse, ajena. No hay lenguaje que permita descripciones, sólo se atreve a una especie de canto de cuna que proviene de alguna parte. Tararea a medida que transita al sueño profundo...

—Niño, mi niño, eres acaso lo único, lo más, lo siempre dispuesto cuando yo te mime, me amarás hasta siempre, porque te llevé por tanto adentro a mí me debes. Arruya mi canto pequeño, que en el vuelo te lleve al sínfn de nuestros cuerpos entre sueños y risas.

De pronto, Sofía siente que algo cambia en la expresión de su rostro. Piensa, no es suficiente amarte, un consuelo, pero no es suficiente.

Hoy se acaba mi noche y te deajo en mis sueños, ya no puedes confundirme. Estamos tú y yo distantes, ajenos a cualquier placer entre nuestras carnes. Ajenos.

NUEVE / Ellos están afuera

Javier frecuenta la casa en forma habitual. Él insiste, aun sabiendo que Sofía se niega a verlo.

Ese día, Carmen le abre la puerta, a propósito lo hace esperar cerca de la escalera, mientras sube a avisarle. Pero ella no lo hace. Ella lo deja entrar y no le avisa. Me pregunto si no es más que una forma de retenerlo, incluso le he prohibido que lo deje subir hasta mi dormitorio, y sé que por ahora mi madre no tiene intenciones de contradecir.

Durante el tiempo que dure la simulación, la madre se entretendrá en el segundo piso de la casa. Puedo verla, haciendo cualquier cosa. Puedo verlo también a él, sintiéndose cada vez más atraído. Algo lo fuerza, aun sabiendo que no podrá verme. Sé que se contenta, sin embargo, con estar cerca. Lo acepto como una especie de juego que seduce, incitándolo a actuar en un escenario

y representar cada vez mejor su papel. Lo veo, además, sintiéndose como un títere, sospechando de que ambas estuviésemos de acuerdo para manipularlo... y hasta reírnos de él.

Ahora la madre baja, baja tan lentamente como puede. Él permanece en el mismo lugar. Ella baja diciendo que esta vez su hija no se siente bien y que quizás en otro momento, o mañana, podrá recibirlo. Entonces Javier aparenta preocupación, y se queda viéndola detenidamente. Javier y mi madre, ellos están ocultándome algo. Sé que Javier provoca en mi madre sentimientos encontrados y que ella apenas soporta, con incomodidad, aquella presencia de alboroto. Puedes verla moviéndose impaciente, algo en él escapa totalmente a su comprensión, un cierto descontrol la hace aparecer como un extraño desborde de energías encubiertas. Pero él la inquieta desde mucho antes, quizás desde el principio, y más tarde, mucho más con la frecuencia de las visitas. Tal vez presenta esa posibilidad, la posibilidad de internarse en zonas cada vez más peligrosas. Intensamente atraída por aquel cuerpo joven que la alienta a recuperar el placer de la belleza masculina. Puedo verla decidir... ahora no hará nada por escapar del mal que él mismo, tal vez sin intención, le contamina. Alerta frente a la evidente desgracia que podría convertirlos en víctimas, la madre se empecina en negarlo.

No puede, decide dejarse llevar.

Ese día martes, irreflexiva, ella espera a que Javier toque el timbre. Ávida lo hace entrar, intu-

yendo que ahora sucede al vértigo. Puedes verla cerrando la puerta, disfrutar viéndolo, atrapado. Como si una vez adentro el hombre sufriera el contagio, o como si bastara con nombrar aquel deseo, congelado. Entonces mi madre piensa que dejaremos de ser dos las mujeres atrapadas en la delgada tela, y que Javier será un tercero precipitando sus extrañas intenciones. La madre tiene la convicción de que lo que ocurra, de ahora en adelante, dependerá exclusivamente de su voluntad. Su ansiedad crece, no puede contenerse en aquello que naturalmente la complace. Mi madre da por cierto que me negaré otra vez a recibirlo, por lo que ni siquiera se molesta en avisarme.

 Mi madre dice:

 —Ella no va a bajar —y se queda mirándolo, con una sonrisa inusual.

 Ves a la madre internarse en la zona del peligro. La ves preguntar...

 —¿Un trago? —luego el gesto, para que él la siga hasta la cocina.

 Javier acepta de inmediato. Acepta sin lugar a dudas.

 Mi madre entonces, atrevida susurra, muy cerca de su oído...

 —¿Coñac?

 Él se estremece, sin saber si reír o alejarse, se estremece confundido.

 Mi madre ríe viendo a Javier paralizado por el miedo.

 Veo a mi madre alterada en los contornos,

la veo perder toda sutileza.

—¿Qué pasa contigo? —dice, desvergonzada, feroz—, no puedo creer que te inquiete un poco de licor.

La madre susurra, rozando el lóbulo de su oreja... —hace mucho que no bebo... ahora necesito hacerlo.

Mi madre está exaltada. Exaltada e inquieta. La veo, como nunca antes la había visto. Me aterra su descaro, su descaro también me cautiva. Siempre he sabido que mi madre no es lo que parece, aparece como un sueño ante mí, como una alucinación, pero sé que ella miente. Teatraliza y teje un escenario que me alejará de todo lo que me pertenece. Después, tal vez, nada. Entonces riendo se atreve aún más en el laberinto, un lóbulo cerrado, tan próximos.

—¡Bebamos juntos! —dice, alzando la copa, segura del dominio.

Javier apenas inclina la cabeza.

Javier no tiene fuerzas para escapar, tampoco intenciones.

Javier es un títere, tal como ella teme, un títere para que ambas hagan de él lo que les plazca.

—¿Cómo sigue Sofía? —preguntará él, tratando de evadirla.

Cree que haciéndote aparecer en escena será todo más fácil. Lo ves mentir, actuar. A punto de perder. Desfalleciendo en el intento de la madre por apoderarse de todo aquello que te pertenece.

—Está actuando cada vez más extraña —res—

ponderará la madre, sin un gesto de dignidad.

La madre se atreve a hablar de ti, sin saber, se atreve a hablar de ti sólo para negar.

—No pienses más en Sofía —dice, y con sus palabras te niega.

Me niega, me aparta.

—Ella estará bien, creo que aprende a superar sus propios miedos —dirá, provocándolo insistentemente. Ahora ella le enseña la copa, Javier ve en sus ojos aparecer la intensidad, pero está paralizado por lo precario de su presencia, y no hará nada por escapar.

—¿Crees que podrá resistir tanto tiempo encerrada? —pregunta.

Veo en sus gestos aquella sensación de incredulidad. Javier sospecha de mi madre, también sospecha de mí. Alborotada, ella no puede delimitar la dirección de sus palabras. Está en desorden. Descompuesta por imágenes imprecisas. La veo servirse otro trago, beber rápido. Ambos beben, atrapados por una fuerza intensa que parece fluir desde todos los rincones de la casa.

—Ya no puedo con ella —dice, y toma la copa, vaciándola, luego, con los ojos cerrados la madre vuelve a decir— no puedo obligarla a salir del dormitorio.

Sus pulsaciones retumban muy adentro. Perturbada, suspira. Veo cómo mi madre cree que tendrá que atreverse y obligarlo a actuar en lo que ambos buscan. Él, alarmado por la situación incómoda, se apura...

—Ambos podríamos persuadirla —dice, arrebatando de sus manos la copa, la deja sobre la mesa.

Pero mi madre es una mujer intensa, apasionada. Sí que ha sentido antes, muy adentro de ella, una fuerza extrema. Ahora palpita una vez más, con la misma fuerza que le sirviera para sepultarse.

La madre negó su sexo.

La madre evita todo deseo.

Sublimando el cuerpo, se convierte en mártir de otras obsesiones. Obsesiones surgidas de la nada. Desquiciada, capaz de todo, sus deseos por el control fueron creciendo. Ahora, muy cerca, demasiado cerca, pierde el control, ambos lo hacen, el cuerpo de él despide aquel antiguo aroma, y la madre puede reconocerlo. Tiembla, sabiendo que esta vez no podrá detenerse. Veo a mi madre temblar, sin poder escapar de todo aquello que la inunda. La veo caer bajo sus propios deseos, presa de un aroma muy antiguo.

—Es demasiado tiempo —dirá Javier—, ya no podemos evitarlo. Pero...

—Pero... —responderá ella.

Javier se servirá otra copa. Beberán hasta vaciarla.

—¡Te torturas! —dirá él, involucrándose—, aleja esas ideas de tu cabeza.

Javier iría dejándose llevar. Cerrando los ojos, su cuerpo sucumbiría de excitación. Desde antes lo veo sucumbir bajo el poder de mi madre.

—Hagamos un pacto —dice ella, deslizan-

do una de sus manos por el cuello.

Se toca, ella se toca y con tocarse vuelve, recobra la humedad de antes, como si tuviese una herida intensa que cicatriza.

Javier tomará la botella, vaciándola en ambas copas. Ella seguirá haciéndolo... tocarse con suavidad, hasta que el licor surtirá su efecto.

Asfixiados, no pueden pensar en otra cosa que no sea aquello... imposible.

La saliva tibia adentro de sus bocas contiene toda mi angustia. Los veo demasiado cerca, titubean. Ahora Javier advierte la presencia de su virilidad, la piel erizada... y en su cabeza, en su cabeza no cabe otra idea.

—Eres como una fiera... demasiado cruel —dirá, tomándola entre sus brazos. A medida que los antiguos deseos recobran la fuerza de su contención.

Veo a mi madre desvalida. La veo caer, entregarse magnífica. Voluptuosa ahora, la que antes inasible, enloquecerá desde aquel instante. La veo olvidarse de mí. Sin más pensamientos que el aroma de su cuerpo.

Se besan, en una explosión de lenguas que fundidas se multiplican, como si de fuego fueran esas bocas. Se besan, embriagados de una lascivia aterradora. Puedes ver cómo las ropas resbalan, como si una tormenta violenta las arrancara, intensificando la fuerza de toda gravedad.

—Atrévete Javier, el horror nos precipita —dirá ella.

Muy pronto, totalmente desnudos, irán aco-

plándose en todos los espacios de la carne. Las manos de Javier avanzan atrevidas por lugares desconocidos y siente que, resbaladizo, flota por aguas profundas, deseoso de desaparecer en ella, se deja atrapar por sus piernas entreabiertas que aparecen como inmensas tenazas. Veo a mi madre como una bestia a punto de devorar. Tiemblos al verla, exactamente como siempre imaginaste...

Luego lo veo a él replegado, justo antes de penetrar en el cuerpo femenino, gime.

—Sin Sofía... sin ella estaríamos perdidos —suplicará.

Entonces mi madre abrirá su boca introduciendo la lengua, como un puñal. Las manos deslizándose bajarán hasta encontrar su virilidad.

Atrapándolo lo conduce hacia ella.

Tiemblos al verlos, ya no puedes contener esta explosión de imágenes aterradoras.

—No te detengas —suplicará él, arremetiendo una y otra vez— cuánto placer... cuánto placer entre tus piernas —dirá entre susurros. Mientras la madre dice, dice musitando palabras suaves en su oído... —no te detengas, hazlo más fuerte, no dejes que te acabe, hazlo así, suavemente. Ah, tu enfermedad adentro.

—¡No!, grito.

—¡No!, grita ella. No puedo soportarlo.

La madre muerde sus hombros con fuerza, luego besa su carne toda, hasta el hastío. Bajando cerca de sus axilas, respira el olor que emana perfumado desde el cuerpo febril. Resbalando él en

sus entrañas, nada existe, nada que no sea aquel desenfreno, ni siquiera el recuerdo de mi ausencia, esta ausencia que me permite verlos, verlos traicionarse, gimiendo, perturbados.

—¡Adivino tus pensamientos! ¡No puedes acabarme! —gritará él, mientras vuelque exuberante sus fluidos.

La madre pálida, desde la carne y desde su piel agrietada, verá líquidos salir y entrar por todos sus poros. Su cuerpo perecerá, como tierra seca descascarándose para volver al polvo.

Sofía duerme, no podrá recuperar la imagen antigua de su madre, ni siquiera en sueños podrá hacerlo...

Martes. Sofía tiene la certeza de que Javier y su madre están actuando de un modo extraño, por momentos se quedan mirándola y en sus ojos alcanza a percibir cosas que no le gustan.

En el cansancio permanente de su alteración, se ve a sí misma en una trampa. Resiste en la tela, que urdida, impide toda libertad. Desde aquella vez... atrapada. Acontecimientos impredecibles la detienen, un tiempo que agita, una dependencia imposible la encadena de deseos inconclusos.

La idea vuelve una y otra vez: él y su madre... Javier y su madre insisten en mirarla de aquel modo, como si escondiesen algo, entonces no le queda más remedio, simular... predecir un nuevo escenario... un escenario que le permita. Una alucinación, una escena ficticia. Él y su madre se besan. Se complace, también se descompone, la sola idea de ver a su madre altera la perfección de la imagen. Ella, cerca del hombre que antes lo intentara en sus propios brazos.

Puede verlos besándose, sacarse toda la ropa... deshonestos. Sofía suspira, apenas los gemidos, aun así no dice nada. Descompuesta la madre pierde, la elegancia. Sofía tiembla, el significado terrible de la escena... los muslos se refriegan en la penumbra, en el exacto momento de un sueño. Sofía cierra los ojos, avanza... avanza inundada de aquello innombrable, ellos ahora, ni siquiera pueden compartirla. El miedo aparece, un olor que la extenúa.

Aún incrustada de nuevos registros avanza.
—Madre —dice.

—Madre —piensa— estaremos abandonándonos nuevamente.

Imágenes sin significado van deslizándola hacia sensaciones más frías. Buscó, indagando cada vez más atrás, en estados incompletos que quedaban acentuados en la cadena de alucinaciones.

Sus ojos se hacen al horizonte desplazados de las cuencas. Su mirada se pierde para aumentar la visión del campo horizontal. Expandida como una línea fija del contorno menos sutil... esta vez no alucina, ellos están allí. La ironía punza, una aguja que distiende su dolor frente a la farsa.

—Madre —piensa— estaremos acabándonos nuevamente.

Tal vez devorarte, devorar primero tus brazos... cerca de las axilas... Madre quisiera... trozar tu cuerpo, cada parte... envuelta del fluido tener que mantener... mi amor... sale por todas

partes.

—Cor-tar-te...

—Nuevamente, ordenada y metódica.

—Despedazar la imagen de tu traición, sin hacer ruido. Actuar sin prisa.

—Te asesinaré por todas partes, en este escenario quieto... eres la víctima que me provoca.

(Notas... a los incrédulos lectores)

Mi madre no acepta la realidad a la que nos expone. Mi madre prefiere mentir, incluso ahora, que la evidencia claramente punza en el vientre, con la fuerza de una herramienta filuda.

Cerca del baño que comunica internamente con el dormitorio, me miro en el espejo, recorro cada gesto, mis rasgos están modificados. Frente a mí sonrío ahora, una perfecta extraña.

Me peino y con peinarme, mi pelo se eriza. Estoy contaminada de una energía extraña.

Aprieta las manos contra el vientre con violencia, lo hace con violencia, tratando de asfixiar a ese niño que se mueve adentro. Maldiciendo el momento en que todo se inicia contradice los actos, casi de inmediato se acaricia, acaricia su vientre con suavidad.

Para él resultaba imposible traspasar ese estado, piensa y con pensarlo, justifica la sensación, está poseída, poseída por un ser creado de modo distinto desde su concepción, justo allí, donde estaba protegida.

En ese plano ella sólo recibía débiles señales, entonces él entendió que no podría acceder a un estado de materia, su energía se condensaba

en un espacio incompleto, arriesgándose incluso a desaparecer. Con las llamadas telefónicas, descubre que puede acceder a ella a través del sonido. Así, la voz se apodera de ella más allá de su frágil existencia. Un proceso lento en que cada noche él avanza internándose de manera definitiva. De ese modo se produce la gestación: el padre en sus propios misterios se constituye como hijo, en el terrible vértigo que la desvanece.

Sofía va desapareciendo, en el equilibrio ambos traspasan su soledad, ambos van haciéndose al vacío.

Él, a través de su cuerpo, la ocupa como un único espacio posible, él accede a la vida. Su voz, la palabra, es una fuerza magnética imposible de evadir.

Sus palabras con el tiempo son órdenes.

Apoderado completamente de su existencia va haciéndose carne en su carne.

Sofía sabe ahora que su vida no le pertenece, sólo le basta esperar a que él cumpla su ciclo.

Nadie podrá evitar que ambos se fundan a través de los traspasos.

ONCE / ¿A - l - ó?...

—Dices: ¿Hoy has decidido hablar todo a medias?

—Digo: No podría decirlo todo. Existo a medias, parte de la vida alejada de la vida.

—Dices: ¿Porqué has elegido entonces esta vida?

—Digo: Porque no he sido capaz de trascender. No pude eliminar la crueldad. Lo entenderás sólo si puedes estar adentro de mí.

—Dices: ¿Porqué no estar cerca de tu bien?

—Digo: Vivo cerca, pero tengo en la boca el sabor de mi propia maldad.

—Dices: Trágate el deseo y elimínalo.

—Digo: No alcanzo a liberarlo. No puedo abandonar mi propio sudor. Desde que tengo recuerdos, ocupé espacios que no me pertenecieron, nací sin un espacio propio. Tendré que vivir ocupando otros cuerpos sin encontrar el mío.

—Dices: Y si pudiera ayudarte ¿me aceptarías?

—Digo: Hasta podría amar... pero eso me haría aún más cerca del fin.

—Dices: Podríamos intentarlo... amarnos hasta que saliera el sol.

—Digo: Podría estar a tu lado hasta ese momento. Pero mi cuerpo no me pertenece... no puedo entregar aquello que no me pertenece.

—Dices: Me gustaría intentarlo, podría abrir la tierra con mis manos, escarbarla y sacarte de adentro, lavar tus heridas, tal vez ocuparme de ti.

—Digo: ¿Estás dispuesto a entregarlo todo desde ahora?

—Dices: Podría acabar con otra vida a medias y soñarte.

—Digo: Entonces estás dispuesto a ocuparte de ti y entregarte.

—Dices: Me atrevo al amor en tus brazos.

—Digo: ¿Qué gusto tiene en la boca el sabor de un beso sin crueldad? Cuando un beso atrapa tu aliento te desfallece.

—Dices: No puedes evitarlo.

—Digo: Acércate a mis brazos, no tengas miedo, ahora seré mujer para ti solamente. Al despertar a lo mejor hemos dejado de ser...

—Dices: ¿Pero cómo entregar aquello que no nos pertenece?

—Digo: Si no te pertenece la vida y tu sangre fría en el cuerpo. Si los latidos tampoco te pertenecen, entonces no estás con vida, no puedes entregarme nada.

—Dices: Vivamos lo que sea posible, juntos, vivamos tan cerca uno del otro como no existió nadie más.

—Digo: Vivamos este sueño en el espacio de la vida. Muertos en el espacio en que estemos despiertos. Y acabemos con aquellos que nos impidan.

—Dices: Acabémoslos y estaré contigo.

—Digo: Mientras dure este sueño estaré atada y cuando esté despierta, y ya no existas, serás recuerdo.

—Dices: ¿Qué sabor tiene nuestro beso?

—Digo: Sabe a sal, sabe a metal, sabe a risas...

—Dices: ¿Cuánto tiempo podemos estar despiertos?

—Digo: Hasta que decidas elevarte.

—Dices: ¿Ocurrirá pronto?

—Digo: Cuando la sangre de mi sangre se riegue, cuando las venas ardan más por dentro que por fuera y decida castigar mi propio castigo y lo rechace... cuando acepte lo que me hace latir por dentro... cuando mis venas estén demasiado abiertas y mi cuerpo ya no pueda sostenerlas. Entonces echaré los brazos hacia atrás.

—Dices: ¿Entonces, podré acompañarte?

—Digo: Estarás adentro y no podremos volver atrás.

—Dices: ¿Seré fuerte? ¿Podré hacerlo?

—Digo: Si puedes reventar adentro y vivir de tu propio deseo. Si decides arrancarlo de la piel hasta que tu cuerpo no sangre más, serás en

ese momento capaz de no necesitarme.

—Dices: Entonces, ¿de qué habrá valido todo esto?

—Digo: Ya no será posible separarnos, ni adentro ni afuera de este sueño. Yo y tú seremos un solo cuerpo.

—Dices: Y tendremos un hijo.

—Digo: Y vivirá... feliz, aunque tú y yo no estemos allí.

Soffa busca en los recuerdos la figura de ese hombre. No lo ha visto nunca, no lo recuerda, pero necesita saber...

—¿Cómo puedo mirarlo? —me pregunta.
Yo respondo...

Él luce generalmente en ángulo desde su perfil que siempre gira, ausente, como si no tuviese la presencia suficiente para permanecer. La oblicua línea de su mentón altera sin embargo su mirada, puesto que es a la altura de los ojos que puede configurarse esa imagen suya, inapreciablemente vacía. Los ojos nunca están abiertos demasiado, los ojos se cubren tras las pestañas como esquivando otras mejillas, sólo en las mejillas blancas y pálidas se vuelve bruma y así las pupilas de sus ojos brillan de una manera intensa. Su mirada es aún más definitiva. Pero él se mantiene en rotunda displicencia mientras gira las pupilas de sus ojos, con eso perfila su mecánico gesto en obsesiva indiferencia con quien lo observa.

No es posible mantenerse atento en esa indiferencia que lo mantiene vigente. En esos momentos no parece un ser humano, más se parece a una estructura vacía, los pómulos son muy abruptos, inquietantes por la perfección de esos ángulos fijos. El color de su piel es especial, su carne no es blanca, es más bien tostada. No parece carne su carne, más se parece al pellejo tensionando la geometría de sus contornos. En el ángulo más alto, su cabeza es perfecta, la curvatura de su cráneo es tal, que no permite el nacimiento de pelos comunes. Sus pelos son hebras muy finas que parecen volar por sobre la curvatura lisa de su casco. Sus hebras son tan finas que hasta el aire en su soplo las mueve...

Luego ella se queda dormida, y yo no puedo intervenir más en esto.

CAPÍTULO TERCERO

Escenarios para un final

CAPÍTULO TERCERO

Escenarios para un final

I / ¿Y por qué no alejarte para siempre?

PRIMER ESCENARIO

II / Mutaciones,

SEGUNDO ESCENARIO

III / Palabras para una novela y al lector,

TERCER ESCENARIO

I / *¿Y por qué no alejarte para siempre?*
PRIMER ESCENARIO

Nunca pensar en las palabras. Las palabras de una mujer aburrida, aburrida hasta el cansancio. Bastaba con entregarse, sin aprensiones, entregarse de una vez. Lo demás, un trámite en una época de trámites.

Al despertar puedo verlo cerca, está tendido en la cama, después de observarlo algún tiempo y observarme, tengo la certeza, nunca más volveré a él. Puedo verlo claramente. Su cuerpo arde, algo quema su piel por dentro, el miedo. Daría lo mismo, si fuese él o cualquier otro, mi sexo está ardiendo. Incapaz de conectarme con el cuerpo ajeno, comprendo que nada en él deja en mí registros de calma. Mis espacios están cada vez más alborotados. De no aceptar, pudiera desaparecer en cualquier momento.

Sólo entonces entiendo la dificultad. Estando cerca, puedo verme resistiendo. Nunca aceptar... aceptar que ese cuerpo ajeno, otro, invade el mío hasta sofocarme. Cómo odio. El odio ali-

via, sólo odio para él, por sacarme de mí. Su cuerpo me arrebató. La sensación es permanente. Veo que otros cuerpos me arrebatan. Me veo aceptando una vez más, dejando hacer. Muchos otros robándome el calor, muchos cuerpos para desplazarme. Insinuándose en el juego, amándome en el movimiento, moviéndose en la risa, atrayéndome. Unos y otros despojándome y yo alimentándolos para que así lo hagan. Van y vienen a través de mi cuerpo, usándome como un puente que conecta con mi propio vacío. Dejándome lejos de la vida, me devoran. Puedo distinguirlo, no hay otro modo, no existe otro modo de alejarlos, sino acabando con su vida. Cortar las ataduras, desligarme de su cuerpo otro. Él seguirá estando adentro, a menos que lo elimine. Eliminar todo contacto más abajo de la piel, acabar con aquellos que inexistentes aún torturan. Él representa apenas el poder y la necesidad imperiosa de la pertenencia, mi propia pertenencia.

La mujer está tendida en la cama.

Tendida boca abajo.

Simplemente permanece.

Puedo verla incompleta, incómoda.

Su ocupación le incomoda, la ocupación de él, pero no sólo él, cualquier otro lo haría. Respira profundo, la agitación le produce enormes dolores. Me recupera verlo muerto. Su imagen de muerto. Sólo para calmarme su ausencia aparece como idea permanentemente. La ausencia completa de él me calma.

Espero a que abra los ojos, sólo entonces me

atrevo a decir...

—Vivo alejándome de ti. Veo como a medida que pasan los minutos estoy más cerca, cada vez más cerca, de no volver a verte.

Él no responde. Inclina la cabeza hasta quedar cubierto bajo las sábanas. Él se cubre como si no importaran las palabras. Pienso en su oponencia. Lo veo oponerse, oponerse incluso al deseo, evadiéndome. Ambos cuerpos unidos en el desapego. Nunca la pasión, ambos cuerpos ausentes.

Aceptar que nada es tan diferente, muchos se repiten en las mismas historias. Solos. A él sólo le basta Sofía, se contenta con eso. Él se repite, para pertenecer a algo. Un arraigo, para no pasar tan solamente por este mundo. Pero se atreve, él sale del encierro, entre las sábanas se atreve, saca la cabeza y mira.

Al verlo, ella continúa...

—Ya no me contiene tu presencia. Desde el día en que decido abandonarte imagino, vuelve a aparecer la otra, aquella que abandoné hace tiempo. Imagino la libertad.

Él se incorpora y mira, con una especie de crueldad.

Sofía insiste...

—No querido, no me mal interpretes, no te preocupes por eso. O vas a empezar con lo dicho tantas veces. Vamos, dilo una vez más... di que soy extraña. Conviérteme en lo que quieres que sea, tu costilla, tu hembra. Tal vez intentes hacerme tuya, otra vez. Podrías convertirme en tu

espejo.

Él da vueltas en la cama. Puedes verlo evitándote. Sin atender continuas, ahora nada detiene tus palabras...

—Me refiero a la que habita dentro de mí, la de piel fría y resbalosa. ¿No la recuerdas? Antes de aparecer empezabas a negármela. Te horrorizaba sentir su cuero duro y brillante. Cuánto miedo sentías cuando escurría cerca. ¿Será que la historia nos ha marcado demasiado? —cada aseveración está repleta de sentencias, ahora nada podría detener estas palabras.

El veneno puede detenerse cortando los tejidos, sólo así puede acabar con lo que él sepultó adentro. Deteniendo la circulación puede detenerlo. Decido aceptar el dulce duelo. No basta con abandonarlo, tendré que acabar con él. Un homicidio delicado, limpio. Su muerte impide toda cercanía con él. Su muerte, a su vez, permite mi cercanía con la bestia. Para estar unida, unida en un solo circular. La bestia que me habita permite mi conexión perfecta. Ella me permite en todos los sistemas.

Ahora puedes decírselo todo...

La serpiente primero punza en el estómago. La primera noche no quise despertarlo, la cosquilla me adormece completamente el lado derecho. ¡Cómo duele las primeras veces! resisto, una cuestión puramente biológica. Cada vez que ella me hace sangrar adentro, voy yo haciéndome más sólida en el dolor. Resisto porque no tenemos otra salida. Resisto porque me afecta una enorme lan-

guidez, necesito salir de ello a cualquier precio. No puedo negarlo, al principio es un estado doloroso, el cuerpo se opone a despertar cada mañana. Pero la costumbre se hace cada vez más fuerte y los gestos son, sin duda, insistentemente mecánicos. La primera vez, sólo la primera, siento mucho miedo. Miedo de que mi violencia sea más fuerte, mucho más que su propia violencia. Miedo de un estado impredecible que me enfrente a una fuerza poderosa. Eso asciende desde mi estómago, maligno. Una bola de fuego va apoderándose de mí, una bola de fuego que me sonroja. No es casual que te hubiera hecho tan cerca. Me acostumbro al odio que nos delimita. Sin entender exactamente, el verlo empieza a resultarme extraño, una sensación de letargo se apodera de todo mi cuerpo. No puedo abrir los párpados, no tengo fuerzas para abrirlos, tampoco para levantarme de la cama. Como aturdida, en un estado de absurda somnolencia, la fuerza va brotando desde un lugar que no me pertenece. Confundida, la cabeza no me deja en paz. Pienso... pienso hasta el agotamiento... es él que me invade completamente. Piensa en su incapacidad. Ya no reacciona ante sus propios sentimientos. Una complacencia inútil la hace despreciar aún más, esa sensación de mal muy adentro. Es esa fuerza la que del mismo modo va haciéndola volver a la vida. Premeditadamente voy alejándome de ti. Me mantengo en un estado intermitente, sé que no es posible evitarlo. Entonces preparo cuidadosamente los utensilios. Sobre la mesa dispon-

go cada elemento para evitar que el menor descuido acabe con lo preparado. Un pequeño y afilado cuchillo, un frasco con desinfectante, algodón, gasa y vendajes. La habitación está perfectamente cerrada, nadie podría entrar sin yo advertirlo. Siento miedo. Afirmo con fuerza el pequeño y afilado cuchillo, mi mano tiembla. Vuelvo a armarme de valor, necesito estar completamente consciente.

Infringe el primer corte, la sangre irrumpe el pedazo de tela por completo. Puedo ver un corte profundo. La precisión del gesto evita que el dolor sea insoportable. La carne arde oponiéndose a la abertura. Aprieto con fuerza el brazo, el líquido se detiene. La herida se estanca. Pequeñas incisiones surten efecto. La piel soporta el dolor con resignación. Recuerdo, recuerdo la primera vez, hay demasiada sangre. Con el tiempo los cortes adquieren la profundidad necesaria, una materia blanquecina empieza a bordear por completo la herida. No hay señales de cicatriz. Necesito muchas fuerzas para deshacerme de ti. El olor se hace insoportable, días enteros tratando de alejarme de la pestilencia y una constante sensación de asco. Mi cuerpo parece despertar. Debo actuar con extremo cuidado. La herramienta elegida es poderosa, pequeña, puntiaguda.

La mujer siente placer en el brillo de la navaja, así vuelve al corte, lo repite.

Puedo verme cortar hasta que la sangre se transforma en una cascada traspasándome violentamente. Me vuelvo violenta.

Pero poco a poco la piel cede y la ansiedad porque todo no dure demasiado, la hace volver a la primera cicatriz. Profundiza en el corte, otra vez, sobre la costra. La piel se vuelve insensible, el dolor es más bello de lo que nunca antes hubiera imaginado, sin embargo, con el dolor, se hace más presente la idea... en cada corte hay un intento definitivo por acabarlo. El mal debe eliminarse más abajo de la piel. Entonces vuelve a la herida.

Tú entras en la habitación y tratas de quitarme el cuchillo. Te veo en un gesto desesperado por evitar la muerte. Te asesino muchas veces, pero vuelves a aparecer en la misma habitación para arrebatarme el arma con la que finalmente te asesinaré, para siempre.

Lo veo llorar completamente desprotegido. Pero no tiene otra alternativa más que verla abriéndose la carne. Lo veo suplicar, diciendo que tal vez en otra oportunidad ella cambie de opinión. Una vez con el arma en la mano, no tiene más que dejarla hacer. Tu dolor y mi dolor son poderosos, apelo a la cordura. Mantengo la confianza. Una vez acabado seremos libres. La única alternativa es arrancarte de mi piel. La sangre que derramo ya no me pertenece, derramo tu propia sangre para acabarte. Con la insistencia del corte creo que se nos irá la vida. Te revuelcas de dolor, empapando las sábanas.

Entonces me acerco a nuestra cama y me detengo a contemplar el espectáculo.

Puedo verlos durmiendo, inquietos.

Me acerco más... puedo sentir tu respiración como si fuese a detenerse en cualquier momento... veo tu rostro apretado... yo, en cambio, respiro aceleradamente, mis piernas semiabiertas están afuera de las sábanas. Me acerco un poco más y puedo verme con una sonrisa en los labios, mientras tú te mueves intranquilo, sin resignación.

¿Sabes cuál es el final posible?...

...En el sueño puedes advertir la posibilidad de un inminente final. Vuelvo a la otra pieza y observo la herida. No es demasiado profunda, la sangre brilla estancada. Empieza a formarse, finalmente, la primera cicatriz. Tomo el cuchillo entonces, y con más fuerza, aprieto la herramienta enterrándola en la carne, sin compasión. La sangre brota de inmediato, tengo que apretar muy fuerte la muñeca.

El dolor.

El grito, el grito tuyo desde el otro lado, y mi propio grito.

Puedo verlos retorciéndose, verme también a mí, gritar.

Siento la fuerza de su resistencia.

La resistencia que se opone al último corte.

En ese momento, ella sabe que todo será más fácil. En ese momento, ella sueña que esto no es más que otro sueño que le permite confiar. Confiar más allá de todo en la decisión de asesinarlo. Más allá del dolor. Puede sentir su imagen desapareciendo, empañada.

Puede verlo desapareciendo, como si nun-

ca hubiese existido. Como si nada de lo vivido fuese real. Como si el tiempo no existiera, y a cada paso, la muerte... la muerte detiene la sangre que resbala por sus mejillas. Ahora a ella sólo le baste confiar, confiar en que de un momento a otro, la sangre se estanque y sea posible la primera cicatriz.

II / *Mutaciones,* SEGUNDO ESCENARIO

—Tengo el mal adentro —grita Sofía— tengo el mal adentro —repite una y otra vez.

Despierta sofocada, llena de pensamientos confusos. Lo ve salir del dormitorio, irse de la pieza. Lo ve en todas partes, pero él nunca está allí. Envejece con rapidez, su aspecto se ha convertido en el de una mujer llena de incertidumbre, en su piel se reflejan acaso más años. Tengo enormes ganas de gritar, hago intentos pero mi garganta no responde, no salen sonidos de mi boca. La rigidez de los pómulos pareciera impedir los movimientos, el aire no ingresa con facilidad. El abdomen va endureciéndose con el paso de los días.

—Es posible —piensa— en algún momento, dejar de respirar.

La falta de fe transforma su rostro en una mueca dolorosa. Hace mucho que dejó de hablar.

Desde ese encierro Sofía sabe que nada puede hacer para impedir que se produzca el desenlace.

—La serpiente, una serpiente se apodera de mí, no quiero volver a sentirla —repite en su interior, mientras da vueltas por la pequeña habitación.

Se acerca al velador, toma un frasco. Lo tira violentamente. No quiero esos calmantes, los calmantes hacen aparecer en mi cabeza sueños aterradoros. Tengo que salir de allí.

Mira alrededor, paredes completamente vacías, nada en el lugar que lo haga amable, el único espacio posible un enorme huevo de vidrio palpitando en sus últimos intentos por no desaparecer. Se le viene el recuerdo del hombre sin rostro. No puede salir, no debe hacerlo, allá afuera están ellos. Suspira, toma un cigarrillo, lo enciende y se queda contemplando el humo por un momento. Tendida en la cama fuma despacio, sus ojos se entregan suaves en un parpadeo lento. De pronto escucha a lo lejos una voz ronca.

—¡Está en estado de shock, hay que inyectarla! —con el sonido de esas palabras, empieza a sudar, el pasado se le viene encima, recuerdos simultáneos aparecen en su cabeza.

—La serpiente está mordiendo mis intestinos, me duele, sáquenla de adentro, ella quiere acabar conmigo —susurra, revolcándose de dolor al escuchar su propia voz. Luego grita y se retuerce en medio de muchas personas. Está en una habitación desconocida. Una sala con paredes blancas y enormes, falta el aire. Los que están allí no hacen

nada por ayudarla. Sólo se oyen gritos.

—Amárrenla, tiene convulsiones —las palabras caen como sonidos agudos.

—No podemos contenerla —responden voces de hombres, también femeninas, dulces, pero dolorosas— deben afirmarla, es necesario, cuidado con la lengua, un paño.

La aprietan con violencia, sofocada en ese encierro se vuelve cada vez más agitada, aturrida con el eco de todas esas voces se atreve a las palabras que rápidamente se transforman en gritos.

—¡Tienen que detenerlo, él quiere invadirme!

Intenta desprenderse, algo está peleando con ella, gime moviéndose con desesperación.

—¡Están adentro de mí, ocupan mi espacio! ¡Ellos son los culpables!

Otra vez vuelve a aparecer el hombre sin rostro, es muy alto, lleva puesto un traje negro. Sofía no puede hablar ni defenderse. El hombre de dedos gruesos abre sus ojos. Ella trata de mover los brazos, al descubrir las amarras, llora.

—¿Por qué no estás aquí? no te alejes, ellos quieren destruirnos —suplica.

Pero es demasiado tarde, nada puede hacer en contra de los que la retienen. Sus ojos se van hacia atrás. En ese momento alguien se acerca, Sofía recupera la mirada. Al volver, nadie está allí, las ropas de su cama están revueltas. El cigarrillo se ha consumido sobre las brasas dejando su forma calcinada. Entonces lo ve a su lado, él, sin gesto alguno, permanece inmóvil, ni siquiera

una sonrisa, nada.

Con dificultad, en un parpadeo lento, dice...

—¿Sabes? oigo voces constantemente, pero dicen que es sólo mi imaginación.

Entonces él se acerca y acaricia sus manos, haciéndola volver al calor del cuerpo, eso basta. Se atreve, cierra los párpados, dejándose ir, así, tranquila para él... al volver a abrirlos, el hombre no está. Las agujas de una máquina empiezan a retumbar en su cabeza, en ese momento recuerda, Javier y su madre, la traición. Lo único que la tranquiliza son las palabras en la boca de él.

—Necesito destruir su garganta hasta hacerlo completamente mío —dice, mientras sus gemidos caen como gotas adentro de un laberinto.

—*Intérnate, cava adentro, sácala desde tus vísceras, ella es mortal, la serpiente debe desaparecer, agarra su cuello entre los dedos y destrúyela* —su propia voz aparece en ella ahora, trastocada.

Haciendo un esfuerzo se levanta, arrastrándose hasta el ropero. Junto a la fotografía de su padre, en medio de las ropas, hay un puñado de papeles escritos y arrugados. Allí Sofía esconde sus últimas palabras.

Aferrada a la escritura llenó de horror sus recuerdos. Muy pronto, desaparecería el lenguaje.

Nada debía alejarla ahora de esas últimas señales. Tomando un lápiz de pasta azul intentó acertar en los signos más allá de su significado. Concentrándose en la escritura, volvió a intentar. El sonido de las letras provocó certezas. A medida que iba escribiendo, desaparecían las imáge-

nes. Adentrándose aún más en el gesto que la pulsaba, sintió que iba penetrando en un estado inconcluso, una sensación de pertenencia que la arraigaba en ese espacio. Como si los significados se desvanecieran entre los dedos, resbalando agitados en una cercanía impredecible.

Fue inútil evitar esa fijación.

Hurgando en todos los espacios intentó descubrir si sería capaz, con ese tremendo silencio que habitaba su cuerpo. Imposible tuvo que apoderarse del otro, de todos los otros, con más insistencia, con más exactitud. Esa voz me completaba en el espacio blanco del cuerpo. Esa voz ocupando una pequeña parte del enorme vacío que me inundaba. Y hasta en el otro, aquel que nombré a veces, en nombre del verdadero amor.

Ella buscó ocupar todos sus silencios.

Busqué ocupar todos mis silencios.

Apoderarme de aquello que no estaba en el cuerpo. Aquello que parecía venir de otro lugar y que tampoco estaba afuera. Aquello como quiera que eso se nombrara. Pero cómo habitar en ese inmenso vacío. Buscaba como si buscara adentro de sí algo que no estaba y que en su imposibilidad le hacía ocupar todos los espacios, llenar el cuerpo, habitar el alma por habitarse imposible, atada y final. Ahora Sofía quisiera despertar para no volver a dormirse en el cansancio de la vida. Enseñarse a dar pasos en la oscuridad sin horror al movimiento equívoco de hundir los pies en tierra blanda. Quisiera poder caer en una fosa interminable y observarse en la

caída. Permitirse cubrir la piel justo en la parte de atrás de la espalda donde el frío se siente con mayor intensidad, con un cuerpo y el calor que la contenga.

Ella no es más que un ser humano vulnerable.

Él, en cambio, con palabras iba cubriendo esa parte de la piel que no alcanzaba a entibiarse con las ropas. Él ocupó su laberinto, anticipándose al conducto por donde toda el alma se aleja del cuerpo escrito, el lenguaje exacto.

Ring... Ring...

Cae el sonido por las paredes haciéndola saltar. Una convulsión la estremece hasta hacerla perder completamente el control de los movimientos. Los músculos responden al sonido del aparato telefónico como en la iniciación de un rito, el baile se apodera de todo su cuerpo, imágenes de aquella primera noche aparecen, hombres y mujeres insaciados buscándola, estirando sus miembros en el gesto. Todo aquello adquiere una presencia inesperada, el sonido tensiona la geometría de sus ángulos.

De pronto, algo en ella se detiene, presente que podría ser el último llamado. Se acerca y toma el aparato entre sus manos diciendo rápido...

—No resisto tus evasivas. Estoy demasiado cerca de la muerte.

—Sssss... empieza a escurrirte por la tibieza del aparato, tengo algo para ti, un pensamiento viscoso —es lo que se oye del otro lado del teléfono. Un cascabeleo inquieto que resbala por sus

tímpanos.

—¿No puedes dejar de hacer ese ruido?

—suplica ella— lo odio, me haces daño, duele.

—Duele el nacer —dice la voz del extraño— el hombre trae consigo dolor. No desesperes, el momento se aproxima. El niño crece entre movimientos desenvueltos, al descubrir la garganta gritará de inmediato. Tú no estarás allí para escucharlo. Sus manos redondas perforarán la curvatura de tu pelvis. El niño rasguñará con los dedos el laberinto de su madre.

En ese instante, Sofía lo comprueba.

Él está adentro de su vientre.

Ha logrado entrar en ella.

—¿Por qué me abandonaste? —dice.

—Ha pasado demasiado tiempo. Aquí se respira muerte —responde él—, ¿cómo podré soportarlo? Es demasiado tarde, nunca podré salir —dice, tratando de esconder la voz afectada.

—Dime cómo hacer... —dice ella.

—¿Y si lo supieras? —agrega, como si esperara una respuesta.

—Por supuesto —asegura Sofía—, he tratado todo el tiempo. Pero no necesitas que esté más cerca. Ocupas un espacio adentro de mí ¿Verdad? Cómo no alcancé a entenderlo a tiempo.

—¡Aún no! —replica, interrumpiendo secamente la voz.

Algo metálico, idéntico a todas las otras veces, se arrastra con él, al otro lado de la línea el sonido es cada vez más intenso.

—Puedo esperar —insiste ella.

—No debes impacientarte, después de todo, no es posible acelerar el proceso, —susurra él, cada vez más adentro.

Los ruidos molestos desaparecen.

—Necesito más datos, no puedes dejarme así ;debes... —alcanza a decir, pero él la interrumpe— Sofía, déjame que te guíe, concéntrate, déjame abrir las ideas que tienes adentro, basta con dejarme hacer...

—Lo entregué todo —dice, desfalleciendo.

Su voz empieza a cambiar de registros, transmitiendo desde sus labios otras señales, ahora no tiene conciencia de lo que le ocurre, es como si aparecieran otras voces para interferir en la escena, otros habitantes para torturarla...

—No te dejes asustar —dice una segunda voz. Cascabelea el animal. Es la serpiente que aparece justo cuando él está peligrosamente cerca—, él no es real —continúa—, está en tu imaginación, no lo necesitas, yo estoy a tu lado, es simple, deja tu cabeza en libertad y piensa sólo en mí.

—Tu cuerpo es tan largo, es enorme, tu piel brilla y se tornasola. ¡Ayúdame, hazme poderosa! —dice Sofía. La serpiente no responde.

Entonces ambos cuelgan el aparato.

Todo ha empezado. Él está bordeándola, se siente sofocada, sus brazos son interminables, no logra separarse de su forma, su cuerpo debe estar frío, pero no es así, su cuerpo está lleno de tibieza. Se acerca hasta la espalda y enroscado la aprieta. Ella no opone resistencia.

—Es difícil atreverse a buscar hacia adelante. Él me sostiene con fuerza, así me quedo con todos sus pensamientos. Siente miedo de mí, pero insiste en quedarse. También él está enfermo.

Trata de recordar. Imposible... parece que ni siquiera estábamos abrazados. No hay luz, Santiago está a oscuras, todo está en silencio, no hay más gente en los alrededores. No sabe ni cómo llegó hasta allí. No entiende lo que ocurre, no sabe si le gusta, pero necesita sentirse viva y sigue adelante dejando que él hable desde su cuerpo...

—Soy quien esperas, quien siempre has esperado.

Pero no es fácil, sus ideas se vuelven confusas cada vez que trata de acercarse a él. No puede capturarlo, el lenguaje se va, las palabras se escurren entre los recuerdos.

Aún así, no está resignada a perderlo.

—Necesito que me dejes ver más allá de las palabras —le digo—, necesito escribirte dibujando en el pecho montes de letras, necesito apenas un instante en que logre apartarte de las palabras de mi boca. Tus movimientos son diferentes, tu sexo me permite resbalar por los pensamientos y siento que hasta puedo liberarme de ella, la serpiente me provoca estos dolores, cuando entras en mí la haces enmudecer, eres el único que puede salvarme de estos sueños.

Ven a mí, déjame que te escriba, tienes que aceptar los temblores de mis manos, las convulsiones son sólo una parte de los sueños que me provocan. Es la serpiente, es ella la que insiste

para evitar el que te piense.

Su cabeza vuelve a estar perturbada.

Debo dejarlo hacer, está punzándome cada vez con mayor necesidad. Escribo cada segmento de la piel internándome en una energía diferente, puede entenderlo con claridad, sus ideas se articulan en un centro. Él es sólo energía, no tiene memoria ni afecto. No es un hombre, es algo diferente de su naturaleza.

—Él tiene el aspecto de un pequeño reptil adormecido. No, no es sólo energía, es un niño —dice Sofía temblando.

—Te amo, trato de rehacer mi historia y no lo permites —contesta él.

Sofía lo recibe en señales muy claras, la voz suave aparece escondida esta vez como registros de la voz de un niño.

El pequeño acerca el dedo pulgar a la boca y lo succiona con fuerza. Bajo sus párpados cerrados se ve el pigmento oscuro de los ojos. Entonces continúa diciéndole...

—Madre, tengo odio para ti, no quieres que elabore mis ideas, tu siempre piensas en todo —la voz dulce del niño, ahora acusa, sólo son palabras agresivas.

La piel del pequeño cuerpo es extremadamente fina, insinúa la notable nitidez de los vasos sanguíneos.

—Madre, siempre quieres quedarte con todos mis pensamientos, para nacer tengo que acabar contigo en nombre de este amor que nos tenemos, sin ti puedo construirme como un orga-

nismo perfecto, sin dobles estructuras —dice, a medida que curva la cintura, torciendo todo su cuerpo hasta rodar sobre sí mismo.

El pequeño se mueve ágil, poco a poco va acostumbrándose en el vientre.

—Él te descompone ¿verdad madre? —dice tranquilo— todo nuestro amor se vuelve nada frente a la pasión que por él hoy te consume. Pero cuidado, él tiene todo de mí.

A medida que se manifiesta, el feto va moviéndose con facilidad, su corazón late hasta tres veces más rápido que el de su madre. Sus músculos se fortifican, los órganos funcionan de manera casi definitiva.

—¿Verdad que habrías terminado con él si pudieras abrazarlo? —insiste— tratarías de disolver todos sus sentidos, licuando sus pensamientos para confundirlo a cualquier precio, lo agotarías para luego absorber toda su energía.

Con cada una de sus palabras el desarrollo se hace inmediato. Un líquido viscoso empieza a cubrir su cuerpo, al sentir la presión da patadas contra el vientre de su madre. La sustancia blanca y oleosa lo envuelve casi por completo, el niño intenta abrir los ojos y las manos.

Sofía se interna en el diálogo.

—No acepto más acusaciones —dice—. Sólo quería tu bien.

—No te creo, debo cuidarme de ti —contesta él, succionando con insistencia su pulgar derecho. El pequeño cuerpo todavía tiene algo más que decirle, tiene todo su temor.

—¿Qué hay entre tú y y ese hombre? ¿Qué quieren ustedes de mí? —pregunta Sofía.

—¿No es acaso una ironía que él no tenga cuerpo? ¿no lo crees así? Fuiste fecundada en este laberinto de sonidos —dice él.

—Eso no habría sido posible, si yo misma no lo hubiese permitido —responde Sofía, con seguridad.

—No es cierto, fuiste débil y yo tenía que nacer, te necesito para construirme, es definitivo. Tengo todo el dominio para manejarte madre, de una forma simple... soy parte de ti y en nombre de esto te haré comer del polvo.

—¿Por qué las sagradas escrituras? —le pregunto.

—Son tuyos los registros, tu memoria y tus culpas —me responde con certeza.

—No es cierto, otros me habitan aún más poderosos —repito balbuceando, como una imposibilidad por estar más cerca.

—Existen otras alternativas, tengo todo a mi servicio —dice, confrontándose.

A través de cada sonido, sus arterias se dividen y se subdividen ramificándose en minúsculos capilares. La sangre se difunde hacia adentro y hacia afuera de los tejidos. Su fuerza se hace impredecible.

—¿Y la serpiente... acaso no temes el daño que allí adentro ella puede producirte? —le digo, intentando aminorar el odio.

Se vienen encima muchas vidas atrás.

En cada pequeño que nace, muchos peque-

ños repitiéndose adentro de Sofía y ella solamente como un conducto de voces ocultas que la claman.

—Madre, está sólo en tu imaginación —le dice—, es tu vicio, existo y me protejo adentro de ti, pero te tengo ventajas... tus creencias son inútiles, sólo existo en esta estructura perfecta. Tengo todo para ti, entrégate a esta gestación y en poco tiempo estarás libre.

—No puedes hablarle de ese modo —interviene la serpiente—, estando unidas nadie puede contra nuestra fuerza, ocupo parte de su vientre y quiero ser la única que habite su organismo —pero es un gesto inútil, la serpiente no puede luchar contra ese niño, el pequeño tiene la sangre fría y está completamente separada de la de su madre. Ambos jamás podrán juntarse.

—Tú no estás adentro de su vientre, eres una articulación de su cabeza —interviene el niño—, otra de sus perversiones. No tengo registros para ti.

—Estás equivocado, allá adentro sin sentidos laterales marginado de sensaciones plenas —exclama la serpiente sintiéndose poderosa.

—Te olvidas que existo en otras dimensiones —el pequeño maneja la astucia y el lenguaje.

—No lo escuches, no existe, es otro invento más de ese hombre para destruirnos, quiere confundirte y acabarme —repite ella, revolcándose inquieta.

De pronto, Sofía empieza a reír de una manera exagerada. Su figura se transforma comple-

tamente al ver cómo su vientre crece al punto de estallar. Se seca la frente y va al baño arrastrándose con dificultad, una corriente de hielo la recorre.

El momento ha llegado.

—Maldita serás entre las bestias —grita el niño—, polvo comerás por el resto de tus días.

—¿Por qué no estás aquí? —suplica ella— necesito verte. Ayúdame, él viene a nacer. Más allá de los tímpanos oye un eco intermitente y agotador.

Ese niño aún tiene palabras para ella...

—Madre, eres ansiosa y débil no resisto ese modo tuyo de resbalar en todo lo que tocas, tu piel es escamosa, pero no puedes confundirme, aquí adentro no puedes.

—Es absurdo, esto no me está ocurriendo, mi mente se va —piensa ella, sumergida en un estado completo de dolor.

—Eres demasiado vulnerable. Te llevo ventajitas. No creo en el romance —la interrumpe él—, madre, me aburre tu temperatura, no puedo soportar el sudor que te empaña. Durante varios meses vi cómo tu carne resbalaba, podía verlo todo a través de los cristales... él te excitaba, es eso, su voz se derretía cayendo desde tus oídos húmedos. No resisto ese modo de enmohecer todo lo que tocas —dice agitándose—, por eso tengo odio para ti. Pero me gustaría enfrentar a la bestia que está allá adentro. Es una ingenuidad creer en ella, también es algo que prepararé para ti. Vine para terminar con eso, estoy por sobre el bien

y el mal, mis imágenes son exactas. Detrás de tu erotismo vi tu desenfreno y el vidrio, tú lo entregabas todo por un momento de placer. Pude ver tus gestos distorsionados por instintos fugaces. No lo olvides, gracias a ti pude desplegar todos mis sentidos. Desde acá podía atravesarlo todo. Con el tiempo fui descubriendo que tus gestos de horror al no poder tocarlos me daban un enorme placer. Madre, yo te amaba, pero no había espacio para ti, tu cariño era extraño y no podía resistirlo. Me irritaba estar entre estos líquidos, pero estando aquí pude acostumbrarme a los sonidos. No sabes cómo esperé este momento. Nunca hubieras podido envolverme, cómo ahora, de tu inmensidad.

El sonido en la garganta fue cambiando, la voz del niño empezó a gemir, transformada.

—Ayúdame, duele el nacer, el hombre trae consigo dolor —balbuceó llorando—. Madre, ayúdame a salir de ti para quedar en silencio.

Sofía pudo sentirlo y sentirse allí adentro, el recuerdo detenido, una fuerza enorme punzándola al vacío. Oprimida entre líquidos, acorralada en los sonidos del vientre, inició su recorrido avanzando por el laberinto.

Desde una luz poderosa se precipitaba al espacio negro que la conduciría hacia un centro cada vez más profundo. Fue internándose por la oscuridad en un hueco que era más que imaginación, más que mente. Punza el ahogo, no puedo soportarlo, imperiosa trato de romper el vidrio.

Ahora está moviéndose agitada, pateando, suscitona, gime, se agota. Intenta respirar despacio, concentrarse, observar para no perderse en el hueco/huevo/ló(v)ulo cerrado, en un último intento por no desaparecer. El cuerpo empieza a ondularse en una vibración mínima, casi imperceptible, que sube como corrientes eléctricas evaporando todo su cuerpo. Pierde peso y se encuentra en un abismo. Todo está vacío. Descubre el miedo antes de entregarse a la vida. Está consciente, más de lo que ella misma nunca hubiera estado.

Él buscó ocupar todos sus silencios. Entonces entendió, como un destello, que la inundaba antes de sus primeros intentos de vida. Un extraño presagio los acercaba a la muerte o les permitiría entregarse a un nuevo espacio. Si lograban traspasar el sinuoso límite, como una gran agua desde el vacío, estarían vivos.

En ese momento, Sofía dio un grito que retumbó en toda la casa y empezó a arrastrarse hasta a la cama, luego fue abriendo las piernas, respirando cada vez más rápido, concentrada en insuflar al pequeño. Allí conoció el dolor más allá de sus propios límites. Pasado el umbral fue pujando con suavidad, haciendo libre el camino a ese niño que aún se aferraba adentro de ella con la presión del instinto. Sentía que no iba a ser capaz de alcanzar ese espacio que lo arrancaría de su madre, nunca podría traspasarla, para cruzar aquel laberinto envuelto de oscuridad, sintió enormes deseos de dejar de respirar y quedarse

allí para siempre. Cuando vio que sus fuerzas lo abandonaban casi al punto de hacerlo estallar, tuvo una sensación que lo llenó de escalofríos, era algo extremadamente suave que estaba rozando su cabeza. Eran las manos de su madre que estaban al otro lado para recibirlo, ella pujaba ahora con todas sus fuerzas, obligándolo a salir.

Empiezo a llorar, ahí estaba el niño apareciendo entre mis piernas, envuelto en una membrana blanca casi transparente, estrechamente entrelazado a mi cuerpo.

Ella se levantó un poco más y pudo ver el enjambre de piel y miembros, carne aún en desorden apareciendo como en un ovillo, manos pequeñas envueltas en capas de grasa y líquidos, pies inmóviles, y la piel intensamente rojiza. No había nada de recién nacido, ni siquiera un asomo de llanto en ese pequeño cuerpo. Era una criatura extraña. No había ninguna señal de apego a la vida, tampoco se oían sus latidos. La cabeza pequeña amenazaba al cuerpo rojizo hacia la muerte. Al lado del niño estaba el delgado cordón que aún los mantenía unidos, Sofía haciendo un último esfuerzo, se agachó y cortó el cordón con sus dientes, lentamente vio cómo ese niño empezaba a cambiar de aspecto, retorciéndose con suavidad.

Empecé a lamerlo, despejándolo de las últimas membranas que aún lo cubrían. Él iba desenrollándose entre los pequeños movimientos. Poco a poco y a medida que el pequeño se retorció, fui sintiendo sus latidos cada vez más fuertes a tra-

vés de la piel.

De pronto, se escuchó un fuerte golpe abajo en la cocina. La madre de Sofía había dejado caer algo al suelo.

La madre subió corriendo.

Intentó abrir la puerta del dormitorio de Sofía. Estaba cerrada por dentro. Salió de la casa y cruzó hasta la vereda del frente.

No hubo tiempo de explicaciones...

—¡Es urgente! ¡debes acompañarme de inmediato! —dijo, totalmente desencajada, a una mujer que en ese momento atravesaba la calle.

—¡No podemos perder ni un minuto!

Ambas mujeres apuraron el paso.

Una vez adentro de la casa se miraron sin decir nada. Subieron corriendo. Empujaron hasta que la puerta cedió.

Un gesto de horror en Carmen hizo que la mujer se acercara a la muchacha. La madre parada en el umbral de la puerta se cubrió la cara con ambas manos. La mujer se acercó con cautela al cuerpo de Sofía que permanecía inmóvil sobre la cama. Más cerca vio su rostro, tenía el color de la muerte. Sus ojos estaban abiertos. Se quedó unos segundos mirando su sonrisa plácida. Cerca de los labios algo extraño llamó su atención, una materia de color blanquecino asomaba por la boca, aquello no parecía fluido, se veía como algo sólido. La mujer se acercó más para abrir la boca de la muchacha. Al rozar lo que había dentro, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Se volvió para mirar a la madre que estaba acurrucada de rodi-

llas junto a la cama de su hija, mientras gemidos cortos y secos salían de su garganta. Armándose de valor empezó a sacar lentamente lo que había dentro de la boca de la muerta, primero despacio, luego empezó a tirar con más fuerza... eso parecía no tener fin.

Pronto fue descubriendo papeles arrugados con inscripciones ilegibles, como si hubiesen estado mucho tiempo dentro del estómago diluyendo parte de la tinta.

Sofía descansaba para siempre, con el cuerpo taponeado de papeles.

III / Palabras para una novela y al lector,
TERCER ESCENARIO

Basta ya de exigencias, basta apenas con entregarse. Mis ojos se nublan al contacto con las superficies menos rígidas. Un espacio nos hace falta, abandonados el corazón tiembla.

¡A usted le digo!

Sofía me lo ha dicho, hay miradas que huragan por todas partes. Alguien al acecho espera ávido para que le tiendan una mano, busca devorar. Siempre alguien espera por otro, cualquiera el que sea, pero que exista. ¿No puede acaso verlo recorrer cautivo sabiendo cómo no soporta la ausencia de sus brazos? Pero cuidado, no vuelva a equivocarse, también sabe que no puede pertenecerle, el vínculo no dura demasiado.

Los cuerpos en su polaridad nos hacen semejantes y cautivos de aquellos que escarban por algo afuera de cada cual, inevitable.

Usted podría preguntar...

...¿Cómo vivir sin ese desplazamiento?

...¿Cómo soportarlo?

Yo le respondería, están alerta, porque intentan comernos hasta los huesos. Malditos nosotros, usted y yo igualmente. Maldito es el tiempo, se nos acaba.

¿Se puede apagar una emoción?

No es correcto, no debo, cuidado, alguien... debo ser únicamente o tal vez... morderme las ganas de decirle que ya no lo soporto. Por ahora, ni siquiera hablar de fidelidad. Sofía me lo advierte a cada instante...

Te irás con cualquiera, con el primero que te ofrezca algo, aunque sólo dure un instante.

Decido abrirle esta puerta ahora. Me negaba a abrirla. Abrirla significaba entre otras cosas aceptarlo poderoso, más allá del misterio, más en la seducción. Mientras iba escribiéndola usted fue avanzando en este juego. No necesité pensarlo para que mis palabras resbalaran, como si usted también ocupara un lugar en mí, un espacio de caricias. A veces sentí pequeños roces que me enardecieron, sentí sus manos húmedas, pero usted nunca estaba allí. Entonces emanaron fluidos.

Le agradezco... y acepto.

No pude contra usted, ahora gana y aceptemos que esta historia nos pertenece. Está involucrado. Ahora bien, avance, la puerta está abierta.

¡A usted le digo! ¡Sí!... ¿No es acaso usted quién aceptó mis palabras? ¿O pensaba en Sofía?

Usted aceptó nuestro juego. Cerca de nosotros estarán ellos... ¿sabe?... en todo juego

se arriesga, dispuestos a resistir en lo que se arriesga...

Tardé mucho tiempo en entender lo que Sofía estaba exigiéndome. Decidí aplacarla con un poco de palabras, esto no tenía límites, ella nunca me dejaría en paz.

Cerca de usted evito perderme en el tejido. Un acertijo. Tardé demasiado negándolo, ahora mi tiempo se acaba. Sofía no podrá intervenir. Me cansé de ella.

Cansada de temer me creí a solas.

¿Nunca se le ocurrió pensar que no tenía que ver con sentir? Sólo bastaba con atreverse. Lejos de lo que es correcto, lejos de lo que no está bien.

¿Sofía, creíste estar a salvo? Mientes, siempre lo haces. Me divierte tu ingenuidad. En cambio yo, buscando entregarme escrita en estas páginas. Evito seguir encerrada por más tiempo sabiendo que eres incapaz de aceptar lo que te hace falta. Acaba con la distancia de los que nos acechan, busca adentro de este acertijo. ¿Sabes? hay otros, en todas partes un otro espera. Me decepcionas, siempre lo haces. No te atreves, vives haciendo concesiones, pero ya no puedes evitar lo que tu cuerpo evidencia. Déjalo que nos siga, lo que buscas no está afuera, no en los demás, es el tacto, entrégate y avanza, déjame que te guíe, más adentro búscate en la serpiente. El mal ¿te ves cerca de los abismos?, ¿piensas que así lo creen? Estoy cansada de verte temblar cada vez que aparece alguien para abrir las páginas de este libro. ¿Temes verme vulnerable? No se te ha ocurrido

pensar que todos estamos temblando al otro lado de la línea telefónica y que el aparato es apenas un pretexto que impide conexiones. Sofía... madre, hija, me aburre tu temperatura. Aún no te atreves. Nunca te atreves. Es el tacto, es el cuero duro y brillante, ahí en las vocales cerca del lóbulo de la oreja.

¿Disfrutas con lo que te socava?

Ese que nos está leyendo ha estado todo el tiempo esperando a que tú le des una respuesta y no eres capaz de aceptar que no tienes esa respuesta. Sofía, hay demasiadas personas buscando allá afuera, no puedes cerrar los brazos, resistirte a sus sonidos. Demasiados son los gestos, demasiados los programas... y qué pasaría si te acercaras a su lectura y descubrieras que tampoco te satisface. ¿Tienes miedo de intentarlo? ¿Qué harías si descubrieras que tus manos tiemblan?

Respóndele que no sabes lo que pasaría con ese hombre, que no tiene que ver con el género, acepta que nunca existió ese teléfono, que lo inventaste para permanecer expuesta. Que todo fue un pretexto, al igual que los demás, y que no soportas el absurdo que nos envuelve. Cuéntale que te ocurren cosas impredecibles. Que actuamos deliberadamente para obtener un poco más. Que conoces a otros que ávidos esperan afuera y que aunque te entregaras por entero no sería suficiente. No te das cuenta de que aún estamos temblando al otro lado, mientras me haces inventar una madre falsa. Desencantada me provocas un placer artificial. ¿Qué pasa adentro de tu estómago,

piénsalo, nunca has sentido esa cosquilla deliciosa que te paraliza cuando otro se acerca? ¿Qué pasa adentro de tus tímpanos cuando los escuchas? ¿Hasta cuándo negarme? Evitas hacerle daño a tu madre. No puedes acabar con la fotografía de tu padre. Tienes miedo de enfrentarte al hombre del teléfono, de asesinar. Un ser humano está esperándonos en este momento. Me atrevo por ti.

...¿Será usted capaz de soportarlo?

...¿Será capaz de soportarme así, tan consciente de lo que mi cuerpo responde cuando se acerca y desliza las páginas de este libro? ¡Es a usted! Dejémonos de esta farsa, deje ya de pensar en Sofía. La he muerto. Ahora un lóbulo, un espacio cerrado, no me defraude. He esperado este momento por más de siete años... finalmente cortar las primeras ataduras.

(Recuerde, este libro no es una novela erótica, el teléfono es sólo un pretexto para que estuviésemos cerca).

¿Cuántas veces esperó a que alguien le abriera una puerta? Un primer signo, seducida me dejé llevar por la música que le pertenece, su ritmo, mi ritmo, persisten. Escribir porque no basta con el aparato insoportable.

¿Vio a Sofía muerta, con el cuerpo taponeado de papeles?

¿Sabes?... en la profundidad te pertenezco. Invoco a que no sea tu voz la que esté allí, invoco a leer las palabras que salen ahora. Me oculto, abre esa puerta y déjate llevar por un secreto.

Dos personajes buscan en la minucia del tiempo. Dos abismos que se unen para explorar. No soporté el extravío. Acepto que nada se inventa. No somos personajes de novela, pero nadie sospechará que esto es real. Empiezo a alegrarme, este momento de inspiración es tuyo. Sofía vive en el fondo de nosotros, empezamos a pertenecerle. Somos parte de su mundo. Odié tener que compartir. Supe que ella nunca me dejaría estar cerca de otro modo.

Necesité asesinar.

Buscar en lo que no pertenece, una parte más del proceso... Emito ¿Recibes? Una primera señal de comunicación, decodificación o decomunicación. Somos una consecuencia, esto no pertenece al género erótico, aprendí estando cerca de la manera con que me enseñaron a abrir las páginas de este libro. Vista en palabras escritas por otras manos. Víctimas de una historia.

Hacer todo añicos. Correr.

Latiendo muy cerca, esperamos unir nuestras fuerzas y abrir las alas de ángeles falsos que nos cautivan. El texto no me permite equivocar los pasos y empieza todo de nuevo.

Cada vez estaré empezando para aprender a estar frente a otro y poder mirar a los ojos y decir lo que ambos esperábamos. Abramos el laberinto que nos teje la historia, una posibilidad para ser más que dos. Evitemos a los intrusos que nos irrumpen. Con aceptarlo me devolverás las palabras, después de eso, todo dará lo mismo.

